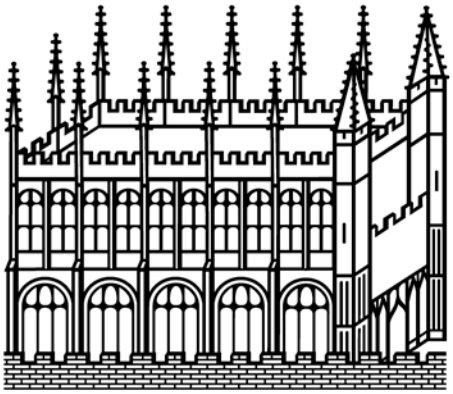


Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

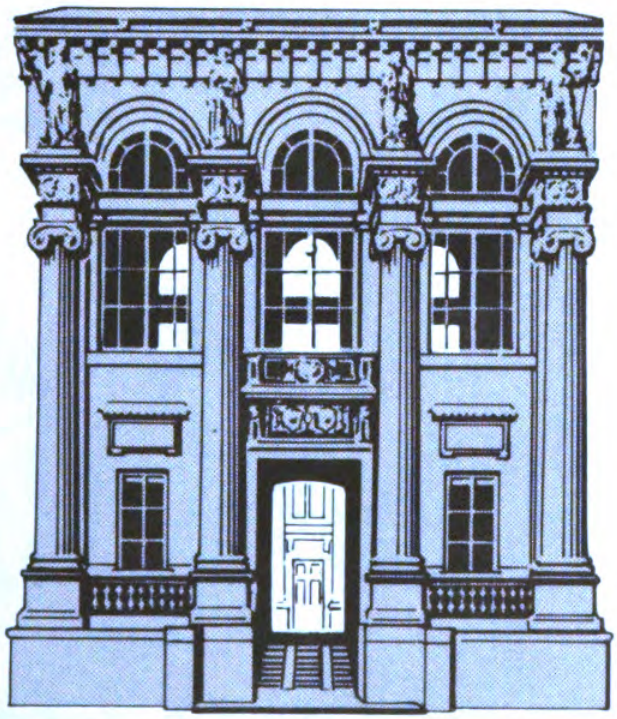
This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

TAYLOR
INSTITUTION
LIBRARY



ST. GILES · OXFORD
Vet. Span. III. A. 186

FÍGARO.

COLECCION DE ARTÍCULOS DRAMÁTICOS, LITERARIOS, POLÍTICOS Y DE COSTUMBRES,

publicados

en los años 1832, 1833, 1834, 1835, 1836 y 1837 en el Pobrecito Hablador, la Revista Española, el Observador, la Revista-Mensagero, el Español y el Mundo

POR

D. Mariano José de Larra.

TOMO QUINTO.

MADRID.
IMPRENTA DE DON JOSÉ M. REPULLÉS. 1837.

TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
31 MAY 1982
OF OXFORD
LIBRARY

LX 83811

. . . . . On me dit qu'il s'est établi dans Madrid un sistême de liberté, qui s'étend même à la presse; et que pourvu que je ne parle en mes écrits, ni de l'autorité, ni du culte, ni de la politique, ni de la morale, ni des gens en place, ni des corps en credit, ni de l'opéra, ni des autres spectacles, ni de personne qui tienne à quelque chose; je puis tout imprimer librement, sous l'inspection de deux où trois Censeurs. Pour profiter de cette douce liberté, j'annonce un ecrit. . . . .

BEAUMARCHAIS, *Le Mariage de Figaro.* 1784.

E. – *Junio* 23 *de* 1836.

ANTONY,

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS, DE ALEJANDRO DUMAS.

ARTÍCULO PRIMERO.

Consideraciones acerca de la moderna escuela francesa. – *Estado de la España.* – *Inoportunidad de estos dramas entre nosotros.*

Por hoy y hasta mañana seremos graves: la primera impresion de este drama, mas importante de lo que á primera vista parece, no nos deja disposicion alguna para la risa con que suele *Fígaro* anatematizar los dislates que se agolpan en nuestra escena; no renunciamos sin embargo á ese derecho; no hacemos sino suspenderlo. *Antony* merece ser combatido con todas las armas: ojalá no sean todas de poco efecto contra tan formidable enemigo.

Hace años que secuaces mezquinos de la antigua rutina mirábamos con horror en España toda innovacion: encarrilados en los aristotélicos preceptos, apenas nos quedaba esperanza de

restituir al genio su antigua é indispensable libertad: dióse empero en política el gran paso de atentar al pacto antiguo, y la literatura no tardó en aceptar el nuevo impulso: nosotros, ansiosos de sacudir las cadenas políticas y literarias, nos pusimos prestamente á la cabeza de todo lo que se presentó marchando bajo la enseña del movimiento. Sin aceptar la ridícula responsabilidad de un mote de partido, sin declararnos clásicos ni románticos, abrimos la puerta á las reformas, y por lo mismo que de nadie queremos ser parciales, ni mucho menos idólatras, nos decidimos á amparar el nuevo género con la esperanza de que la literatura, adquiriendo la independencia, sin la cual no puede existir completa, tomaria de cada escuela lo que cada escuela poseyese mejor, lo que mas en armonía estuviese en todas con la naturaleza, tipo de donde únicamente puede partir lo bueno y lo bello.

Pero mil veces lo hemos dicho: hace mucho tiempo que la España no es una nacion compacta, impulsada de un mismo movimiento: hay en ella tres pueblos distintos: 1.°, una multitud indiferente á todo, embrutecida y muerta por mucho tiempo para la patria, porque no teniendo necesidades, carece de estímulos, porque acostumbrada á sucumbir siglos enteros á influencias superiores, no se mueve por sí, sino que en todo caso se deja mover. Esta es cero, cuando no es perjudicial, porque las únicas influencias capaces de animarla no estan siempre en nuestro sentido: 2.°, una clase media que se ilustra lentamente, que empieza á tener necesidades, que desde este momento comienza á conocer que ha

estado y que está mal, y que quiere reformas, porque cambiando, solo puede ganar. Clase que ve la luz, que gusta ya de ella, pero que como un niño no calcula la distancia á que la ve: cree mas cerca los objetos porque los desea: alarga la mano para cogerla; pero que ni sabe los medios de hacerse dueño de la luz, ni en qué consiste el fenómeno de la luz, ni que la luz quema cogida á puñados: 3.°, y una clase, en fin, privilegiada, poco numerosa, criada ó deslumbrada en el estrangero, víctima ó hija de las emigraciones, que se cree ella sola la España, y que se asombra á cada paso de verse sola cien varas delante de las demas: hermoso caballo normando, que cree tirar de un tilburí, y que encontrándose con un carromato pesado que arrastrar, se alza, rompe los tiros y parte solo.

Ahora bien, pretender gustar escribiendo á un púbico de tal manera compuesto, es empresa en que quisieramos ver enredados por algunos años á esos fanales del saber estrangero, asi como quisieramos ver á los mas célebres estadistas ensayar sus fuerzas en este escollo de reputaciones de todos géneros. Darnos una literatura hermana del antiguo régimen, y fuera ya del círculo de la revolucion social en que empezamos á interesarnos, es tiempo perdido, pues solo podria satisfacer ya á la última clase, y esa no es la que se alimenta de literatura.

Darnos la literatura de una sociedad caduca que ha corrido los escalones todos de la civilizacion humana, que en cada estacion ha ido dejando una creencia, una ilusion, un engaño feliz, de una sociedad que, perdida la fé anti-

gua, necesita crearse una fé nueva; y darnos la literatura espresion de esa situacion á nosotros, que no somos aun una sociedad siquiera, sino un campo de batalla donde se chocan los elementos opuestos que han de constituir una sociedad, es escribir para cien jóvenes ingleses y franceses que han llegado á figurarse que son españoles porque han nacido en España, no es escribir para el público.

La vida es un viaje: el que lo hace no sabe adónde va, pero cree ir á la felicidad. Otro que ha llegado antes y viene de vuelta, se aboca con el que está todavía caminando, y dícele: "¿Adónde vas? ¿por qué andas? Yo he llegado adonde se puede llegar; nos han engañado; nos han dicho que este viaje tenia un término de descanso. ¿Sabes lo que hay al fin? nada."

El hombre entonces que viajaba ¿qué responderá?—"Pues si no hay nada, no vale la pena de seguir andando." Y sin embargo es fuerza andar, porque si la felicidad no está en ninguna parte, si al fin no hay nada, tambien es indudable que el mayor bienestar que para la humanidad se da está todo lo mas allá posible. En tal caso, el que vino y dijo al que viajaba "al fin no hay nada," ¿no merece su execracion?

Rara lógica: ¡enseñarle á un hombre un cadáver para animarle á vivir!

Hé aqui lo que hacen con nosotros los que quieren darnos la literatura caduca de la Francia, la última literatura posible, la horrible realidad; y hácennos mas daño aun, porque ellos al menos para llegar allá disfrutaron del camino y gozaron de la esperanza; déjennos al

menos la diversion del viaje, y no nos desengañen antes: si al fin no hay nada, hay que buscarlo todo en el tránsito; si no hay un vergel al fin, gocemos siquiera de las rosas, malas ó buenas, que adornan la orilla.

¡Desorden sacrílego! ¡inversion de las leyes de la naturaleza! En política, don Cárlos fuerte en un tercio de España, y el Estatuto en lo demas; y en literatura, Alejandro Dumas, Victor Hugo, Eugene Sue y Balzac.

Con indignacion lo decimos; sepamos primero adónde vamos; busquemos luego el camino, y vamos juntos, no cada uno por su lado; no quieran haber llegado los unos, cuando estan los otros todavía en la posada; porque si hay obstáculos en el tránsito, unidos los venceremos, al paso que en fracciones el obstáculo irá concluyendo con los que fueren llegando desbandados.

La Mennais lo ha dicho antes y mejor que nosotros.

"Una roca obstruye la via pública que recorremos: ningun hombre solo puede remover la roca; pero Dios ha calculado su peso de suerte que no pueda detener jamas á los que transitan juntos."

Antony, como la mayor parte de las obras de la literatura moderna francesa, es el grito que lanza la humanidad que nos lleva delantera, grito de desesperacion, al encontrar el caos y la nada al fin del viaje. La escuela francesa tiene un plan. Ella dice: "Destruyamos todo, y veamos lo que sale; ya sabemos lo pasado, hasta el presente es pasado ya para nosotros: lancémonos en el porvenir á ojos cerrados; si todo es

viejo aqui, abajo todo, y reorganicémoslo."

Pero ¿y nosotros hemos tenido pasado? ¿tenemos presente? ¿Qué nos importa el por venir? ¿Qué nos importa mañana, si tratamos de existir hoy? Libertad en política sí, libertad en literatura, libertad por todas partes: si el destino de la humanidad es llegar á la nada por entre rios de sangre, si está escrito que ha de caminar con la antorcha en la mano quemándolo todo para verlo todo, no seamos nosotros los únicos privados del triste privilegio de la humanidad: libertad para recorrer ese camino que no conduce á ninguna parte; pero consista esa libertad en tener los pies destrabados y en poder andar cuanto nuestras fuerzas nos permitan. Porque asirnos de los cabellos, y arrojarnos violentamente en el término del viaje, es quitarnos tambien la libertad, y asi es esclavo el que pasear no puede, como aquel á quien fuerzan á caminar cien leguas en un dia.

Habiamos pensado dar desde luego un analisis del *Antony*, y entregarlo palpitante todavía á la risa y al escarnio de nuestros lectores; pero la disposicion de nuestro ánimo, que no sabemos dominar, nos ha sugerido estas tristes reflexiones, que como preliminares queremos echarle por delante. En el siguiente artículo examinaremos la *desorganizacion social*, personificada en *Antony*, literaria y filosóficamente.

E. – *Junio* 25 *de* 1836.

ANTONY,

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS, DE ALEJANDRO DUMAS.

ARTÍCULO SEGUNDO.

En nuestro primer artículo hemos probado que no siendo la literatura sino la espresion de la sociedad, no puede ser toda literatura igualmente admisible en todo pais indistintamente: reconocido ese principio, la francesa, que no es intérprete de nuestras creencias ni de nuestras costumbres, solo nos puede ser perjudicial, dado caso que con violencia incomprensible nos haya de ser impuesta por una fraccion poco nacional y menos pensadora. Pasemos á examinar á *Antony*, ser moral, falsa alegoría que no ha tenido nunca existencia sino en una imaginacion exasperada, cuanto fogosa y entusiasta.

El autor empieza por presentarnos una muger jóven y casada. En la literatura antigua era principio admitido que todo padre era un tirano de su hija, que esta y aquel nunca tenian en punto á amores el mismo gusto. De aqui pasaba el poeta á pintar la tiranía de la familia, imagen y origen de la del gobierno: cada hijo puesto en escena desde Menandro acá en las comedias clásicas, es una viva alusion al pueblo. En la literatura moderna ya no se dan padres ni hi-

jos: apenas hay en la sociedad de ahora opresor y oprimido. Hay iguales que se incomodan mutuamente debiendo amarse. Por consiguiente, la cuestion en el teatro moderno gira entre iguales, entre matrimonios: es principio irrecusable, segun parece, que una muger casada debe estar mal casada, y que no se da muger que quiera á su marido. El marido es en el dia el coco, el objeto espantoso, el monstruo opresor á quien hay que engañar, como lo era antes el padre. Los amigos, los criados, todos estan de parte de la triste esposa. ¡Infelice! ¿Hay suerte mas desgraciada que la de una muger casada? ¡Vea usted, estar casada! ¡es como estar emigrada, ó cesante, ó tener lepra! La muger casada en la literatura moderna es la víctima inocente aunque se case á gusto. El marido es un tirano. Claro está: se ha casado con ella; ¡habrá bribon! ¡La mantiene, la identifica con su suerte! pícaro. ¡Luego el marido pretende que su muger sea fiel! Es preciso tener muy malas entrañas para eso. El poeta se pone de parte de la muger, porque el poeta tiene la alta mision de reformar la sociedad. La institucion del matrimonio es absurda segun la literatura moderna, porque el corazon, dice ella, no puede amar siempre, y no debe ligarse con juramentos eternos: la perfeccion á que camina el género humano consiste en que una vez llegado el hombre á la edad de multiplicarse, se una á la muger que mas le guste, dé nuevos individuos á la sociedad; y separado despues de su pasagera consorte, uno y otra dejen los frutos de su amor en medio del arroyo, y procedan á formar, segun las leyes de

mas reciente capricho, nuevos seres, que tornar á dejar en la calle, abandonados á sus propias fuerzas, y de los cuales cuide la sociedad misma, es decir, nadie. Porque si la literatura moderna no quiere cuidar de sus hijos, ¿por dónde pretende que quieran tomarse ese cuidado los demas? ¡*Hé aqui*, dicen, *la naturaleza*! Mentira. En el aire, en la tierra, en el agua, todo ser viviente necesita padres hasta su completa emancipacion; y los animales todos se reunen en matrimonios hasta la crianza de sus hijos.

Adela sin embargo, individuo del nuevo orden de cosas, no puede amar á su marido, confianza que hace desde luego á su hermana, en cuya compañía vive. ¿Por qué? No sabemos. Pero motivos tendrá; asuntos son esos de familia en que nadie debe meterse.

Pero no se da corazon que no ame, y en el dia con violencia inaudita; las pasiones se han avivado con el transcurso de los tiempos, y en el siglo de las luces una pasion amorosa es siempre un volcan, que se consume á sí propio abrasando á los demas.

¿Y quién es el hombre que hubiera hecho la felicidad de Adela, se entiende no casándose con ella? Antony ¿quién podia ser sino Antony? ¿Y quién es Antony? Antony es un ejemplo de lo que debian ser todos los hombres. Es el ser mas perfecto que puede darse. Empiece usted por considerar que Antony no tiene padre ni madre. ¡Facilillo es llegar á ese grado de perfeccion! Hijo de sus obras, vulgo inclusero, es la personificacion del hombre de la sociedad, como la hemos de arreglar algun dia. Los que hemos tenido

la desgracia de conocer padre y madre no servimos ya para el paso: somos elementos viejos, de quienes nada se puede esperar para el porvenir. El que quiera pues corresponder á la era nueva vea cómo se compone para no nacer de nadie. Lo demas es anularse, es en grande para la sociedad, lo que es en pequeño entre nosotros haber admitido empleo de Calomarde.

Antony ha recibido sin embargo de los padres, que no tiene, una figura privilegiada: ha entrado en el mundo con gran talento, porque todo hombre en la nueva escuela nace hombre grande. Ha recibido una educacion esmerada: ¿quién se la ha dado? El autor del drama sin duda. Todo lo ha estudiado, todo lo ha aprendido, todo lo sabe, y ama mucho, como hombre que sabe mucho; pero este ser, tipo de perfecciones, está en lucha con la sociedad vieja que encuentra establecida á su advenimiento al mundo. Quiere ser abogado, quiere ser médico, quiere ser militar, y no puede. ¿*Por qué*? preguntarán ustedes. ¿Quién se lo impide? Las preocupaciones de esta sociedad injusta y opresora que halla establecida, sin que se haya contado con él: para que estuviese el mundo bien organizado era preciso que nada antes de Antony se hubiese arreglado de ninguna manera, y que el mundo hubiese esperado para organizarse á que las generaciones futuras viniesen á dar su voto sobre el modo mas justo de disponer de los bienes de la sociedad. Antony encuentra todos los puestos ocupados por hombres que han tenido padres, y segun el autor, está todo tan mal arreglado, que un inclusero no puede ser nada.

Mentira, pero mentira de mala fé. Desde que hay mundo, en toda sociedad el camino del predominio ha estado siempre abierto al talento: en la antigüedad, de la plebe han salido hombres á mandar á los demas: en los tiempos feudales, en los del despotismo mas injusto, un soldado oscuro, un intrigante plebeyo han salido, siempre que han sabido, de la turba popular para empuñar el cetro del mando. Han alcanzado la corona con el sable y títulos de nobleza con la inteligencia. En los siglos de mas desigualdad, un porquero ha cogido las llaves de San Pedro, y ha dominado á la sociedad. La teocracia, aristocracia la mas injusta, ha sacado siempre sus pro-hombres del lodo. ¿Quién eran al nacer Richelieu, Mazarin, el cardenal Cisneros? Y si la cuna ha bastado á familias enteras de reyes, el talento ha sobrepuesto á la cuna millares de plebeyos. La inteligencia ha sido en todos tiempos la reina del mundo, y ha vencido las preocupaciones. Pero si acudimos á la sociedad moderna, de quien se queja todavía Dumas, ¿dónde cabrán los ejemplos? ¡Dumas se atreve á sentar que el hombre de nada, no puede ser nada, á causa de las preocupaciones sociales! Hable Napoleon, Bernardote, Itúrbide, los mariscales de Francia, la revolucion de 91, la revolucion de Julio, el ministerio francés, el ministerio español, la Europa en fin entera, donde los periódicos y la pluma llevan al poder; hablen por ella Talleyrand, Chateaubriand, Lamartine, Thiers; hable el Asia, donde no hay gerarquías; hable la América entera. Hable, en fin, el autor mismo del drama, el mulato Dumas,

que ocupa uno de los primeros puestos en la consideracion pública. ¿Quién le ha colocado á esa altura? ¿Qué preocupacion le ha impedido usufructuar su industria y sobreponerse á los demas? ¿La literatura, la sociedad le han desechado de su seno por mulato? ¿Quién le ha preguntado su color? ¿Pretendia por ventura que solo por ser mulato, y antes de saber si era útil ó no, le festejase la sociedad? Esa sociedad, sin embargo, de quien se queja, recompensa sus injustas invectivas con aplausos, é hinche de oro sus gavetas. ¿Y por qué? porque tiene talento, porque acata en él la inteligencia. ¡Y esa inteligencia se queja, y quiere invertir el orden esblecido! Decirnos que un inclusero no puede ser nada en la sociedad moderna, la cual no le pregunta á nadie *¿quién es su padre*, sino *cuáles son sus obras?* que no pregunta *¿tienes apellido*, sino *tienes frac? ¿cuál es tu alcurnia*, sino *cuál es tu educacion?* es el colmo de la mala fé.

Una vez espuesta la posicion de Antony y de Adela, sigamos el analisis de este diálogo amoroso en cinco actos. Antony se hace anunciar á Adela, quien luchando con su deber le cierra la puerta; pero al salir de su casa sus caballos se desbocan, Antony se arroja á contenerlos, y la lanza del coche, encontrándose con su pecho, le arroja sin sentido en el suelo. Si Adela acierta á no ser persona de coche, ó si los coches no tienen lanza, se queda el drama en esposicion. En el teatro los acontecimientos deben ser deduccion forzosa de algo: la accion ha de ser precisa; lo demas no es convencer, pintando lo que sucede, sino hacer suceder para pintar lo que

se quiere convencer. Adela da asilo en su casa al herido, y una escena amorosa pone de manifiesto los sentimientos de estos dos héroes. Pero Adela, siguiendo los caprichos de esta injusta sociedad, dice á Antony ya vendado, que un hombre enamorado de una muger casada no puede vivir en su casa á mesa y mantel. Preocupacion: ¡cuánto mejor y mas natural es vivir en casa de su querida, que con una patrona ó en una casa de huéspedes! Antony se desespera; pero para vencer á esa sociedad injusta, cuyas leyes despóticas no nos dejan vivir con nuestra Adela aunque sea muger de otro, se arranca el vendaje esclamando: *¿Con que estando bueno me tengo que marchar á mi casa? Pues bien; ¿y ahora me quedaré?*

Ya tenemos aqui un medio ingenioso de permanecer en donde nos vaya bien. Efectivamente, ¡ingeniosa alegoría, en que no ha pensado el autor! En quitándonos la venda social, en rompiendo la máscara del honor, podemos hacer nuestro gusto.

Antony permanece en la casa del hombre que quiere deshonrar: huesped de su enemigo, le hace la guerra en su terreno: la naturaleza lo manda asi, porque la delicadeza es otra preocupacion social. Pero Adela, sin duda para manifestarnos lo interesante y lo digna de lástima que es una muger que resiste á una pasion, trata de salvarse del peligro, corriendo á reunirse con su esposo, plan que lleva á cabo con resolucion.

Pero la naturaleza, dios protector de Antony, lo tiene todo previsto, y el camino de Estrasburgo felizmente no se hizo solo para las muge-

res que huyen de sus amantes. Tambien los amantes pueden ir á Estrasburgo. Antony toma caballos de posta, llega antes á una posada, la toma entera: para una pasion todo es poco; y cuando llega Adela, ni hay caballos para ella, ni cuarto: el viajero que ha madrugado mas, le cede uno, y cuando Adela va á recogerse, éntrasele el amante por la ventana, y el telon, mas delicado que el autor, tiene la buena crianza de correrse á ocultar un cuadro que representaria sino probablemente *una vista interior de una pasion, tomada desde la alcoba*, cuadro tanto mas inútil, cuanto que será raro el espectador que necesite de semejantes indirectas para formar de los transportes de Adela y de Antony una idea bastante aproximada. Pero ¿qué importa? ¿No sucede eso en el mundo? ¿No es natural? ¿Pues por qué se ha de andar el autor con escrúpulos de monja en punto tan esencial? Ya sabemos lo que son viajes, lo que son posadas, y lo que es traginar en este mundo. Siempre deduciremos que estas pasiones fuertes no son plato de pobre. Si esa sociedad tan mal organizada no hubiera procurado á Antony dinero suficiente para tomar la posada y la posta, y todo lo que toma en este acto, se hubiera tenido que quedar en París haciendo endechas clásicas. El romanticismo y las pasiones sublimes son bocado de gente rica y ociosa, y asi es que bien podemos esclamar al llegar aqui: ¡pobres clásicos!

En el cuarto acto Adela ha sucumbido, y de vuelta á París asiste á una sociedad, donde las injustas preocupaciones del mundo le preparan amargas críticas; y á este acto en realidad, sin

meternos á escudriñar la intencion del autor al escribirlo, le concederemos la cualidad de ser tan moral en su resultado, como es en los medios inmoral el anterior. Las que el autor llama preocupaciones son mas fuertes que él en este acto, y las humillaciones que sufre Adela responden victoriosamente al drama entero.

En el quinto, el marido, avisado sin duda de la pasion de su muger, debe llegar de un momento á otro: Antony sin embargo, en vez de hacer lo que á todo amante delicado inspira en tal circunstancia el amor mismo, en vez de ocultar su desgraciada pasion con una prudencia suficiente, se encierra con Adela; de suerte, que pueda el marido venir á llamar él mismo á la puerta de su deshonra; y asiendo de un puñal, que lleva siempre consigo, sin duda porque el andar desarmado es otra preocupacion de esta sociedad tan mal organizada, clávasele en el pecho á su amada, esclamando á la vista del marido: *¡la amé, me resistia y la he asesinado!*

Ridícula, inverosímil exageracion de un honor mal entendido. ¿Qué ha pretendido el autor? Probar que mientras la preocupacion social llame virtud la resistencia de una muger, y haga depender de la conducta de esta el honor de un hombre, ¿una catástrofe se seguirá á un amor indispensable y natural? Pues ha probado lo contrario. Ha probado que cuando un hombre y una muger se ponen en lucha con las leyes recibidas en la sociedad, perece el mas débil, es decir, el hombre y la muger, no la sociedad.

Pero la sociedad no se pone en ridículo; la sociedad existe, porque no puede dejar de existir;

no siendo sus leyes caprichos, sino necesidades motivadas, hasta sus preocupaciones son justas; y examinadas filosóficamente, tienen una plausible esplicacion: son consecuencia de su organizacion y de su modo de ser; es preciso que haya pasado y pase aun por las que realmente lo son para llegar á ideas mas fijas y justas; porque toda cosa precisa y que no puede menos de existir es una especie de fuerza, y la fuerza es la única cosa que no da campo al ridículo. Y si preocupaciones existen y han existido, si está escrito que usos en el dia adoptados y respetados han de transformarse ó caer, ha de ser el tiempo solo quien los destruya gastándolos, pero no está reservado á un drama el estirpalos violentamente.

Nosotros reconocemos los primeros el influjo de las pasiones: desgraciadamente no nos es lícito ignorarlo: concebimos perfectamente la existencia de la virtud en el pecho de una muger, aun faltando á su deber: convenimos con el autor en que ese mundo que murmura de una pasion que no comprende, suele no ser capaz del mérito que granjea una muger aun sucumbiendo despues de una resistencia no menos honrosa por inútil: establecemos toda la diferencia que él quiera entre el caso escepcional de una muger que se halla realmente bajo el influjo de una pasion cuyas circunstancias sean tales que la dejen disculpa, que la puedan hacer aparecer sublime hasta en el crimen mismo, y el caso de multitud de mugeres que no siguen al atropellar sus deberes mas inspiracion que la del vicio, y cuyos amores no son pasiones, sino devaneos: ¿quie-

re mas concesiones el autor? Pero semejantes casos son para juzgados en el foro interior de cada uno: queden sepultados en el secreto del amor ó de la familia. Porque desde el momento en que erija usted ese caso posible, solamente posible, pero siempre raro, en dogma, desde el momento en que generalizándolo presente usted en el teatro una muger faltando plausiblemente á su deber, y apoyándose en la naturaleza, se espone usted á que toda muger, sin estar realmente apasionada, sin tener disculpa, se crea Adela, y crea Antony su amante: desde ese momento la muger mas despreciable se creerá autorizada á romper los vínculos sociales, á desatar los nudos de familia, y entonces á Dios últimas ilusiones que nos quedan, á Dios amor, á Dios resistencia, á Dios lucha entre el placer y el deber, á Dios diferencia entre mugeres virtuosas criminales, y mugeres despreciables. Y lo que es peor, á Dios sociedad, porque si toda muger se creerá Adela, todo hombre se creerá Antony, achacará á injusticia de la sociedad cuanto se oponga á sus apetitos brutales, que encontrará naturales; en gustando de una muger, dirá: *yo tengo una pasion irresistible que es mas fuerte que yo;* y convencido de antemano de que no puede vencerla, no la vencerá, porque no pondrá siquiera los medios; creido de que la sociedad es injusta, y de que cierra la puerta á la industria, y al talento que no nace ya algo, no será nunca nada, porque desistirá de poner los medios para serlo.

Hé aqui la grande inmoralidad de un drama escrito por desgracia con verdad en muchos de-

talles y con fuego, pero por fortuna no con bastante maldad para convencer, si bien con demasiados atractivos para persuadir. Y no solo es execrable este drama en España, sino que hasta en Francia, hasta en esa sociedad con que tiene mas puntos de contacto, Antony ha sido rechazado por clásicos y románticos como un contrasentido, como un insultante sofisma.

E. – *Agosto 26 de 1836.*

HERNANI,

Ó EL HONOR CASTELLANO,

drama en cinco actos.

No dejaba de ser aventurada la presentacion de *Hernani* en la escena española: *Hernani*, obra de uno de los mayores poetas que han visto los tiempos, abrió magestuosamente la marcha de la nueva escuela moderna francesa. Pero si en ella Victor Hugo osa separarse ya á cara descubierta de los antiguos preceptos, no tuvo, sin embargo, por conveniente atropellar todas las convenciones establecidas de muy antiguo en el arte, ni arrojó en ella á manos llenas como en obras posteriores los raros atrevimientos á que solo puede entregarse con buen éxito el talento superior.

Ya hemos dicho repetidas veces que Victor Hugo es mas poeta que autor dramático; no porque el conocimiento del teatro le falte, sino porque su imaginacion ahoga casi siempre en él la voz del corazon, y en este sentido le hemos marcado en el teatro un puesto inferior al que nos parece ocupar Alejandro Dumas. *Hernani* hubo de arrebatar al público francés, amigo de declamaciones, y de pinceladas históricas: la novedad, la nueva bandera bajo la cual representaba el

proscripto de Aragon, le aseguraron un triunfo, que todavía no podia atribuirse á un partido literario, á cuya formacion iba á contribuir.

Pero en la escena española todos esos motivos de buen éxito no existian: tomando aqui las producciones estrangeras no en el orden en que ven la luz, sino buenamente cuando y como podemos, *Hernani*, primer paso de la escuela moderna, ha venido á presentarse á nuestra vista despues de haber apurado nosotros hasta los escesos de esa escuela. La parsimonia misma de efectos sorprendentes que ha usado el autor nos lo debia hacer parecer pálido y descolorido despues de *Lucrecia Borgia* y de *Catalina Howard;* y si se hallaba rescatado este inconveniente con el interes que debia escitar en España un asunto español, tambien se ocurria la nueva dificultad de ser mas necesaria á *Hernani* que á ningun otro drama una buena traduccion.

En esto, por fortuna, asi Victor Hugo como el público español han sido felices. Y la traduccion que de este célebre drama se nos ha dado es una de las mejores traducciones que en lengua alguna pueden existir. El traductor de las obras de Victor Hugo ha tratado á *Hernani* con rara predileccion, con cariño: un lenguaje purísimo, un saber castellano, una versificacion cuidada, armoniosa, rica, poética, la colocan en el número de las obras literarias de mas dificultad y de mas mérito. Por las alabanzas justísimas que al señor de Ochoa tributamos, podrá conocer el público que no es comezon de satirizar la que nos anima cuando condenamos sin piedad las traducciones comunes que diariamente se nos dan.

Es justicia. Traduzcan los demas como el señor de Ochoa, y nuestra pluma, constantemente imparcial, correrá sobre el papel para el elogio con mas placer que para la amarga crítica. Bien hubiéramos querido que el traductor en vez de esplayar mas y desleir algunas escenas, hubiera tratado de reducirlas á los menos límites posibles, sin alterar el sentido; pero conocemos que el respeto debido al grave poeta le habrá contenido, y realmente esto no nos sorprende en un traductor tambien poeta. Es dificil, traduciendo á Victor Hugo, tomarse libertades. Por lo demas, concluiremos el elogio de esta traduccion diciendo que escenas enteras hay escritas de tal modo, que no las desdeñaria Calderon mismo. Hace muchos años que no habiamos visto ninguna que tanto nos satisfaciese, si se esceptúa la de *los Hijos de Eduardo*, hecha por don Manuel Breton de los Herreros tambien con esmero y tino singulares.

No describiremos el argumento de *Hernani*. Los dramas vulgares, cuyo mérito existe en la intriga, los cuentecitos caseros que suelen darnos á cuenta de comedias en nuestro teatro, consienten esa costumbre periodística. Haciéndolo tambien con *Hernani*, hariamos una injusticia al autor y á la obra; porque su mérito principal no estriba en que se case la dama con el galan, ni en que se presenten á la boda mas ó menos obstáculos dramáticos. El mérito de *Hernani* está en la concepcion misma de la obra; en la pintura de Cárlos I de España, mozalvete seductor de doncellas, rey galante en sus primeros años, y de Cárlos V de Alemania, emperador ya de ro-

manos, y desalojando del pecho intereses mezquinos y amorcillos de calavera, para dejar lugar en él á toda la ambicion humana, á la grandeza de la mision que la Providencia le destina á llenar en el mundo. Todos los demas son medios que contribuyen á este grande efecto, que es el que mas resalta y ocupa, á despecho del título, de los sermones nestorianos del viejo don Rui-Gomez, de la posicion violenta de Hernani y de su desdichado amor con doña Sol.

El verdadero drama parece concluirse con el 4.° acto, donde don Cárlos V, ya emperador, renuncia á la hermosa doña Sol, y la da por esposa al rebelde Hernani, devolviéndole sus títulos y honores. El poeta sin embargo, dominado de la primitiva idea de su obra, y preocupado del deseo de pintar su *honor castellano*, fantástico y exagerado como él lo entiende, se lanza á dar un 5.° acto, fundado en la venganza del viejo don Rui-Gumez, quien dueño por un juramento de la vida de Hernani, viene á turbar la alegría del sarao y la felicidad de los novios, tañendo una bocina, á cuyo sonido le juró Hernani poner su vida á su disposicion en cualquier situacion en que viniese á reclamarla. El viejo inexorable y zeloso tañe cada vez mas fuerte, y consigue matar á trompetazos el amor mas puro y el porvenir mas lisonjero de dos amantes felices. Ideas son estas y costumbres que contrastan demasiado con las nuestras.

En el siglo en que Chateaubriand ha escrito: "Comme on compte l'âge des vieux cerfs aux branches de leur ramures, on peut compter les places d'un homme par le nombre de ses ser-

ments," en ese siglo presentarnos el juramento respetado y cumplido hasta la muerte, es cosa realmente que hace morir de risa al espectador mas grave. Hernani pudiera haber alegado las circunstancias, ó cualquiera otra razon de la misma especie; pero Hernani se contenta con echarse á pechos un frasquete del mas rico veneno conocido, con lo cual el honor castellano, antiguo, queda en su punto, el público afligido, y el viejo contento, y repitiendo al ver los dos cadáveres: *muerto*, *muerta*.

Este final desgraciado, que no podia presumirse en el transcurso del drama, poco preparado, y fundado en una cosa tal como cumplir un juramento, ha sido la causa de que no fuese coronado *Hernani* de aplausos, como parecia hacerlo esperar el placer con que los actos anteriores habian sido oidos.

TAYLOR INST. OXFORD

por otros escritas, ha asido de una pluma, y ha esclamado: *Yo, que no hago nada, escribiré lo que hacen los demas; escribiré lo que sobre ellos pienso, y hasta escribiré lo que yo hago, cuando no hago nada.* De aqui multitud de libros, de novelas históricas, de historias novelescas, de viajes impresionales y de impresiones viajeras que atormentan al mundo moderno y le ahogan y le sofocan, como las demasiadas mantas que se echan sobre un constipado; de aqui la multitud de *observaciones*, *relaciones*, *reflexiones y ojeadas*, sin contar con el sin número de anuncios que empiezan con *De*, como: De *los acontecimientos de la guerra de tal*, de *la conjuracion de cual*, de *la oportunidad*, *&c.*, *&c.*; de aqui ese torrente sin diques de memorias de la contemporánea, del contemporáneo, del ayuda de cámara, del médico, del barbero, del portero, de la muger, del padre, del hijo, del hermano, del sobrino, y de los amigos y de los enemigos del hombre que ha hecho, que ha sonado, que ha intrigado, que ha mandado algo: memorias de su cocinero, de su repostero, de su querida y de su viuda, acerca de la manera que tienen los hombres grandes de ponerse la corbata, de salir á paseo, de dormir, de estar despiertos; memorias de los que le han visto á todas horas, y de los que no le han visto á ninguna. De aqui, en fin, para la pobre historia otro escollo, no menos peligroso que el que en el principio de este artículo le hemos encontrado en los tiempos antiguos.

Entonces necesitaba de la linterna de Diógenes para buscar un hombre y un dato, y ahora necesita de todas las linternas del buen gusto y

del sano criterio para desechar hombres y datos. Voces por un lado con una relacion, voces por otro con la contraria: multitud de folletos y memorias, supuestos materiales para la historia, y en realidad verdaderos albañales que corren hácia un rio para perderse en él, ensuciándole y entrabando su curso; y solo por azar algun limpio manantial que le tributa su pura y cristalina corriente.

Si hemos comparado á la historia antigua con un espejo mal azogado, que solo á trozos representa objetos informes, ahora podemos comparar á la historia moderna con una inmensa luna colocada en un salon de máscaras, y en donde mezclados rebullen y se codean, se obstruyen y confunden en un disparatado conjunto de colores chocantes y chillones, sin juego ni armonía, reyes y vasallos, ricos y pobres, víctimas y verdugos, tiranos y tiranizados: ruido horrible y desapacible en que se aunan y mueren la verdad y la mentira, la calumnia y la reparacion, la algazara del orgullo, y el sollozo del pobre, el piano del magnate y el rabel del pastor, la gira del fastuoso convite y el gemido del hambre, el ahullido de la envidia, el grito de la ambicion, y el desesperado lamento del virtuoso aborrecido, ó del mérito sofocado.

Hé aqui el sonido de la celebrada trompa de la historia, encargada de trasmitir la verdad á la posteridad, de quien se dice que aquella es luz y ejemplo, norte y guia.

Asi ofusca para ver la demasiada como la poca luz, y la verdad entre tal multitud de datos contradictorios no hallará menos obstáculos

para establecerse que en las épocas en que no tenia á su disposicion una sola trompa por donde resonar. La mentira á la orden del dia y al alcance de todos desde la vulgarizacion de la imprenta tiene las pasiones en su favor, y la haría de los partidos interesados en ataviarla y lanzarla rica de argumentos y sofismas á la cabeza del vulgo crédulo y poco perspicaz.

Traslúcense sin embargo á los ojos de los mas estas triviales reflexiones, y la duda de lo cierto y de lo incierto mina por el pie multitud de libros escritos para hacer fortuna á costa del escándalo, envolviendo desgraciadamente en el comun desprecio hasta la razon y la justicia, cuando entre el clamor general de mentidos testimonios vienen á presentar á la severa opinion pública sus contradichos alegatos.

Una de las pocas obras sin embargo que habrán de merecer una honrosa escepcion, y que deben al menos ser detenidamente examinadas, es la que anunciamos en el epígrafe de este artículo. Don Manuel Godoy, de quien se puede decir lo que de don Alvaro de Luna dice su cronista; don Manuel Godoy, grande ejemplo y escarmiento de privados, es un personage histórico harto importante en los fastos modernos de España para que su voz pueda pasar oscuramente confundida en el ruido general del siglo vocinglero en que vivimos.

Su portentosa cuanto rápida elevacion, la colosal influencia que en la suerte de nuestra patria ha ejercido durante muchos años, y las gravísimas inculpaciones de que ha sido objeto, hacian desear que rompiese un silencio, con el

cual autorizaba tácitamente cuanto de su administracion se ha dicho.

Y cuando se medita que aquel magnate que llegó á absorver en sí mismo el poder de un rey, que vió bullir en rededor de sus pórticos y antecámaras una corte compuesta de lo mejor de España, que el hombre que salió de un cuartel para hollar con sus botas de montar las regias alfombras que entapizaban los escalones del trono, cuando se reflexiona que aquel guardia á quien ascendió á su lecho una nieta de Luis XIV á la faz de una corte aristocrática, que aquel subalterno, á quien el genio del siglo pensó en colocar en un trono, es el mismo que en el dia, apeado de sus brillantes trenes, lanzado de su propio palacio, desnudado de sus galas y veneras, arrojado por la fuerza de la opinion á las márgenes de un rio estrangero, se presenta á las puertas de la patria en modesto trage, con un humilde sombrero redondo en aquella cabeza que cubrieron coronas ducales, y con unos cuadernos impresos en la mano, no ya para rescatar las perdidas grandezas, sino para reconquistar el nombre de ciudadano español, que catorce millones de hombres poseen sin esfuerzo alguno, para demandar justicia, para hacerse simplemente escuchar; cuando se reflexiona en tan espantosa peripecia, es imposible negarse al deseo, á la curiosidad de oir, y solo entonces se concibe el interes estraordinario que deben inspirar al público las Memorias de ese hombre todavía mas estraordinario, asi por su elevacion como por su caida.

Y decimos estraordinario por su caida, por-

que conocido el corazon humano, es preciso confesar que don Alvaro de Luna perdiendo en uno vida y privanza es menos digno de lástima que aquel que fue condenado por el destino á sobrevivir á su desgracia y á verse privado de todo despues de haberlo gozado todo. Mero canal por donde las grandezas y los tesoros han pasado sin dejar en sus paredes mas que el desengaño; desengaño semejante al cieno que posa el agua al recorrer el cauce que su corriente socaba. El antiguo príncipe de la Paz, árbitro de España, y don Manuel Godoy, estrangero y particular en París, es la personificacion del alma destinada á ver el cuerpo crecer, robustecerse, llegar á su apogeo, y sucumbir á la ley comun de la decrepitud y la decadencia; don Manuel Godoy, condenado á ser espectador del príncipe de la Paz caido, es el hombre á quien se le concediera el funesto privilegio de contemplarse á sí mismo despues de muerto.

Horrendo castigo por cierto, si fue delincuente, y ante el cual debe espirar todo rencor, ante el cual la justicia misma de los hombres debe velarse el rostro, contemplando el alcance de su severidad. Y horrible ejemplo tambien si no fue delincuente, y si la alta posicion en que se encontró, suscitando enemigos que mejor perdonan el crimen que la fortuna, pudo ser la causa principal de su desgracia.

No nos toca á nosotros decidir tan importante cuestion; la lectura de las Memorias del príncipe y los demas datos que la opinion pública tiene á la vista son los autos de este gran pleito entre el favorito y la sociedad. La opinion pú-

blica es quien debe hacer recaer su fallo. A nosotros, meros articulistas de un periódico, solo nos toca dar cuenta á nuestros lectores del objeto de la obra, de la posicion del que la presenta á aquel supremo tribunal, de los puntos principales que abraza, de los documentos en que se apoya, y del poco ó mucho mérito literario que puede encerrar; tarea que hubieramos llevado á cabo en un artículo solo, si las reflexiones que la publicacion de estas Memorias nos ha sugerido no nos hubieran obligado ya á traspasar los límites consentidos á semejante objeto por un diario como el nuestro. En otro número trataremos de dar cima á la labor que nos hemos impuesto lo mejor que los pocos conocimientos que nos adornan nos den á entender.

E.—Setiembre 24 de 1836.

MEMORIAS ORIGINALES

DEL PRÍNCIPE DE LA PAZ.

ARTÍCULO SEGUNDO.

En nuestro artículo anterior hemos indicado que los hombres perdonan mas facilmente el crimen que la fortuna. No somos nosotros quien lo decimos: verdad es harto conocida. La rápida elevacion del príncipe de la Paz debió granjearle, pues, muchos y poderosos enemigos: la marcha de los acontecimientos del siglo contribuyó no poco á envolverle en la ruina de las viejas creencias; pero es fuerza ser imparcial, y no pedir á la débil humanidad mas de lo que buenamente pueda dar de sí: la posicion de un ministro de Cárlos IV, á fines del siglo pasado, y en la España de entonces, no era seguramente la de un gefe popular de revolucion. Hacer por tanto un crimen al príncipe de la Paz de haber sido ministro de un déspota, y de haberse opuesto á la propaganda de la revolucion francesa, es juzgar al hombre de entonces segun las ideas del dia. El grito de la revolucion lanzado á orillas del Sena y eco del norte de América, no tuvo ni podia tener en las demas naciones de Europa la mejor acogida: no hallándose los demas pueblos en la situacion peculiar de la Francia, manifes-

tóse en todos, mas ó menos, una oposicion no tanto debida á los naturales esfuerzos de sus gobiernos, como á las costumbres mismas de los gobernados. Prnébanlo asi entre nosotros los donativos verdaderamente voluntarios con que se anticipó la España á los deseos del gobierno de Cárlos IV, y que escedieron con mucho á los que produjo en Francia misma el entusiasmo revolucionario. Espérese ademas en buen hora de los filósofos y de los escritores, de los tribunos de los pueblos, el empuje reformador; exigir empero de los reyes y de sus ministros que se derriben á sí mismos en favor de principios innovadores, es desconocer completamente la naturaleza de las cosas. Cuando aun en el dia, y despues del vuelo que han tomado las ideas de reforma, se ve constantemente á esos mismos tribunos del pueblo plantear, una vez llegados al poder, sistemas de resistencia contra los propios principios populares que los han elevado, querer que el favorito de Cárlos IV se hubiera constituido en la España de 1790 agente de la revolucion francesa, es querer imposibles. La libertad no se da, se toma. Todo gobierno encierra por otra parte en sí un principio de *statu quo*, sin el cual dejaria de ser gobierno, pues le faltaria el principio de la propia conservacion. Ni la naturaleza de las cosas, ni el corazon humano, ni la política podian prestarse á semejantes exigencias; por tanto, solo queda una manera racional de juzgar al prnícipe de la Paz: es fuerza trasladarse á los tiempos en qne ejerció su influencia, considerarle únicamente ministro de un gobierno monárquico absoluto, pues que este es

un hecho innegable, y en tal concepto examinar si en calidad de tal su administracion fue acertada ó desacertada, ominosa para el pais, tiránica ó benéfica, estéril ó productiva. Y descendiendo despues del ministro al hombre, considerar si los actos públicos de su vida, si su manera de existir y de usar de su favor y de su riqueza fue criminal y de escándalo para el pais, por su influencia en las públicas costumbres.

Cuantos escritores españoles y estrangeros han hablado del príncipe de la Paz, copiándose unos á otros, han tratado de presentarle bajo una luz poco favorable; quién le presenta como un coplero, una especie de bardo ó trovador que conquistó el favor de una corte muelle con indignos manejos y serviles bajezas. Achácanle los desastres de la guerra con la Francia de 1793 á 1795, y los de la posterior con la Inglaterra en los años siguientes. Designado por Napoleon para una especie de trono improvisado sobre las ruinas del Portugal, ofrécenle á sus lectores como habiendo tenido gran parte en el viaje de Bayona y en la abdicacion forzada de la familia real de España. Achacóle la voz pública proyectos de mas temeraria ambicion; díjose que habia aspirado al trono español, y que para ello habia malquistado, educado mal y aun calumniado al príncipe heredero, Fernando VII despues, que entonces era el objeto de los deseos de la nacion, porque asi las naciones como los individuos estan á veces sujetas á no saber lo que se desean.

El abate Pradt, el general Foy, el biógrafo Arnault, Jouy, el canónigo Escoiquiz, y el mismo Muriel, de quienes aquellos se hicieron eco,

han adoptado esas ideas y las han propalado. El silencio de don Manuel Godoy no hizo mas que corroborarlas. Asi que, don Manuel Godoy debia comenzar por esplicar la causa de tan singular silencio. Parécenos que lo hace en sus Memorias con tino y gran color de verdad. Ya hemos dicho que no nos erigimos en jueces; no nos creemos competentes para ello; solo somos espositores de hechos. A la generacion presente, á la juventud del dia, ya separada de los acontecimientos, y menos interesada en ellos que nuestros padres, toca pesar los razones del proscripto.

Despues de esplicada la causa de su silencio, el príncipe pasa á dar la clave de su elevacion. Seguramente este era en sus Memorias el punto mas delicado, y que mas ansiará la espectacion pública ver aclarado; pero don Manuel Godoy con una delicadeza estremada y propia de un español de los tiempos de Calderon, pasa rápidamente sobre esta circunstancia, y despues de haber dado una esplicacion por lo menos verosímil, y de todo punto decorosa, se apresura á entrar en el descargo de sus actos admiuistrativos.

Sea cual fuere la verdad, preguntaremos al lector si puestos en iguales circunstancias que el antiguo guardia de la real persona, ¿hubiera habido muchos que hubieran hecho voluntaria dimision de la carrera que la fortuna les abria? Despues de hecha esta pregunta, y de convenir en que el número de los héroes y de los santos es infinitamente pequeño en este miserable mundo, pasaremos á otra cosa.

Su posicion para con la revolucion francesa,

en su apogeo cuando don Manuel Godoy obtuvó el ministerio, era harto dificil.

Sin embargo, en los dos primeros tomos que anunciamos de sus Memorias, don Manuel Godoy trata de probar que la conducta que observó fue la que debió, la que no pudo menos de observar. Que ni precipitó la guerra, ni la esquivó: que en ella, á pesar del mal estado en que encontró al pais, laureles y glorias se adquirieron que sostuvieron el buen nombre español; que esa guerra no costó esfuerzos gravosos á la nacion; que conoció la hora y el momento en que ademas de ser inútil y funesta aquella lucha, torcia su objeto, y que trató la paz no el primero, ni paz vergonzosa para nosotros, pues que la primera voz de paz vino de la república francesa, y pues que no nos costó ni una aldea, habiendo sido la España el único pueblo de Europa que al ajustar sus paces con la Francia no sufrió ningun desfalco en sus fronteras.

Que posteriormente no quiso ser agente de las miras de la Gran Bretaña, y habiendo de luchar con esta ó con la Francia, prefirió la amistad de la república, salvando nuestro suelo de las desgracias sobrevenidas á los estados de Italia por su ciega obediencia á la Inglaterra; que nunca tomó sobre sí la responsabilidad de actos tan graves, sino que consultó el voto de los pueblos y el examen de los consejos del monarca.

Que el crédito en ambas guerras fue realzado y mantenido por la sencillez y la lealtad de sus operaciones y promesas.

Que no hubo durante su administracion, ni

persecuciones ni grandes castigos; que trató de reprimir el primero en España el colosal poder de la inquisicion, como lo logró; que amigo de las luces, de la ciencia y de las artes, les dispensó proteccion; y en realidad, al llegar aqui no podemos menos de llamar la atencion de nuestros lectores para recordarles un punto importante. Don Manuel Godoy encontró estos ramos en la mayor decadencia, y si protegió ó no su renacimiento, díganlo por nosotros cien nombres ilustres que en ellos se distinguieron y lograron en su tiempo mercedes y distinciones.

Sabida es la proteccion que dispensó á Moratin, sabido es que á su época van unidos los nombres de Melendez y Jovellanos, y otros infinitos que en ramos diversos presentaron un verdadero renacimiento en España: y seamos imparciales, recorramos las obras de los escritores de su tiempo, y será forzoso confesar que reinaba una amplitud para la imprenta, con que en tiempos muy posteriores nos hubieramos contentado aun los mas descontentadizos.

No es menos interesante para lectores españoles la copia de documentos importantes y fidedignos con que don Manuel Godoy autoriza sus Memorias.

En cuanto al estilo, confesaremos que tienen el mérito de descubrir al hombre: desigual en gran manera, y viciado en general por la larga espatriacion, hemos notado con todo que siempre que habla el corazon, que siempre que el autor, inspirado de la amargura de su situacion, vuelve los ojos á esta patria que tan tristemente lo ha juzgado, corren de su pluma páginas tier-

nísimas, elocuentes, ciceronianas; en vano se buscarian ya en ellas galicismos ni defectos gramaticales; evidente prueba de que el entusiasmo es la gran regla del escritor, y el único maestro de lo bello y de lo sublime.

Esa misma desigualdad constituye la originalidad de las Memorias. Es imposible, leyéndolas, no dudar muchas veces, no juzgar algunas en favor del proscripto, no asustarse del poder de la opinion y de las consecuencias de esta, si una vez se ha torcido ó maleado; es dificil no derramar algunas lágrimas sobre la suerte de un hombre que si hubiese sido calumniado como pretende probar, nadie despues de él tendria derecho á creerse desgraciado.

Nosotros ansiamos la conclusion de la publicacion de estas interesantes Memorias que tanta luz van á dar á la historia del reinado de Cárlos IV, poco conocido y mal apreciado; y en el ínterin, sin prejuzgar nada acerca de la culpabilidad del acusado, sin negar la perniciosa influencia que semejantes elevaciones colosales tienen en la moral de un pueblo, sin decir que el príncipe de la Paz fuese un grande hombre, antes creyéndole inferior á las dificiles circunstancias al frente de las cuales se halló, nosotros, sin embargo, aconsejamos á nuestros lectores que lean las Memorias antes de confirmar ó de alterar sus juicios. El derecho de ser oido lo tiene todo el mundo; acordémonos generosamente de que ese es el único de que la suerte no ha podido despojarle. Triste resto de la grandeza pasada; miserable derecho, cuando no hay otro, y terrible ejemplo á la par de las vicisitudes humanas.

E.—*Octubre* 5 *de* 1836.

MARGARITA DE BORGOÑA,

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS.

La última vez que tuvimos que hablar del célebre autor de esta composicion dramática insistimos en la ventaja que á sus contemporáneos y rivales lleva en el artificio de sus comedias, en el interes que sabe darles, en el profundo conocimiento que tiene del corazon humano y de los efectos teatrales.

Si á alguno pudiera haberle quedado duda acerca de tales calificaciones, la representacion de *La Tour de Nesle*, vertida al castellano con algunas alteraciones del original y bajo el titulo de *Margarita de Borgoña*, las podria desvanecer completamante, porque esa es la obra donde Alejandro Dumas hace mas gala y ostentacion de aquellas dotes.

Asunto medio histórico, medio fantástico, enlazado con las costumbres de una época fecunda de argumentos de gusto moderno, el autor le ha combinado á su manera, mas bien á nuestro corto entender con la idea de producir efecto en el teatro, que con la de pintar carácter ni pasion alguna. Menos aun se podria inferir que tuviese un objeto moral. Una intriga fuertemente trabada, efectos prodigiosos artificiosamente preparados, novedad en algunos resortes dra-

máticos, osadía en las formas, sacudidas violentas y dolorosas para el espectador; hé aqui la idea del autor en *La Tour de Nesle.* Idea llevada á cabo de una manera admirable, y que no permite al auditorio salir un momento de la sala mientras no ve concluida la accion y satisfecha su curiosidad; pero idea al mismo tiempo que constituye la inferioridad de esta obra con respecto á las demas del autor. Es lo que llaman los franceses un *tour de force*, una muestra del poder del ingenio, un ejemplo de lo que se puede imaginar y hacer en el teatro, pero sin resultado, sin consecuencia, como el salto mortal de un atleta, que una vez visto y admirado, nada deja en el fondo del alma, sino el cansancio angustioso que se tiene despues de ver un gran peligro eludido. En *Enrique III y su corte*, del mismo autor, predomina un objeto histórico; en *Antony* una intencion política casi, y por lo menos se revela alli un sistema social nuevo; es un ariete dirigido contra la actual organizacion de la sociedad, contra las ideas viejas; es una invasion en el porvenir, mas ó menos verdadera y exagerada como analizándolo tuvimos ocasion de decir; pero en fin, tiene una importancia muy trascendental. En *Catherina Howard* reina el deseo de pintar una pasion, la ambicion, que como toda pasion cuando se halla elevada al grado de vehemencia posible absorve todas las facultades del ser, y crece en el corazon á costa de todas las demas.

Pero en *La Tour de Nesle*, lo repetimos, no hay mas importancia, ni mas mira profunda que la de desenvolver una intriga aterradora, por

medios aun mas aterradores. Supone mas ingenio, pero menos talento; mas conocimiento del hombre que concurre al teatro, que del hombre que vive en el mundo. Por eso nosotros sentimos que los traductores, pues parece que han sido dos, hayan creido poder alterar el título, porque siendo este tan vago é indeterminado como su autor se lo ha puesto, á nada le comprometia; al paso que trasladar toda la importancia del drama y hacerla recaer sóbre un personage histórico como *Margarita de Borgoña*, es comprometer á Alejandro Dumas á deberes que él mismo no se ha impuesto.

Los demas cortes y las otras alteraciones que han sido hechas en *La Tour de Nesle* al trasladarla á la escena española, parecen haber sido concesiones hechas á nuestras costumbres y á la delicadeza de nuestro público. Si esto resulta en disfavor del drama y del autor que necesita un público hecho á su manera y educado espresamente para él, ó en disfavor del público español, esto solo los traductores que se han erigido jueces, prejuzgando la cuestion, se atreverán á decirlo. Nosotros permanecemos en la mayor duda, y no quisieramos ofender ni á nuestro público, ni al célebre Dumas.

Dificil, pesado, inútil nos parece presentar en fila las escenas de *La Tour de Nesle*, ni detallar su argumento. Suponiendo, pues, que el que nos lea ha visto ó leido el drama, y que el que no lo ha visto ni leido, no ha de leer nuestro artículo, nos ahorraremos esa labor insípida, y que nunca favorece á la composicion en cuestion, porque tales analisis periodísticos

nos producen el mismo efecto que produciria un amante ó un enemigo de una muger que para hacer formar una idea de su belleza ó de sus defectos enseñase á las gentes su esqueleto.

Vamos á combatir de paso algunas de las inculpaciones hechas á estos dramas y al género á que pertenecen, lo cual no haremos sin decir antes que el hombre es esclusivo, generalmente hablando, en sus aficiones, de donde resulta que todo lo exagera, y que rara vez se coloca en el punto crítico y circunscrito de la verdad. Inferir de la languidez de las comedias clásicas de la escuela antigua que es forzoso para animar una comedia ponerle un asesinato en cada escena, es un estremo de los horrores prodigados en *La Tour de Nesle*: inferir que solo son buenas las comedias que pintan lenta y friamente las pequeñeces de un enamorado ó de un pródigo, es otro estremo. Tan mal nos parece á nosotros una comedia lánguida, á causa de los escrúpulos de una escuela, como un tejido de horrores, no menos inverosímil, hijo de una completa despreocupacion. Porque al fin, ¿cuál es el objeto del arte? ¡Retratar á la naturaleza! Pues bien, ni la naturaleza es tan comedida y corta de genio y de recursos, tan moderada y encajonada en reglas como la vistieron los clásicos, ni es tan desordenada y violenta como los románticos la disfrazan. Pero si la avaricia, considerada bajo su aspecto mas sutil y de menos trascendencia, puede hacer reir, y si la pintura de un avaro puesto en ridículo por sus mezquindades puede ser la verdad, y corregir avergonzando, hágase en buen hora de ese asunto

una comedia. Verdad será, y será la naturaleza; y cumplirá con un objeto, el de retratar á los hombres. Mas si al propio tiempo esa misma avaricia desarrollada y puesta en situaciones particulares deja de ser ridícula, y mirado bajo otro aspecto pasa á ser violenta, y arma la mano del hombre con un puñal, y pintada asi puede conmover, y presenta al hombre los riesgos de sucumbir á semejante pasion, y puede ser tambien la verdad y corregir horrorizando, hágase en buen hora un drama fúnebre y lacrimoso. Verdad será, y será la natnraleza, y cumplirá con el propio objeto de retratar á los hombres.

Porque, tengamos lógica y seamos consecuentes: si la pintura de un avaro que hace reir corrige segun los clásicos á los avaros, ¿por qué la pintura de un asesino que hace temblar no ha de corregir á los asesinos? ¿No es inmoral retratar á un jugador? ¡Y es inmoral retratar á un homicida!

Tales inculpaciones son hijas de la rutina. La naturaleza es el objeto del arte, lo repetimos; si es tan cierto que el hombre mata y que juega, no vemos una razon para que el homicidio salga de la jurisdiccion del teatro. El deber, pues, del poeta no es el de separar estos ó aquellos asuntos, sino escoger el que mejor le parezca, y ese presentarle con verdad. Los medios, los verosímiles, y nosotros solo recusamos la inverosimilitud: en la inverosimilitud entra la eterna conversacion, el sonsonete de máximas y sentencias de la antigua comedia clásica, en la cual nadie se propasa, en la que nadie siente fuertemente y con vehemencia, porque eso es

mentira; y entra tambien la acumulacion de crímenes, la dureza y la calma de un criminal, porque eso tambien es mentira, y no hay ser, por feroz que sea, que no tenga un rincon en su existencia reservado para un sentimiento dulce.

Tal es la mezcla de la naturaleza, tal debe ser la mezcla del arte que tiende á representarla. Los ascos que muchas gentes hacen á los horrores del teatro semejan á los que hacen á los toros multitud de personas que vemos sin embargo en ellas. La prueba es que los señores clásicos que reconvienen á los románticos de amigos de crímenes, no se acuerdan de que su teatro clásico es un puro crimen, porque al fin, ¿quién es Medea, y quién Edipo? ¿Qué gente es toda la familia de Atreo? ¿Dónde se pueden encontrar criminales mas feroces, dónde los envenenadores y los asesinos con mas frecuencia que en las familias de reyes y príncipes, monopolizadoras esclusivas de la tragedia clásica?

¡Oh! No se puede venir al teatro. ¡La Tour de Nesle! ¡El incesto, el adulterio, el parricidio!!! ¿Y qué es Edipo, y Jocarda? ¿Qué es Tedra? ¿Qué es Neron sino un envenenador, sino la Lucrecia Borgia de Racine y del teatro clásico?

Parcialidad nada mas y miseria en los juicios de los hombres. Cuando esos horrores no son verdad, entonces los recusaremos; cuando esten mal manejados, mal presentados, entonces daremos la razon á los enemigos del género: entre tanto nosotros admitimos los géneros todos y todas las escuelas.

Por otra parte, hemos dicho algunas veces dos verdades que repetiremos. Primera, que la

literatura no puede ser nunca sino la espresion de la época: volvamos la vista á la época, y abracemos la historia de Europa de cuarenta años á esta parte. ¿Ha sido el género romántico y sangriento el que ha hecho las revoluciones, ó las revoluciones las que han traido el género romántico y sangriento? Que españoles nos digan en el dia que los horrores, que la sangre no está en la naturaleza, que nos añadan que el teatro nos puede desmoralizar, eso causa risa; pero aquella risa homérica, aquella risa interminable de los dioses de la Ilíada. Segunda verdad. Que el hombre no es animal de escarmiento, y por tanto, que el teatro tiene poquísima influencia en la moral pública; no solo no la forma, sino que sigue él paso á paso su impulso. Lo que llaman moral pública tiene mas hondas causas: decir que el teatro forma la moral pública, y no ésta el teatro, es invertir las cosas, es entenderlas al reves, es lo mismo que decir que un hombre cavila mucho porque es calvo, en vez de decir que es calvo porque cavila mucho. Cuando nos enseñen una persona que se haya vuelto santa de resultas de una comedia de Moratin, nosotros enseñaremos un hombre que haya dejado de ser asesino por haber asistido á un drama romántico. ¿Pervierte la moral pública representar á un particular que asesina llevado de una pasion en un drama, y no pervierte la moral pública un rey asesinando á su hermano en una tragedia? El hijo de Lucrecia es inmoral; pero es muy moral Orestes, y mas moral todavía Agamenon matando á su hija, los hijos de Edipo matándose uno á otro &c. &c. ¿Y

en la comédia clásica misma, en Moliere, en Moratin, hay otra cosa que hijos que se burlan, que se mofan de sus padres, mugeres que buscan las vueltas á sus maridos puestos en ridículo porque quieran conservar la virtud de sus mugeres, tramposos entronizados, y acreedores escarnecidos? Todo eso es muy moral.

Seríamos injustos si antes de dar fin á este artículo no dijéramos que la representacion de *La Tour de Nesle* que tales reflexiones nos ha sugerido ha sido de las mejores que en Madrid hemos visto.

E.—Noviembre 2 de 1836.

EL DIA DE DIFUNTOS DE 1836.

FÍGARO

EN EL CEMENTERIO.

Beati qui moriuntur in Domino.

En atencion á que no tengo gran memoria, circunstancia que no deja de contribuir á esta especie de felicidad que dentro de mí mismo me he formado, no tengo muy presente en qué artículo escribí (en los tiempos en que yo escribia) que vivia en un perpetuo asombro de cuantas cosas á mi vista se presentaban. Pudiera suceder tambien que no hubiera escrito tal cosa en ninguna parte; cuestion en verdad que dejaremos á un lado por harto poco importante en época en que nadie parece acordarse de lo que ha dicho, ni de lo que otros han hecho. Pero suponiendo que asi fuese, hoy dia de difuntos de 1836 declaro que si tal dije, es como si nada hubiera dicho, porque en la actualidad maldito si me asombro de cosa alguna. He visto tanto, tanto, tanto..., como dice alguien en el Califa. Lo que sí me sucede es no comprender claramente todo lo que veo, y asi es que al amanecer un dia de difuntos no me asombra precisamente que haya tantas gentes que vivan; sucédeme sí que no lo comprendo.

En esta duda estaba deliciosamente entretenido el dia de los Santos, y fundado en el antiguo refran que dice *fiate en la Virgen y no corras* (refran cuyo origen no se concibe en un pais tan eminentemente cristiano como el nuestro), encomendábame á todos ellos con tanta esperanza, que no tardó en cubrir mi frente una nube de melancolía; pero de aquellas melancolías de que solo un liberal español en estas circunstancias puede formar una idea aproximada. Quiero dar una idea de esta melancolía; un hombre que cree en la amistad y llega á verla por dentro, un inesperto que se ha enamorado de una muger, un heredero, cuyo tio indiano muere de repente sin testar, un tenedor de bonos de Cortes, una viuda que tiene asignada pension sobre el tesoro español, un diputado elegido en las penúltimas elecciones, un militar que ha perdido una pierna por el Estatuto, y se ha quedado sin pierna y sin Estatuto, un grande que fue liberal por ser prócer, y que se ha quedado solo liberal, un general constitucional que persigue á Gomez, imagen fiel del hombre corriendo siempre tras la felicidad sin encontrarla en ninguna parte, un redactor del *Mundo* en la carcel en virtud de la libertad de imprenta, un ministro de España, y un rey en fin constitucional, son todos seres alegres y bulliciosos, comparada su melancolía con aquella que á mí me acosaba, me oprimia y me abrumaba en el momento de que voy hablando.

Volvíame y me revolvia en un sillon de estos que parecen camas, sepulcro de todas mis meditaciones, y ora me daba palmadas en la

frente, como si fuese mi mal, mal de casado, ora sepultaba las manos en mis faltriqueras, á guisa de buscar mi dinero, como si mis faltriqueras fueran el pueblo español y mis dedos otros tantos gobiernos, ora alzaba la vista al cielo como si en calidad de liberal no me quedase mas esperanza que en él, ora la bajaba avergonzado como quien ve un faccioso mas, cuando un sonido lúgubre y monótono, semejante al ruido de los partes, vino á sacudir mi entorpecida existencia.

¡Dia de difuntos! esclamé; y el bronce herido que anunciaba con lamentable clamor la ausencia eterna de los que han sido, parecia vibrar mas lúgubre que ningun año, como si presagiase su propia muerte. Ellas tambien, las campanas han alcanzado su última hora, y sus tristes acentos son el estertor del moribundo: ellas tambien van á morir á manos de la libertad, que todo lo vivifica, y ellas serán las únicas en España ¡santo Dios! que morirán colgadas. ¡Y hay justicia divina!

La melancolía llegó entonces á su término; por una reaccion natural cuando se ha agotado una situacion, ocurrióme de pronto que la melancolía es la cosa mas alegre del mundo para los que la ven, y la idea de servir yo entero de diversion... fuera, esclamé, fuera, como si estuviera viendo representar á un actor español, fuera, como si oyese hablar á un orador en las Cortes, y arrojéme á la calle; pero en realidad con la misma calma y despacio como si tratase de cortar la retirada á Gomez.

Dirigíanse las gentes por las calles en gran

número y larga procesion, serpenteando de unas en otras como largas culebras de infinitos colores: ¡al cementerio, al cementerio!! ¡Y para eso salian de las puertas de Madrid!

Vamos claros, dije yo para mí, ¿dónde está el cementerio? ¿fuera ó dentro? Un vértigo espantoso se apoderó de mí, y comencé á ver claro. El cementerio está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazon la urna cineraria de una esperanza ó de un deseo.

Entonces, y en tanto que los que creen vivir acudian á la mansion que presumen de los muertos, yo comencé á pasear con toda la devocion y recogimiento de que soy capaz las calles del grande osario.

Necios, decia á los transeuntes, ¿os moveis para ver muertos? ¿no teneis espejos por ventura? ¿ha acabado tambien Gomez con el azogue de Madrid? ¡Miraos, insensatos, á vosotros mismos, y en vuestra frente vereis vuestro propio epitafio! ¿Vais á ver á vuestros padres y á vuestros abuelos, cuando vosotros sois los muertos? Ellos viven, porque ellos tienen paz; ellos tienen libertad, la única posible sobre la tierra, la que da la muerte; ellos no pagan contribuciones que no tienen; ellos no serán alistados ni movilizados; ellos no son presos ni denunciados; ellos, en fin, no gimen bajo la jurisdiccion del celador del cuartel; ellos son los únicos que gozan de la libertad de imprenta, porque ellos hablan al mundo. Hablan en voz bien alta, y que ningun

jurado se atreveria á encausar y á condenar. Ellos, en fin, no reconocen mas que una ley, la imperiosa ley de la naturaleza que allí los puso, y esa la obedecen.

¿Qué monumento es este? esclamé al comenzar mi paseo por el vasto cementerio.

¿Es él mismo, un esqueleto inmenso de los siglos pasados, ó la tumba de otros esqueletos? ¡*Palacio*! Por un lado mira á Madrid, es decir, á las demas tumbas; por otro mira á Estremadura, esa provincia virgen... como se ha llamado hasta ahora. Al llegar aquí me acordé del verso de Quevedo

Y ni los v... ni los diablos veo.

En el frontispicio decia: "*Aquí yace el trono;* nació en el reinado de Isabel la Católica, murió en la Granja de un aire colado." En el basamento se veían cetro y corona, y demas ornamentos de la dignidad real. La *Legitimidad*, figura colosal, de mármol negro, lloraba encima. Los muchachos se habian divertido en tirarle piedras, y la figura maltratada llevaba sobre sí las muestras de la ingratitud.

Y este mausoleo á la izquierda. *La Armería.* Leamos.

Aquí yace el valor castellano, con todos sus pertrechos. R. I. P.

Los ministerios. Aquí yace media España: murió de la otra media.

Doña María Aragon. Aquí yacen los tres años.

Y podia haberse añadido: aquí callan los tres años. Pero el cuerpo no estaba en el sarcófago; una nota al pie decia:

:

El cuerpo del santo se trasladó á Cádiz en el año 23, *y alli por descuido cayó al mar.*

Y otra añadia, mas moderna sin duda: *Y resucito al tercero dia.*

Mas allá: ¡Santo Dios! *Aqui yace la inquisicion, hija de la fé y del fanatismo: murió de vejez.* Con todo anduve buscando alguna nota de resurreccion: ó todavía no la habian puesto, ó no se debia de poner nunca.

Alguno de los que se entretienen en poner letreros en las paredes habia escrito sin embargo con yeso en una esquina, que no parecia sino que se estaba saliendo, aun antes de borrarse: *Gobernacion.* ¡Qué insolentes son los que ponen letreros en las paredes! Ni los sepulcros respetan.

¿Qué es esto? *¡La carcel! Aqui reposa la libertad del pensamiento.* ¡Dios mio, en España, en el pais ya educado para instituciones libres! Con todo, me acordé de aquel célebre epitafio, y añadí involuntariamente

Aqui el pensamiento reposa,
En su vida hizo otra cosa.

Dos redactores del *Mundo* eran las figuras lacrimatorias de esta grande urna. Se veian en el relieve una cadena, una mordaza y una pluma. Esta pluma, dije para mí, ¿es la de los escritores, ó la de los escribanos? En la carcel todo puede ser.

La calle de Postas, la calle de la Montera. Estos no son sepulcros. Son osarios, donde, mezclados, y revueltos; duermen el comercio, la industria, la buena fé, el negocio.

Sombras venerables, ¡hasta el valle de Josafat!

Correos. ¡Aqui yace la subordinacion militar! Una figura de yeso, sobre el vasto sepulcro, ponia el dedo en la boca; en la otra mano una especie de geroglífico hablaba por ella. Una disciplina rota.

Puerta del Sol. La Puerta del Sol: esta no es sepulcro sino de mentiras.

La Bolsa. Aqui yace el crédito español. Semejante á las pirámides de Egipto, me pregunté, ¿es posible que se haya erigido este edificio solo para enterrar en él una cosa tan pequeña!

La Imprenta Nacional. Al reves que la Puerta del Sol. Este es el sepulcro de la verdad. Unica tumba de nuestro pais, donde á uso de Francia vienen los concurrentes á echar flores.

La Victoria. Esa yace para nosotros en toda España. Alli no habia epitafio, no habia monumento. Un pequeño letrero que el mas ciego podia leer decia solo: *¡Este terreno le ha comprado á perpetuidad, para su sepultura, la junta de enagenacion de conventos!*

¡Mis carnes se estremecieron!! Lo que va de ayer á hoy. ¿Irá otro tanto de hoy á mañana?

Los Teatros. Aqui reposan los ingenios españoles. Ni una flor, ni un recuerdo, ni una inscripcion.

El Salon de Cortes. Fue casa del Espíritu Santo; pero ya el Espíritu Santo no baja al mundo en lenguas de fuego.

Aqui yace el Estatuto.
Vivió y murió en un minuto.

Sea por muchos años, añadí, que sí será: este debió de ser raquítico, segun lo poco que vivió.

El Estamento de Proceres. Allá en el Retiro. Cosa singular. ¡Y no hay un misterio que dirige las cosas del mundo, no hay una inteligencia provisora, inesplicable!! Los próceres, y su seplucro en el Retiro.

El sabio en su retiro y villano en su rincon.

Pero ya anochecia, y tambien era hora de retiro para mí. Tendí una última ojeada sobre el vasto cementerio. Olia á muerte próxima. Los perros ladraban con aquel ahullido prolongado, intérprete de su instinto agorero; el gran coloso, la inmensa capital toda ella, se removia como un moribundo que tantea la ropa: entonces no vi mas que un gran sepulcro: una inmensa lápida se disponia á cubrirle como una ancha tumba.

No habia *aqui yace* todavía; el escultor no queria mentir: pero los nombres del difunto saltaban á la vista ya distintamente delineados.

¡Fuera, esclamé, la horrible pesadilla, fuera! ¡Libertad! ¡Constitucion! ¡Tres veces! ¡Opinion nacional! ¡Emigracion! ¡Vergüenza! ¡Discordia! Todas estas palabras parecian repetirme á un tiempo los últimos ecos del clamor general de las campanas del dia de difuntos de 1836.

Una nube sombría lo envolvió todo. Era la noche. El frio de la noche helaba mis venas. Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi propio corazon, lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseos.

¡Santo cielo! Tambien otro cementerio. Mi corazon no es mas que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! *¡Aqui yace la esperanza!!!*

¡Silencio, silencio!!!

E. – *Noviembre* 19 *de* 1836.

EL PILLUELO DE PARÍS,

COMEDIA NUEVA EN DOS ACTOS.

En todo este mes no nos habia ofrecido la direccion del teatro del Príncipe mas que una novedad, titulada una *causa criminal*, la cual reputamos en nuestro corto entender tan mala, que el silencio nos pareció el único juicio que de ella pudiera hacerse. Una intriga mas embrollada que el mismo pais, y media docena de situaciones tan violentas é inverosímiles como una revolucion sin hombres, formaban su tejido. Por tanto la dejamos dormir en paz en el repertorio del coliseo, adonde sin duda ha vuelto silbada y cavizbaja á confundirse con esa multitud de novedades que diariamente se nos dan, y cuya fama no escede la corta vida del cartel que los anuncia.

Pero *Le Gamin de Paris* es otra cosa. Esta comedia ha producido grande efecto en el pais para que ha sido escrita, y su traduccion, si no ha llamado gente por la desconfianza que de las novedades tiene el público, ha gustado mas de lo que suelen esas composiciones que no estan en armonía con nuestras costumbres.

Lo que los franceses llaman *Le Gamin de Paris* es un tipo original que en ningun otro pueblo del mundo tiene su semejante; producto de

la confusion y de la vitalidad de aquella capital, el *Gamin* es propiamente el muchacho de la clase del pueblo que vive, mas que en su casa, en las calles y plazuelas, no precisamente haciendo picardías ó aprendiendo para ratero, como entre nosotros se podia decir de los chicos de la candela, sino que vagamundea, travesea, alborota y crece solo por su propia fuerza sin apoyo especial de nadie, sino apoyado en la sociedad toda entera que le cobija y da lugar entre los intersticios de sus diferentes clases é individuos. *El Gamin de Paris* no es por consiguiente el Pilluelo, como el traductor ha creido, y mas que lo diga Taboada, porque la voz pilluelo siempre envuelve una idea mala y alude á un carácter de torcida índole ó viciado, que el *Gamin de Paris* puede no tener.

Si el traductor conociese el *Libro de los ciento y uno*, esa coleccion de buenos y malos cuadros de costumbres parisienses, no hubiera calumniado de esa suerte al pobre protagonista de la comedia nueva.

La intriga de esta es fácil de esponer á nuestros lectores. El hijo de un general del imperio, y noble de nuevo cuño, se ha enamorado de una pobre muchacha del pueblo, y no creyendo poder conseguir su amor si se presenta con su verdadero nombre, pasa á sus ojos por un artista pobre y la seduce. El *Gamin de Paris*, hermano de la víctima, indaga la verdadera posicion del *cuyo*, y cuando sabe que su sangre pobre ha sido deshonrada por la del conde, inventa medios de hallar satisfaccion; se avista con el general, y ayudado de una penetracion que en

nuestras costumbres españolas parece inverosímil á su edad, llega á poner las cosas en términos de que el general satisfaga el honor de su familia obligando á su hijo á casarse con la plebeya hermosura, á pesar del orgullo y de las preocupaciones de clase que parecian separar para siempre los dos corazones unidos por el amor.

Domina en esta comedia, como á primera vista se echa de ver, la antigua lucha suscitada en el siglo XVIII por la filosofía enciclopédica entre el pueblo y la nobleza, lucha amortecida por el despotismo militar del hombre á quien llaman del siglo, porque sujetó al siglo, pero lucha que revivió mas viva con la revolucion del año 30.

La revolucion francesa derribó la antigua nobleza y mató el prestigio hereditario; el hombre del siglo necesitó rodearse de una nobleza por dos razones. 1.ª Porque habiendo dado en el capricho de descender y de trocar su corona de laurel por la de oro, le era necesario adaptarse á la pequeñez humana creándose un palacio, y por consiguiente hubo de alhajarle con todo el ornato y mueblage de tal, es decir, con palaciegos. 2.ª Porque si el prestigio hereditario puede ser un absurdo, las diferencias de clases no lo son; estan en la naturaleza, donde no existen dos pueblos, dos rios, dos árboles, dos hojas de un arbol iguales; ni se concibe de otra manera un orden de cosas cualquiera: monarquías y repúblicas, todas las formas de gobierno sucumben en este particular á la gran ley de la desigualdad establecida en la naturale-

za, por la cual un terreno da dos cosechas cuando otro no da ninguna, por la cual un hombre da ideas, cuando otro no da sino sandeces, por la cual son unos fuertes cuando son débiles otros: ley preciosa, única garantía de alguna especie de orden con que selló la Providencia su obra, ley por la cual ahora como antes, despues como ahora, la superioridad, la fuerza, el mérito ó la virtud se sobrepondrán siempre en la sociedad á la multitud para sujetarla y presidirla.

Y esta fue precisamente la única aristocracia que el hombre del siglo admitió, suplantando la antigua nobleza hereditaria con la nobleza de sus compañeros de armas cuyos pergaminos habia ido hallando cada cual en los campos de batalla.

El autor del *Gamin de Paris*, llevado de la idea favorita de los escritores de su escuela, pone en contraste la pobre honradez de la familia plebeya, artesana y trabajadora, que representa á la humanidad oprimida, con el orgullo, el ocio y el vicio de la familia rica y decorada, que representa el abuso y la tiranía.

Grave cuestion podriamos mover aquí sobre este contraste, base de tan larga lucha: nosotros la decidiriamos en nuestro pobre juicio manifestando algunas verdades que podrian saber mal, pero que no por eso dejarán de ser verdades. Diriamos que la desigualdad de las clases y de las fortunas es un mal de que no hay que echar la culpa á nadie sino á la naturaleza de las cosas; á la altura de civilizacion á que el siglo se encuentra, añadiriamos que todo abuso fundado en la supremacía del dinero ó de la clase, es un contrasentido, y que las instituciones políticas

mas perfectas serán aquellas que mejor garanticen á pobres y á ricos igualmente el ejercicio de sus respectivos derechos; en este sentido nunca tendrá un pueblo bastante libertad.

Pero una vez concedida esta base importante, una vez confesada la desigualdad de fortunas, se nos figura que el contínuo alarido de los muchos contra los pocos es un sofisma, cuando no es pereza; en la Europa moderna el trabajo es una puerta abierta á todos para la riqueza; el talento un camino ancho á todos para el poder. Y despues, descendiendo al objeto de este artículo, confesaremos que no vemos que los pobres sean siempre necesariamente virtuosos, y el noble y el rico siempre unos bribones. Nosotros creemos que la pobreza tiene los defectos y los vicios peculiares de este estado, que seguramente no es el mas envidiable, asi como el bienestar de los nobles y los ricos tiene los suyos.

Si la ociosidad hace malo al rico, la necesidad hace malo al pobre: si el aristocrata es ambicioso, intrigante y seductor de mugeres, el pobre suele ser ladron, bajo y embustero; todo está, pues, compensado, y ya sería tiempo, si viviesemos en un siglo de ilustracion, como tan petulantemente se pretende, que comenzasen los hombres á ser justos y á no echarse en cara unos á otros parcialmente, no sus defectos, sino los defectos del hombre en general, segun la situacion en que se encuentra.

Nuestro Cervantes, que felizmente no floreció en el siglo de la ilustracion, es decir, de la hipocresía y de la mentira, en el siglo de las caretas políticas y de las sonajas al uso de los

pueblos, decia en alguna parte, hablando del pobre, *si es que el pobre puede ser honrado.*

Bien es verdad que Cervantes en el dia con toda su profundidad filosófica acabaria probablemente por ser deportado á Canarias, *por sospechoso de desafecto*, en atencion á que, si mal no nos acordamos, decia tambien en otro lugar de sus escritos, hablando del andar en coche, *que todo otro andar es andar á gatas*; frases bastantes para dar la medida de sus aristocráticas y criminales aficiones.

M. – *Diciembre* 10 *de* 1836.

FÍGARO DADO AL MUNDO.

Et resurrexit tertio die.
Pasion segun los Evangelistas.

En punto á pasiones estoy ¡vive Dios! por la de nuestro Señor Jesucristo: óiganme los que no sean sordos, esto es, los que no sean ministros, y quiero ser diputado para estas Cortes y aprobar las medidas desmedidas, si no me dan cuantos me lean la razon.

Recorramos las demas pasiones. Si la ambicion es algo, es en gracia de suponerse que el que llega á mandar á sus semejantes (si el que manda tiene semejantes) les es en mérito y talento superior; por consiguiente en España es preciso ser muy modesto para ser ambicioso.

No quiero hablar de la avaricia. Pasion de ricos. ¿Qué mas quisiéramos nosotros que poder ser avaros? Pero para guardar algo es preciso tener algo.

No digo nada de la envidia. Francamente. Mirémonos despacio unos á otros. ¿Á quién tener envidia? ¿Qué es ganga aqui? ¿Ser empleado? Un empleado es como camisa de pobre, que tira todo lo mas de domingo á jueves. ¿Ser propietario? En España todos tienen su viña á orillas del camino. ¿Tener ejecutorias de nobleza? Es como poseer papel del Estado. ¿Ser liberal? Tal cual teniendo casa en Canarias... ¿Ser mi-

nistro? Es casi mejor ser liberal. ¿Ser escritor? Es mejor ser ministro, como es mejor ser gato que raton.

En una palabra, es preciso no tener sentido comun para tener envidia en España.

Entremos con el amor. Pero esta no es pasion, que es tontería, y si fuera pasion, sería la que mas se pareciera á la de nuestro Señor Jesucristo.

Dejemos en paz las demas pasiones que no hacen á nuestro propósito; yo doy la preferencia á esta última, porque de las demas he oido decir que han llevado á muchos al sepulcro, y si bien la de nuestro Señor Jesucristo no tuvo en eso mejor fin que las otras, le encuentro al menos la ventaja de ser la única, de la cual, una vez muerto se resucita al tercero dia.

Estoy decididamente por aquel género de muerte de que se resucita; para no resucitar no vale la pena de morirse; de suerte que cuando en mi último artículo quedaba en el cementerio, me hallaba precisamente en el mismo caso que aquel de quien se cuenta que reconvenido porque oía con raras muestras de alegría un sermon de Pasion, respondió: *Es que estoy en el secreto.* – *¿Qué secreto?* –*Toma, repuso, en que ha de resucitar al tercer dia.*

Yo que me conozco, que sé mejor que nadie hasta qué punto soy capaz de vivir en un cementerio, sabia tambien que habia de volver, como mi Divino Maestro, á juzgar á los vivos y á los muertos.

Héme aqui de nuevo saliendo de entre las tumbas, impasible como un muerto; sacando la

cabeza por entre las ruinas como un secretario de la Gobernacion; impalpable, imprendible, inconfinable, como cuerpo glorioso, y no dándoseme nada por nada, como alma de barbero; vacía de bajo del brazo, como tienen la cabeza la mayor parte de las gentes que en vida y en muerte traté; y navaja en mano, buscando barbas que hacer, como tienen el estilo los mas de los oradores del dia; páseseme el sustantivo por adjetivo en la actual confusion de cosas, para que pueda haber juego de palabras, juego inocente en pais donde se juega á la bolsa y á las conspiraciones descubiertas.

Regañon y mal humorado en mi primera vida, dábame al diablo por cualquier cosa; despues de mi salida del cementerio, héme ya otro hombre, determinado en lo sucesivo á darme al mundo en lugar de darme al diablo. En mi entender es un error decir que cierra uno el ojo cuando baja á la tumba; el cementerio me ha abierto los mios; convencido de esa verdad, juro á Dios, á fé de Fígaro, que no les deseo á los que nos dirigen otro mal, sino que aprendan mas de lo que saben, y ruego á su Divina Magestad en consecuencia que les haga pasar por unos cuantos años de cementerio. Hombres ademas tan amigos de la igualdad como de sus discursos parece, y tan desiguales en todo de los demas, como de sus actos consta, han menester para igualarse con ellos pasar por ese aprendizage, si es verdad, como comunmente se dice, que la muerte lo iguala todo.

Los filósofos cristianos han llamado unánimemente al mundo un valle de lágrimas; á nin-

gun mundo viene mas de molde esa lacrimosa y romántica calificacion que á este donde voy á hacer mi entrada; mundo de dolor y de amargura, de fisonomías de Cortes y de comunicados, no se puede dar un paso en él sin tropezar con la triste verdad. Porque ¿qué verdad mas triste que un periódico de la oposicion?

Segun ellos, las almas piadosas debemos creer que estamos en el mundo de paso. ¿Á quién podrá cuadrar esta sentencia mejor que á los redactores de este periódico? Si á nosotros aludieron los filósofos al sentar aquella proposicion, sin duda quisieron decir que estábamos de paso para Canarias. El P. Almeida asegura que en el mundo no hacemos mas que una peregrinacion: ¡oh padre prespicaz! Peregrinamos sin duda alguna á las islas adyacentes por medios verdaderamente peregrinos; ni nos falta el palo para seguir nuestro camino; cada dia nos dan alguno nuevo y no esperado; no nos falta la calabaza; ni ¿cómo pudiera faltarnos en pais donde cada hombre que sale y sube, y se da á luz, sale calabaza? ni las reliquias en fin, porque ¿qué otra cosa es todo lo que estamos viendo sino reliquias de lo pasado? Y si no tenemos sandalias, hagámonos cargo de que parte de la peregrinacion se ha de hacer por mar, y en cambio tenemos zapatos, mientras nos queden treinta y siete reales en el bolsillo propio ó en el ageno. Y zapatos ingleses que no hay sino decir ¿pies para que os quiero, sino para estos zapatos? Verdadera peregrinacion, durante la cual nunca sabemos dónde nos tomará la noche, si bien nos consta que haremos noche, y aun en caso de

no tomarnos la noche, todas las demas cosas nos tomarán, inclusas las medidas.

Estamos de acuerdo en todo y por todo con el P. Almeida, hasta cuando dice que no es en este mundo donde está la felicidad, verdad que no necesita que se la diga el P. Almeida á quien tiene ojos en la cara; á la salida de este mundo está, venerable padre, y el enigma se ha descubierto porque saliendo de él como saldremos para Canarias, debemos tener presente que los antiguos llamaban á estas islas las islas fortunadas, es decir, la mansion de la felicidad: asi sea, que pronto lo hemos de ver.

Hecha nuestra entrada en este miserable mundo, mundo de persecucion y de justicia, mundo de desengaños y de fiscales de imprentas, mundo todo de jueces de hecho, y de denuncias y delaciones, recibamos el bautismo de sangre, primer sacramento que recibe todo cristiano que entra en él, y aguardemos con resignacion el sacramento no menos serio de la penitencia que á vuelta de hoja nos espera. Váyase porque tampoco hay otros sacramentos; el de las órdenes no debe dar cuidado á quien como nosotros está dispuesto á no obedecerlas; el de la comunion lo dejamos para otros fieles, en tiempos como estos en que nos quieren hacer comulgar con ruedas de molino; en cuanto al del matrimonio bastante infierno tenemos con el señor juez y el fiscal de imprentas, con quienes parece que estamos casados, segun lo mal que nos llevamos Nosotros no nos casamos con nadie, y solo nos parecemos á las demas gentes del mundo en estar casados con nuestra opinion, bien diferentes en eso de las

gentes que gobiernan, que cada dia tienen una, verdaderos sectarios en ese punto de la poligamia, y de las costumbres de Oriente, por mas que á primera vista parezcan personas enteramente desorientadas y que pierden el tino á un dos por tres.

Individuos ya del mundo, saludamos á nuestra entrada á los que en él nos han precedido, y preparados á la lid que nos espera, le consideramos como un circo romano, en el cual vamos á luchar con las fieras; no nos parece necesario indicar quiénes son las fieras y quiénes somos nosotros; y vueltos al César, al tirano, es decir, al gobierno, pronunciamos, como los atletas que van á morir, la antigua fórmula de costumbre:

Cesar, morituri te salutant, es decir, *ministerio Calatrava, los escritores que vas á desterrar te saludan.*

Despues de tomada la venia de la autoridad, solo nos resta quitarnos la montera con desenfado, y ofrecer la primera fiera que caiga á la salud del presidente y de toda la concurrencia.

Pero si nosotros caemos, caeremos al menos como hombres de mundo, moriremos cantando como *canarios*, es decir, enjaulados, ya que la suerte quiere que no haya jaulas en España sino para los vivientes de pluma, que no son otra cosa los escritores.

E. – *Diciembre* 20 *de* 1836.

FELIPE II,

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS Y SIETE CUADROS.

El teatro envejece diariamente y caduca, no en España solo, donde la existencia parásita que arrasta hace años le hace infinitamente subalterno, sino en la Europa entera, á cuya civilizacion moderna ha debido una vida brillante por largos siglos. Verdad es que esta diversion se remonta en la antigüedad á los tiempos oscuros de la tradicion; verdad es que su existencia, mas ó menos perfeccionada, en diversos paises y en distintos tiempos parece probar que es inherente á la naturaleza humana. Vestigios de representaciones informes se han encontrado en regiones que no podian haber recibido influencia ninguna de la Europa; sabido es que en la China, en ese trozo aislado del mundo, cuya civilizacion ha seguido un rumbo enteramente diverso, las tradiciones religiosas y los hechos heróicos llenan tres y cuatro dias, semanas enteras á veces, con una representacion dramática de solemnidad sin igual, puesto que conserva alli constantemente el carácter de una fiesta nacional, y dispensada al pueblo por el legislador. Esto no obstante, insistimos en la idea enunciada de que el teatro caduca, y acaso no será necesario que

pasen siglos para verle desaparecer completamente del mundo. La larga lucha de principios que se debate hace años en Europa, escogiendo hoy un palenque para la pelea, mañana otro, puede ser considerada por los políticos como una cuestion de forma de gobierno pasagera, y como efecto de esa rotacion periódica á que los sucesos del mundo estan sujetos. Pero á los ojos del filósofo observador es mas honda la esplicacion de los fenómenos políticos; no son meras cuestiones de derecho natural y de gentes; son las convulsiones de la agonía de una civilizacion usada y espirante, que debe desaparecer como las que le han precedido. Es la resistencia de los intereses y las costumbres de un gran período defendiendo el terreno que poseyeron, contra la grande innovacion, contra la invasion de un progreso inmenso, de un trastorno radical. La Europa representante y defensora de esa civilizacion vieja está destinada á perecer con ella, y á ceder la primacía en un plazo acaso no muy remoto á un mundo nuevo, sacado de las aguas por una mano atrevida hace tres siglos, y cuya mision es reemplazar un gran principio con otro gran principio; á un nuevo mundo que aparece tambien agitado por convulsiones, pero en el cual no son estas los síntomas del anonadamiento, sino los peligros y la inquietud de la infancia. La Europa se presenta en la lucha como un guerrero cansado, guardando la defensiva contra el principio invasor, vestida de harapos de distintas épocas, guarnecida de armas melladas, coronada con las antiguas y medio derruidas almenas feudales, protegiendo despojos y tesoros adquiridos,

ante un adversario, desnudo, pero ambicioso, sin tradicion, sin pasado, pero con porvenir, que no cuenta glorias, sino que tiene que adquirirlas; y en esta lucha, la ley de la naturaleza tiene dispuesto que el viejo ceda ante el jóven, que el dia de hoy muera á los primeros albores del dia de mañana, sin mas intervalo que el de una noche, oscura, tempestuosa, en la cual estamos en la actualidad luchando en vano con la desecha borrasca que irá dando al viento vela tras vela, y desmantelando la barca combatida palo por palo.

La transicion es violenta, y las sacudidas que esperimentamos no son otra cosa que su espresion; de ellas participa el teatro, intérprete de una organizacion social que se desmorona, y en la cual hechos y creencias, leyes y costumbres, intereses y diversiones, todo está dicho, todo está esperimentado, todo está usado. La gran disputa del clasicismo y del romanticismo no es otra cosa que el resultado de ese desasosiego mortal que fatiga al mundo antiguo. Estúdiese un momento la marcha del teatro, desde la carreta informe de Esquilo hasta las representaciones magníficas de Mr. Veron, desde las sátiras dialogadas de Aristófanes hasta las concepciones complicadas de Victor Hugo, y es imposible negarse al convencimiento de que el teatro no ha hecho nunca mas que seguir, y por lo regular de lejos, las huellas de la civilizacion. Los artificios de un esclavo y las disputas de los filósofos en Grecia, los lances de las cortesanas en Roma, las ridiculeces de las marisabidillas, y de los marqueses en el siglo de Luis XIV, las

aventuras de capa y espada en nuestro siglo de oro, las fantásticas melancolías de la Alemania, las comedias de circunstancias y los dramas políticos en la moderna Francia, los horrores y los crímenes poetizados en nuestra época de crímenes y de horrores, lo prueban hasta la evidencia; y la pretension de los clásicos que quieren detener y estancar el teatro cuando las revoluciones marchan, es un delirio que solo podria verificarse si se diera en la naturaleza el desnivel. Pero una unidad admirable lo encadena todo, y cuando los románticos han innovado, no es porque de pensado y por un fantástico capricho hayan querido innovar, sino porque son hombres de nuestra época; no solo no han dado ningun impulso nuevo, sino que le han recibido acaso sin saberlo. Victor Hugo y Dumas han querido y creido ser originales, cuando no eran mas que unos plagiarios de la política, porque la literatura es y será siempre no una causa, sino un efecto. La literatura no puede ser el bautista; harto hará con ser el apóstol.

Hechas estas reflexiones, confesamos que participamos de la indiferencia con que el público mira al teatro; como un niño vuelve de vez en cuando á ocuparse, aunque de mala gana, de un juguete, ya roto y gastado, ínterin se le presenta otro nuevo que absorva toda su curiosidad, el público vuelve de vez en cuando al teatro, pero á confirmarse siempre en su desengaño. El público al levantarse el telon está ya como el autor en el secreto de lo que le van á decir, y la vida del teatro es mas bien que vida un movimiento galvánico comunicado á un cadáver.

Hé aqui la razon porque la ópera ha invadido el teatro cómico, y le ha vencido en todas partes; porque hasta en el baile se ha buscado una importancia dramatizándolo; hé aqui la razon porque no hay teatro que se sostenga sin el aparato y el lujo de las decoraciones; porque no se concurre á él con la fé y el entusiasmo que lo suplian todo en los tiempos de su apogeo. Los sentidos quieren llenar un vacío que la imaginacion no alcanza á llenar; y no teniendo el espectáculo nada que decirle ya al entendimiento que este no sepa, trata de sorprender á los ojos y á los oidos, para embotar el pensamiento.

Despues de esta meditacion, ¿qué diremos de Felipe II? Que es una astilla mas, arrojada en la hoguera que se apaga, y por desgracia no es mas que una astilla, no porque le neguemos mérito. Felipe II es obra de un jóven que ya se ha dado á conocer con un ensayo menos feliz; y la distancia que entre la primera y la segunda obra existe es tal, que realmente se puede decir que hasta la representacion de Felipe II el poeta no ha debido llamarse autor dramático.

Una accion sencilla y un argumento facil y descargado de episodios prueban buen gusto y juicio exacto. Pero si no hay episodios que embaracen la accion, háilos en el diálogo; superabundancias verdaderas, en que el autor ha creido deber ostentar el estudio que de la época ha hecho.

Pero aqui le daremos un consejo, que creerá tanto mas imparcial cuanto que empezaremos por confesarle que nosotros le recibimos en cierta ocasion de uno de nuestros primeros literatos,

á propósito de una mala oda que el diablo nos tentó á publicar. A saber, que el saber mucho no ha de ser para decirlo todo, sino para saber lo que se ha de decir. Descargado el drama de multitud de alusiones históricas, minuciosas é inútiles, la accion hubiera caminado mas desembarazada, y el drama hubiera parecido mas lleno de vida.

Los caractéres estan bien sostenidos, y si no estan dibujados con gran profundidad, hay por lo menos rasgos muy felices y contrastes bien entendidos. Hubiéramos deseado que el final hubiese sido mas cuidado, porque siendo una idea delicada, es lástima que su misma sutileza y la poca preparacion hayan desvirtuado su mérito, y dejado al espectador en la duda del efecto que debia producirle. Donde hay efecto verdadero, el espectador cede sin consultarse á él, y prorrumpe en manifestaciones esteriores. Para que la confesion del amor de la reina hubiese sido natural á la vista de su marido, era preciso que hubiese sido provocada por la exaltacion hija de un peligro mas inminente que aquel en que se halla el príncipe don Cárlos. Porque no basta que el espectador sepa que va á morir; es preciso que los sentidos se lo prueben algun tanto.

El estilo es la parte mejor del drama, y su versificacion facil y armoniosa anuncian un poeta, al cual no arredrará nunca la dificultad de espresar, y espresar bien sus sentimientos.

E. – *Diciembre* 25 *de* 1836.

HORAS DE INVIERNO.

El editor de esta coleccion, que bastan á recomendar los autores de cuyas obras se echa mano para ella, tiene harto acreditado su buen gusto para que su publicacion pudiera confundirse en el sin número de otras del mismo género, y que con títulos semejantes duermen en nuestras librerías. Conocido por producciones originales y artículos muy recomendables insertos en el Artista, se ha lanzado cuerpo y alma en la traduccion. Esto es un efecto natural de nuestra decadencia, del poco premio, del ningun estímulo, del peligro, del escalon que ocupa, en fin, en las gerarquías europeas la sociedad española. Nada nos queda nuestro sino el polvo de nuestros antepasados, que hollamos con planta indiferente; segunda Roma en recuerdos antiguos y en nulidad presente, tropezamos en nuestra marcha adonde quiera que nos volvamos con rastros de grandeza pasada, con ruinas gloriosas, si puede haber ruinas que hagan honor á un pueblo; pero asi tropezamos con ellas como tropieza el imbécil moscardon con el diáfano cristal, que no acierta á distinguir de la atmósfera que le rodea. Es demasiado cierto que solo el orgullo nacional hace emprender y llevar á cabo cosas grandes á las naciones, y ese orgullo ha debido morir en nuestros pechos. Juguete hace años de la intriga estrangera, nuestro suelo

es el campo de batalla de los demas pueblos; aqui vienen los principios encontrados á darse el combate; desde Bonaparte, desde Trafalgar, la España es el *Bois de Boulogne* de los desafios europeos. La Inglaterra, el gran cetáceo, el coloso de la mar, necesitó medir sus fuerzas con el grande hombre, con el coloso de la tierra, y uno y otro esclamaron: *Nos falta terreno, ¿dónde reñiremos?* Y se citaron para España. Ventilada la cuestion, aniquilado el vencido, acudieron los amigos del vencedor y reclamaron la parte en el despojo. El huésped que habia prestado su casa para la acerva entrevista reclamó siquiera el premio de su cooperacion; y ¿qué le quedó? Lo que puede quedarle al campo de batalla: los cadáveres, el espectáculo de los buitres, y un letrero encima: *Aqui fue la riña.*

La América devolvió á su conquistadora con creces y con usura el principio democrático cuyo germen le habia lanzado imprudentemente la Europa de Luis XVI y Cárlos IV. El grito resonó desde las columnas de Hércules hasta las orillas del Rhin; los pueblos solevantaron sus cabezas é hicieron vacilar los tronos que pesaban sobre ellos: la degradada Italia intentó dar de mano aqui y alli á sus muelles ocupaciones artísticas, y espasmos políticos se hicieron sentir hasta en el Etna, que pareció querer vomitar otra cosa que llamas fátuas y tibias cenizas. El Norte hubo de desenvainar la espada de Waterloo, y lanzó contra el principio democrático el credo de la Santa Alianza. ¿Pero dónde pelearemos? se dijeron. Nuestras campiñas son fértiles, nuestros pueblos estan llenos; ¿dónde hay un palenque

vacío para la disputa? Y tambien se citaron en España. Pero esta vez no hubo necesidad de combate; los buitres citados por el rumor de la próxima pelea vinieron, y no pudiendo repartirse los muertos, se repartieron los vivos.

Mas tarde el derecho divino, y la legitimidad por la gracia de Dios, han necesitado reunir sus últimas fuerzas para dar combate al derecho del hombre, y á la legitimidad por la gracia del pueblo, y esta última vez no ha sido necesario ya traer los principios al palenque; ellos han nacido en su terreno: el Norte y los Torys, el Mediodia y los Whigs han acudido al primer silbido del Watman, del hombre de la noche, y las provincias vírgenes de España han visto su velo desgarrado, y profanado su seno que habian respetado los romanos y los godos, los hijos de Cárlos Martel y los nietos de Omar, por las sangrientas manos de los liberales y de los carlistas. De tradicion antigua es la España el palenque de las disputas agenas: la España no ha visto limpio su suelo de las armas estrangeras sino cuando ha empuñado el tizon de la discordia y cuando le ha lanzado con la atrevida mano de Cárlos I en los demas pueblos, porque antes de ese corto período de conquista, ¿dónde sino en España ventilaron sus cuestiones Roma y Cartago, la cruz y la media luna, la Europa y el Asia?

Es una verdad eterna: las naciones tienen en sí un principio de vida que creciendo en su seno se acumula y necesita desparramarse á lo esterior: las naciones como los individuos, sujetos á la gran ley del egoismo, viven mas que de su

vida propia de la vida agena que consumen, y ¡ay del pueblo que no desgasta diariamente con su roce superior y violento los pueblos inmediatos, porque será desgastado por ellos! O atraer, ó ser atraido. Ley implacable de la naturaleza: ó devorar, ó ser devorado. Pueblos é individuos, ó víctimas ó verdugos. Y hasta en la paz, quimérica utopia, no realizada todavía en la contínua lucha de los seres, hasta en la paz devoran los pueblos, como el agua mansa socava su cauce, con mas seguridad, si no con tanto estruendo como el torrente.

El pueblo, que no tiene vida sino para sí, el pueblo, que no abruma con el escedente de la suya á los pueblos vecinos, está condenado á la oscuridad; y donde no llegan sus armas, no llegarán sus letras; donde su espada no deje un rastro de sangre, no imprimirá tampoco su pluma ni un carácter solo, ni una frase, ni una letra.

Volvieran, si posible fuese, nuestras banderas á tremolar sobre las torres de Amberes, y las siete colinas de la ciudad espiritual, dominara de nuevo el pabellon español el golfo de Méjico y las sierras de Arauco, y tornáramos los españoles á dar leyes, á hacer papas, á componer comedias y á encontrar traductores. Con los Fernandez de Córdoba, con los Espínolas, los Albas y los Toledos tornáran los Lopes, los Ercillas y los Calderones.

Entre tanto (si tal vuelta pudiese estarnos reservada en el porvenir, y si un pueblo estuviese destinado á tener dos épocas viriles en una sola vida) renunciemos á crear, y despojémonos de las glorias literarias como de la preponderan-

cia política y militar nos ha desnudado la sucesion de los tiempos.

Ni ¿de qué suerte crear entre nosotros? ¿Cómo? ¿Y para qué? El genio, como el cedro del Líbano, nace en las alturas, y crece y se hace fuerte á los embates de la tempestad: no en los bajos ni en la confusion de las vertientes cenagosas que se desprenden á inundarlos de la montaña. El genio ha menester del laurel para coronarse; y ¿dónde ha quedado entre nosotros un vástago de laurel para coronar una frente? El genio ha menester del eco, y no se produce eco entre las tumbas.

Escribir y crear en el centro de la civilizacion y de la publicidad, como Hugo y Lhermínier, es escribir. Porque la palabra escrita necesita retumbar, y como la piedra lanzada en medio del estanque, quiere llegar repetida de onda en onda hasta el confin de la superficie; necesita irradiarse, como la luz, del centro á la circunferencia. Escribir como Chateaubriand y Lamartine en la capital del mundo moderno es escribir para la humanidad; digno y noble fin de la palabra del hombre, que es dicha para ser oida. Escribir como escribimos en Madrid, es tomar una apuntacion, es escribir en un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante y triste para uno solo. Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin encontrarla como en una pesadilla abrumadora y violenta. Porque no escribe uno siquiera para los suyos. ¡Quiénes son los suyos! ¿Quién oye aqui? ¿Son las academias, son los círculos literarios, son los corrillos noticieros de la Puerta del Sol, son las

mesas de los cafés, son las divisiones espedicionarias, son las pandillas de Gomez, son los que despojan, ó son los despojados?

¿Será el teatro el refugio de nuestra gloria? ¿El teatro, sin actores y sin público, el teatro nacional, que por último insulto, para mengua eterna y degradacion sin fin del pais, es ya una sucursal de la ópera, y un llena-huecos para las noches en que está ronca la primera dama? Porque es preciso imprimirlo; habrá quien no lo sepa: el teatro nacional no tiene ya empresa y direccion propia: el teatro nacional ha sido confiado á la direccion misma de la ópera, que ha tenido la bondad de recogerlo moribundo de manos de los actores que no pueden soportar en él

¡la dura carga que en sus hombros pesa!!!

¡Caso no ocurrido hasta la presente en pais alguno, escándalo de que la desdichada patria de Moreto y de Alarcon estaba reservada á dar ejemplo!

Y despues de estas reflexiones ¿querremos violentar las leyes de la naturaleza, y pedir escritores á la España? Hay una armonía en las cosas del mundo que no consiente el desnivel; cuando en política tenga Taylleranes ó Periers, cuando en armas tenga Soults, cuando en su camara tenga Thiers, cuando en ciencias tenga Aragos, entonces tendrá en literatura Chateaubrianes y Balzacs.

Lloremos, pues, y traduzcamos, y en ese sentido demos todavía las gracias á quien se tome la molestia de ponernos en castellano, y en

buen castellano, lo que otros escriben en las lenguas de Europa: á los que, ya que no pueden tener eco, se hacen eco de los demas: no estrañemos que jóvenes de mérito como el traductor de las Horas de Invierno rompan su lira y su pluma y su esperanza. ¿Qué haria con crear y con inventar? Dos amigos dirian al verle pasar por el Prado *¡tiene chispa!* Muchos no lo dirian por no hacer esa triste confesion. Los mas no lo sabrian; las bellas creerian hacerle un gran elogio diciéndole: *romántico;* algunos esclamarian: *es buen muchacho, ¡pero es poeta!* Otra parte, y no la menor, le calumniaria, le llamaria inmoral y mala cabeza, ¡infernaria su existencia y la llenaria de amargura!

El gobierno le enviaria en premio á las Baleares, llamándole revolucionario, y el resto del público le preguntaria en la calle de la Montera el dia que saliese á ver el efecto que hubiese hecho su última obra:

¡Hola! poeta, ¿qué hay de Gomez?

R. – *Diciembre 26 de 1836.*

LA NOCHE BUENA DE 1836.

YO Y MI CRIADO (1),

DELIRIO FILOSÓFICO.

El número 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diria que en dia 24 nací. Doce veces al año amanece sin embargo un dia 24: soy supersticioso, porque el corazon del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esa razon creen los amantes, los casados y los pueblos, á sus ídolos, á sus consortes y á sus gobiernos; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un dia 24 bueno. El dia 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y á imitacion de aquel gefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, asi yo desde el 23 me prevengo para el siguiente dia de sufrimiento y de resignacion, y en dando las doce ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro á muger porque no me diga que sí, pues en punto á amores tengo

(1) Por esta vez sacrifico la urbanidad á la verdad. Francamente, creo que valgo mas que mi criado: si asi no fuese le serviria yo á él. En esto soy al reves del divino orador que dice *Cuadra y Yo.*

otra superstición: imagino que la mayor desgracia que á un hombre le puede suceder es que una muger le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree... ¡Bienaventurado aquel á quien la muger dice *no quiero*, porque ese á lo menos oye la verdad!

El último dia 23 del año 1836 acababa de espirar en la muestra de mi péndola, y consecuente en mis principios supersticiosos ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Asi pasé las horas de la noche, mas largas para el triste desvelado que una guerra civil; hasta que por fin la mañana vino con paso de intervencion, es decir, lentísimamente, á teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El dia anterior habia sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazon que el dia 24 habia de ser *dia de agua*. Fue peor todavía; amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero; como el crédito del estado.

Resuelto á no moverme porque tuviera que hacerlo todo la suerte este mes, incliné la frente, cargada como el cielo, de nubes frias, apoyé los códos en mi mesa, y paré tal que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, ó me hubiera tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados ha mas de seis meses sobre mi mesa, y de que solo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no

aguardan mas que el cadáver; comparacion exacta, porque en cada artículo entierro una esperanza ó una ilusion. Ora volvia los ojos á los cristales de mi balcon; veíalos empañados y como llorosos por dentro: los vapores condensados se deslizaban á manera de lágrimas á lo largo del diáfano cristal; asi se empaña la vida, pensaba; asi el frio esterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre, asi caen gota á gota las lagrimas sobre el corazon. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes; los que ven solo los rostros, los ven alegres y serenos...

Haré merced á mis lectores de las mas de mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. Dichoso el que tiene oficina, dichoso el empleado aun sin sueldo ó sin cobrarlo, que es lo mismo: al menos no está obligado á pensar, puede fumar, puede leer la gaceta!!

¡Las cuatro! ¡La comida! me dijo una voz de criado, una voz de entonacion servil y sumisa; en el hombre que sirve hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mi estupor é involuntariamente iba á esclamar como don Quijote: "Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer" porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer, pero los criados de los filósofos! Una idea mas luminosa me ocurrió: era dia de Navidad. Me acordé de que en sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles y que los esclavos podian decir la verdad á sus amos. Costumbre

humilde, digna del cristianismo. Miré á mi criado y dije para mí: esta noche me dirás la verdad. Saqué de mi gaveta unas monedas; tenian el busto de los monarcas de España; cualquiera diria que son retratos; sin embargo eran artículos de periódico. Las miré con orgullo: come y bebe de mis artículos, añadí con desprecio: solo en esa forma, solo por medio de ese estratagema se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes. Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel ser que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional solo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocia su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero y en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco dias ¿qué sería de nuestros aniversarios? Pero al pueblo le han dicho: hoy es un aniversario: y el pueblo ha respondido: pues si es un aniversario, comamos, y comamos doble. ¿Por qué come hoy mas que ayer? O ayer pasó hambre, ú hoy pasará indigestion. Miserable humanidad destinada siempre á quedarse mas acá ó á ir mas allá.

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo, nació el que no reconoce principio; y el que no reconoce fin, nació para morir. Sublime misterio.

¿Hay misterio que celebrar? Pues comamos, dice el hombre; no dice: reflexionemos. El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir á la

materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes y alegría. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao: figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y estenuada: una mano seca y roida llevaba á una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigia á los bulliciosos liberales de Madrid que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvencion y la culpa, aquella agria y severa, esta indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido aqui traidos de distintas provincias para la colacion cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad á las demas.

¡Las cinco! hora del teatro: el telon se levanta á la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, ó yo estoy loco. Una representacion en que los hombres son mugeres y las mugeres hombres. Hé aqui nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mugeres, en congresos y en corrillos. Y las mugeres son hombres, ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia; un novio que no ve

el logro de su esperanza: ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo gobierno con quien no tenga que reñir al dia siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgias llaman á los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábrense las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle á merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene á herir mis ojos por las rendijas de los balcones, el ruido de los panderos y de la bacanal que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña á mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van á dar: las campanas que ha dejado la junta de enagenacion en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen á todas nuestras cosas, citan á los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va á espirar el 24, y no me ha ocurrido en él mas contratiempo que mi mal humor de todos los dias? Pero mi criado me espera en mi casa; como espera la cuba al catador, llena de vino; mis artículos, hechos moneda, mi moneda hecha mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé, y el asturiano ya no es un hombre; es todo verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirian con los pies, si no fuera por los zapatos, y porque anda casualmente sobre los últimos: á imitacion de la mayor parte de los hombres, tie-

ne orejas que estan á uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una *consola*, de adorno, ó como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; tambien tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura, todavía sería dificil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edicion hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores: algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y á la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia que se vale para humillar á los soberbios de los instrumentos mas humildes, me reservaba en él mi mal rato del dia 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oirla de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega á los labios sino al través del cieno. Me abrió mi criado, y no tardó en reconocer su estado.

—Aparta, imbécil, esclamé empujando suavemente aquel cuerpo sin alma que en uno de sus columpios se venia sobre mi. ¡Oiga! está ébrio. ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondon á mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo é interrumpido: una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz una bocanada de aire colada por la puerta al abrirme, cerró la de mi habitacion, y quedamos dentro casi á oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Figaro, aquella en figura de

hombre beodo arrimado á los pies de mi cama para no vacilar, y yo á su cabecera, buscando inutilmente un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas enfrente de mí: no se porque misterio mi criado encontró entonces, y de repente voz y palabras, y habló y raciocinó: misterios mas raros se han visto acreditados: los fabulistas hacen hablar á los animales ¿por qué no he de hacer yo hablar á mi criado? Oradores conozco yo de quienes hace algun tiempo no hubiera hecho yo una pintura mas favorable que de mi astur, y que han roto sin embargo á hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, yo cuento un hecho: tal me ha pasado: yo no escribo para los que dudan de mi veracidad: el que no quiera creerme puede doblar la hoja: eso se ahorrará tal vez de fastidio: pero una voz salió de mi criado y entre ella y la mia se estableció el siguiente diálogo.

—Lástima, dijo la voz, repitiendo mi piadosa esclamacion. ¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo á tí, ya lo entiendo.

¿Tú á mí? pregunté sobrecogido ya por un terror supersticioso: y es que la voz empezaba á decir verdad.

—Escucha: tú vienes triste como de costumbre yo estoy mas alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumina con mi luz al abrirte todas las noches? ¿Por qué esa distraccion constante y esas palabras vagas é interrumpidas de que sorprendo todos los dias fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te

evuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima? ¿Quién debe tener lástima á quien? No pareces criminal; la justicia no te prende al menos; verdad es que la justicia no prende sino á los pequeños criminales, á los que roban con ganzúas, ó á los que matan con puñal; pero á los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo á la muger casada ó á la hija honesta, á los que roban con los naipes en la mano, á los que matan una existencia con una palabra dicha al oido, con una carta cerrada, á esos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente consumida por el veneno de la pasion que su verdugo le ha propinado. Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador. Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó é hirió el corazon. Tú acaso eres de esos criminales y hay un acusador dentro de tí, y ese frac elegante y esa media de seda, y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.

—Silencio, hombre borracho.

—No; has de oir al vino, una vez que habla. Acaso ese oro que á fuer de elegante has ganado en tu sarao y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va á separar de tí para siempre la muger que adorabas; acaso es una

prueba de la ingratitud de ella ó de su perfidia. Mas de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes en los momentos en que el buen tono cede el paso á la pasion y á la sociedad.

Tú buscas la felicidad en el corazon humano, y para eso le destrozas, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera á la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor; y qué tormentos no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos. Preciado de gracioso, harias reir á costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra á otro partido: ó cada vencimiento es una humillacion, ó compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. ¡A mí quién me calumnia! ¿quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante á cubrir mis necesidades; á tí te paga el mundo como paga á los demas que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado, y el dia que te apoderes del látigo, azotarás como te han azotado. Los hombres de mundo os llamais hombres de honor y de carácter, y á cada suceso nuevo cambiais de opinion, apostatais de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso á aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulacion: adulas á tus lectores para ser de ellos adulado, y eres tambien despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás á coger

tus laureles á las Baleares ó á un calabozo.

—¡Basta, basta!

—Concluyo; yo en fin no tengo necesidades: tú, á pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana á un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragais oro, ó para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tósigo. Tú lees dia y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría; tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mugeres echo mano de mi salario, y las encuentro, fieles por mas de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazon y vas, y lo arrojas á los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confias tu tesoro á cualquiera por su linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladron al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio á tí mismo.

—Por piedad, déjame, voz del infierno.

—Concluyo: inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor? Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y si no es feliz, no es desgraciado, no es al menos hombre de mundo, ni ambicioso, ni elegante, ni literato ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas á tí mismo. Ténme lástima, literato

Yo estoy ébrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia... !!

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo cansado del esfuerzo habia caido al suelo; el órgano de la Providencia habia callado; y el asturiano roncaba. ¡Ahora te conozco, esclamó, dia 24!

Una lágrima preñada de horror y de desesperacion surcaba mi mejilla ajada ya por el dolor. A la mañana amo y criado yacian, aquel en el lecho, este en el suelo. El primero tenia todavía abiertos los ojos y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leía *mañana*. ¿Llegará ese *mañana* fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto la *Noche buena* era pasada y el mundo todo, á mis barbas, cuando hablaba de ella la seguia llamando *Noche buena*.

M. – *Diciembre 27 de* 1836.

FÍGARO

Á LOS REDACTORES DEL MUNDO,

en el mundo mismo, ó donde paren.

Madrid, primer mes del primer año del reinado del Sr. Calatrava I.

Muy señores mios: Los que me vituperan de haber suspendido por espacio de seis largos y pesados meses cierta correspondencia que, cuando Dios queria, alimentaba con mi corresponsal de París, vive Dios que no me conocen si piensan que se me hacia cuesta arriba escribir cartas, ó que les perdí por acaso la aficion. Es todo lo contrario; precisamente es mi comidilla, y me chupo los dedos tras una carta puesta á tiempo, sobre todo si lo que en ella digo es lo que siento, como suele suceder cuando es la tal carta picante y amostazada; en cuanto á las cartas de terneza y cumplimiento, esas entran en el número de las cosas que en sociedad se hacen por lograr algo, ó por no ser menos que los demas en finura y correspondencia; sabido es que esas se escriben siempre afectando sentimientos que no se abrigan, y empezando: *Idolo, ú ángel mio;* si son de conquista, *Mi querido Fulano;* si son de amistad, ó *Muy Señor mio y mi dueño;* si versan sobre interes ó negocios, y

rematando con aquello de *Tuyo hasta la muerte, Tu constante amigo*, ó *Su seguro servidor Q. S. M. B.*: mentiras tan mentiras que suelen dar risa al que las escribe antes de enviarlas, y risa al que las recibe antes de leerlas.

Dejando á un lado estas últimas, que se parecen á las del juego en los pases y codillos que con ellas se dan, repito que son las cartas mi comidilla, y que el dia que no escribo alguna á alguien, sea quien fuere, esclamo como el buen emperador romano cuando se acostaba sin haber hecho un beneficio: *¡Hoy he perdido el dia!* De donde vengo á sacar en conclusion, con harto dolor, que durante los seis meses en que he suspendido mi correspondencia no he perdido malamente mas que la friolera de 182 dias y medio cabales, con sus respectivas noches y crepúsculos.

Dado de nuevo al Mundo, y devuelto á mis antiguos y saludables hábitos de reirme de todo, por no tener que llorar por todo, claro está que habia de volver con mis demas costumbres la aficion á mis cartas de mi vida; en cuanto abrí los ojos esta mañana fue mi primera idea escribir una á mis dignos amigos y compañeros, como diria un diputado, y mas, que habia por qué. El ignorar dónde ustedes viven no es dificultad para mí, porque tengo en esto mas práctica que un cartero; tanto que no haria nada de mas el gobierno, ó como se llame, en darme la direccion de Correos; aunque no fuese mucho hacer dirigirlas mejor y mas pronto que suele este establecimiento, con todo tengo para mí que todavía me habia de lucir, y ni habia de

haber una sola interceptada, ni que dejase de ser leida, una vez escrita, ni menos que fuese devuelta á la lista de los atrasos del mes ó de la semana, para yacer olvidada en un poste, como un bando ó como un apremio de préstamo forzoso.

En todo caso, me acuerdo de lo que se cuenta de *Boerhaave*, que habiéndole escrito el emperador de la China consultándole acerca de una dolencia, le puso el sobre: *Al doctor Boerhaave en Europa;* y la carta llegó como si la hubiera traido él mismo.

Imitando este ejemplo, he dicho para mí: en el Mundo estamos todos, y en él nos encontraremos; por tanto, no hay como ponerle la direccion *En el mundo*; ademas de que si he de juzgar del corazon de ustedes por el mio, estoy seguro de que el que nos busque nos encuentra.

Es el motivo de esta carta recordar que no hace muchos dias cierto periódico, con cuyo nombre me sucede exactamente lo mismo que á Cervantes con el lugar de la Argamasilla, segun los mas sabios comentadores, echaba en cara á los redactores del *Mundo* que no diesen la susodicha cara para escribir al público.

Picóme esto en estremo, y no quiero dejar pasar la indirectilla sin un regular tapabocas, por eso mismo que hace pocos dias que soy redactor y que me tengo por tal cual hombre de mundo.

Ustedes le dieron por el pronto la respuesta que mas á sus fines convino, y asi sería injusto que me pareciesen mal sus determinaciones, como lo sería que á ustedes no les pareciese bien

la que acabo yo de tomar. Porque, ó somos ó no somos libres.

Convengo con las razones que ustedes apuntaron para no dar la cara en sus escritos, y aun yo añadiré otras que me parecen concluyentes, sin querer afirmar por eso que lo sean, pues tengo larga esperiencia de haberme parecido en este pícaro mundo muchas cosas lo que realmente no eran. Diré pues en abono de ustedes mis razones.

Cuando se escribe ¿de qué se trata? No me negarán los redactores de aquel periódico que se trata de decir á los demas lo que uno piensa, ó por lo menos lo que quiere este uno que los demas crean que piensa. En dando pues el artículo está casi hecho todo, porque ya no falta mas sino que lo creean á uno. Si se tratase de dar la cara los redactores, podria reducirse un periódico á una coleccion de retratos; esto tendria varios inconvenientes. 1.° Que no siendo circunstancia indispensable para ser redactor el ser bonito, el público podria tener muy mal rato viendo ciertas caras. 2.° Que una vez dada la coleccion de las caras de los que escribiesen en el periódico, ó sería cosa de andar mudando todos los dias de redactores solo para que el público viese caras diferentes, ó de volver á empezar, y esto se me antoja medianamente pesado, por muy variadas y muy historiadas que tuviésemos las caras los redactores del *Mundo*, y por muchas que sean las caras que pueda tener un escritor público. Hay otra prueba mas fuerte. Si el negocio del periodismo consistiese mas que en el artículo en el nombre del autor, haria

mas efecto poner una rúbrica en donde se pone el artículo, y Cristo con todos. Nadie sin embargo quedaria muy convencido, y eso mas pareceria una lista de proscripcion que un periódico. Del nombre del autor no se infiere un artículo, pero de un artículo sí se infiere que debe haber autor, porque los artículos generalmente no se escriben ellos á sí mismos.

A pesar de razones tan fuertes, que yo mismo conozco tener ustedes para esconder en estas circunstancias la cara, como si fuera dinero, esta carta se dirige á declararme en estado completo de insubordinacion contra lo determinado por mis compañeros, porque sería un dolor que nosotros fuésemos á dar un ejemplo de armonía en un pais donde no hay ninguna, ó de disciplina donde no la conoce ni la tropa. Esto me puede valer algo con el tiempo, *verbi gratia*, unos galones, ó que me fusilen, que de todo hay ejemplares. Por tanto me declaro en *Junta*, y hago manifestacion de hallarme con respecto á ustedes en circunstancias estraordinarias, como el gobierno respecto de los llamados gobernados.

Yo doy la cara; primero, porque no tengo otra cosa que dar, y creo que hago un don á la patria, pues tal cual es, tampoco tengo otra ni peor ni mejor guardada para un apuro. Yo declino mi nombre como Agamenon. Yo soy *Figaro:* todo el mundo sabe quién es *Figaro*, y por si acaso alguien lo ignora, añadiré que *Figaro* y *Mariano José de Larra* son tan uña y carne como el diputado Argüelles y la Constitucion del año 12, y que no se puede herir al uno sin

lastimar al otro. Juntos vivimos, juntos escribimos, y juntos nos reimos de ustedes, de los demas y de nosotros mismos.

Daremos mas señas: escribimos en el *Mundo* cuatro parrafillos mensuales, donde á fuer de barberos podemos hacer la barba á cuatro parroquianos al mes; escribimos en el *Redactor General*, como habrán visto los que le lean por nuestro primer artículo, inserto en su número de ayer; y todavía nos queda tiempo para redactar en el *Español* la seccion de teatros y de literatura; todo eso con nuestros correspondientes sueldos y *porqués*, asegurados por contrata, que de eso vivimos, y lo tenemos á mucha honra. Y con la ayuda de Dios y de nuestro pobre ingenio aun nos ha de quedar vagar para dar al teatro muy en breve algun drama espantable ó alguna comedia risible, hijos de *ratos perdidos*, algun folletito de circunstancias, y cualquiera otra tontería que nos ocurra, que no dejará de ocurrirnos. Advirtiendo que nunca escribimos sin firmar, con lo cual ni los lectores, ni la ley, si ley hay aqui, tienen que quebrarse la cabeza en averiguar el nombre del que los divierte, ó del que se ha de prender.

Tenemos hecha la maleta para la primera remesa de deportacion que ocurra, y pedidas cartas de recomendacion para las islas adyacentes, aunque no pensamos ir, porque no conspiramos, y por otras razones. En cuanto á papeles, como el gobierno ha tenido la bondad de avisarnos con tiempo que los habia de registrar, no hemos dejado mas que las cartas amorosas, que habian de ser buen rato para el señor gefe

político y para los testigos. Los demas los hemos recogido (inclusas las letras de cambio, porque francamente, no nos fiamos), aunque nada tenian de particular; pero como trataban de literatura, y no tenemos á los que prenden por muy versados en la materia, no hemos querido que tomen una apuntacion en griego por signos masónicos, ó de sociedad secreta, algunos sonetos que teniamos hechos á *Filis* por adulaciones á la república, ú otro bicho semejante, ó alguna elegía á la muerte de un amigo por un sermon de difuntos al Estatuto.

Item mas, declaramos en toda forma vivir en la calle de Santa Clara, casa número 3, en la cual pensamos seguir viviendo hasta que se hunda; donde se nos puede prender por la mañana desde las nueve en adelante; y en fin, adonde nos retiramos tarde por la noche y solos los dos, *Figaro* y dicho *Larra*, *bras dessus*, *bras dessous*, ordinariamente por la calle Mayor.

Y asi como los anuncios de los carruages que salen suelen añadir: *Se admiten arrobas*, declaramos que tanto en aquella casa, que está á la disposicion de ustedes, como fuera de ella, admitimos anónimos, calumnias, billetes amorosos, cartas de convite, esquelas de entierro, comunicados, desafíos, motines, puñaladas, órdenes de destierro, ministros (esto es, alguaciles, que á los otros no recibimos, aunque en el dia todos prenden) y demas, con equidad y á gusto de los consumidores. De todo lo cual dará razon *Figaro* en su siguiente carta.

Y no ocurriendo mas por hoy, y teniendo que ir á dar una vuelta al Prado á coquetear,

ó á la calle de la Montera á mentir, que es lo mismo, si el tiempo lo permite, queda muy de ustedes y les besa su mano, como generalmente se dice, y no se siente, su afectísimo—*Fígaro, ó por otro nombre Mariano José de Larra.*

TAYLOR INST. OXFORD

M. – *Enero* 3 *de* 1837.

FÍGARO

AL ESTUDIANTE.

Como no quiero que me llame usted mal criado, señor Estudiante, ni menos ser postrero en cortesanía, me apresuro á contestarle; sea empero la última, si usted es de mi parecer, ó la última siquiera en que hablemos uno de otro. Porque si es usted tan galan como parece, no me dirá sino lisonjas, y por vida mia que me ruborizo. Yo por el contrario no pudiera, alabándole, decirle lisonjas; mis encomios no serian mas que justicia, y paréceme desigual la partida para mí. De alabanza en cumplimiento, y de fineza en alabanza, vendriamos á enternecernos y llorar, y puedo asegurar á usted que no estoy para llantos. Ademas no somos diputados, y no habemos menester todavía de echar mano de esos recursos oratorios. Si lo fuéremos algun dia, entonces podriamos á mansalva decir usted de mí, *mi digno amigo*, y yo de usted, *mi tierno compañero*, y alabarnos uno á otro sin conciencia, sobre todo si fuésemos enemigos y si tratásemos de sacrificarnos uno á otro en la revolucion primera que ocurriese.

Por su firma parece que usted estudia. Hace usted mal á fé mia. Si lo hace usted por saber, válgame Dios que yo tenia mas alto concepto

formado de su buen juicio. Aqui no se trata de saber, sino de medrar.

Si lo hace usted por seguir carrera, par diez que me asombra la determinacion. ¿Pues tiene usted mas que matricularse en la universidad que á usted peor le parezca, que siempre será la primera que le ocurra, y marcharse luego á la guerra, que es donde en el dia se medra, y á los pocos años de andar siguiendo á Gomez, le abonan á usted las campañas por cursos, como está mandado, y queda usted hecho médico ú abogado, ó lo que á usted mas le agrade, y mata usted asi dos pájaros de una pedrada? ¿Ni qué carrera quiere usted mas lucida, ni que mas se asemeje por lo rápida á una carrera de caballo, que la que ya tiene con tan buenos auspicios empezada? ¿Pues no es usted ya periodista? ¿Qué otra cosa han sido hombres que hemos visto llegar al ministerio y arrellenarse en la silla, como quien llega á la posada y se acuesta?

Apéese usted, santo varon, de esa luna, donde lo ve todo efectivamente al reves, y vea las cosas y los libros en este pais, claras aquellas como yo se las refiero, y claros estos como generales y oradores.

Empieza usted su carta confesando con raro candor que usted se convence. ¿Está usted en sí? Ha hecho usted bien en irse á la luna, porque aqui, amigo, nadie se convence, y eso que media España anda todo el dia ocupada en convencer á la otra media. Sin ir mas lejos, ahí tiene usted al gobierno, que son seis nada menos, empeñado en convencernos á todos de que ello-

son los únicos que saben mandar, y á los periodistas, que somos mas de seiscientos, empeñados en convencerle de que cualquiera de nosotros lo haria mejor; y ni ellos convencen á nadie, ni nosotros á ellos. En este embrollo, está el mal en que todos queremos ser ministros, y asi es imposible que nos convenzamos nunca; para conseguirlo sería preciso dar sillas, y no razones, y por eso acabamos tan á menudo á silletazos. Vea usted, pues, lo que hace, que si él es el único que se convence, vendrá usted á parar en que todos le mandemos.

Me echa usted luego en cara que digo una cosa y hago otra: amigo, yo no vivo en la luna, sino en Madrid: digo hoy una cosa para poder hacer otra mañana. ¿De qué diablos le sirve á usted tanto como estudia? Pues si usted desea casarse y le dice á la novia que harán luego mala vida; si necesita dinero y va y dice al que se lo presta que no se lo ha de pagar; si anhela ser diputado y le cuenta á su provincia que no trata de representarla, sino de llegar al poder; si ambiciona ser ministro y le confiesa á la nacion que quiere tiranizarla, ¿le parece á usted, señor Estudiante, que llegará jamas por ese sistema á tener ni muger que le quiera, ni amigo que le preste, ni provincia que le elija, ni secretaría que despachar? ¿Á sus ojos de usted no está suficientemente probado todavía que para conseguir hay que decir una cosa antes y hacer otra despues? Pues dígame, ¿por dónde han logrado los que en el dia tienen? No, sino haga usted lo contrario, y verá cómo le va.

Si usted no sabe mas, señor Estudiante, bue-

no será que siga estudiando, pues sea dicho en puridad de verdad, veo que no sirve para otra cosa. Y en acabando puede usted pretender una cátedra de humanidades, que dará gozo oirle á usted. Y aun yo que me voy por el otro camino, y que por él llegaré como los demas á ser ministro, prometo á usted con el tiempo dejarle cesante por el ministerio de mi digno cargo en cuanto cumpla veinte años un sobrino mio, que probablemente querrá á esa edad gozar el sueldo de la cátedra de usted, y que será el mejor catedrático del mundo, porque desde pequeñito prometia ser un zote, y le da por la intriga que es un contento; de tal suerte que no sirve, vive Dios, sino para sobrino de ministro, que es precisamente para lo que le crio.

Y con esto queda de usted su afectísimo—*Figaro.*

E. — *Enero* 16 *de* 1837.

CRONOLOGIA.

EXEQUIAS DEL CONDE DE CAMPO-ALANGE. DOMINGO 15 DE ENERO.

> Vive el malvado atormentando, y vive,
> y un siglo entero de maldad completa;
> y el honrado mortal.....
> nace y deja de ser.....
> *Cienfuegos.*

Ya hace dias que se consumó el infausto acontecimiento que nos pone la pluma en la mano; pero por una parte el sentimiento ha apagado nuestra voz, y por otra no temiamos que el tiempo pasando amortiguase nuestro dolor.

Hoy se han celebrado en Santo Tomás de esta corte las exequias del conde de Campo-Alange: hoy sus deudos y sus amigos, y la patria en ellos, han tributado al amigo y al valiente el último homenage que la vanidad humana rinde despues de muerto al mérito, que en vida suele para oprobio suyo desconocer.

En buen hora el ánimo que se aturde en las alegrías del mundo, en buen ora no crea en Dios y en otra vida el que en los hombres cree, y en esta vida que le forjan; empero mil veces desdichado sobre toda desdicha quien no viendo nada aqui abajo sino caos y mentira, agotó en su corazon la fuente de la esperanza, porque para ese no hay ciclo en ninguna parte, y hay infierno

en cuanto le rodea. No es lícito dudar al desdichado, y es preciso no serlo para ser impío.

El rumor compasado y misterioso del cántico que la religion eleva al Criador en preces por el que fue, el melancólico son del instrumento de cien voces que atruena el templo llenándole de santo terror, el angustioso y sublime *de profundis*, agonizante clamor del ser que se refugió al seno de la creacion, alma particular que se refunde en el alma universal, el último perdon pedido, la deprecacion de la misericordia alzada al Dios de justicia, son algo al oido del desgraciado, cuando devueltos los sublimes ecos por las paredes de la casa del Señor, vienen á retumbar en el corazon, como suena el remordimiento en la conciencia, como retumba en el pecho del miedoso la señal del próximo peligro.

Desde la tumba no es ya á los hombres á quien pide el hombre misericordia; los hombres no tienen misericordia para el caido, y no dan su piedad sino al que no la necesita. En tan sublime momento no es á los hombres á quien pide el hombre justicia. Los hombres no prestan su justicia sino al fuerte contra el débil. A los pies del Altísimo no es ya á la opinion de los hombres á quien recurre el alma en juicio. La opinion de los hombres premia el mérito con calumnias. El odio le sigue y la persecucion, como sigue la chispa eléctrica la cadena de hierro que la conduce.

¿Y no ha de haber un Dios y un refugio para aquellos pocos que el mundo arroja de sí como arroja los cadáveres el mar?

El conde de Campo-Alange ha muerto: una

corta vida, pero de virtudes y de sacrificios, le ha sido mas fecunda de gloria y de merecimiento que los cien años pasados por otros en la apatía ó en la prevaricacion. Su biografia es bien corta, las páginas de su historia pueden llenarse en breve; ¡pero ni una mancha en ellas! En la actual confusion que como á nuestras cosas y á nuestras ideas ha alcanzado á nuestra lengua, en la prodigalidad de epítetos que tan facilmente aplicamos, parecerá nuestro elogio tibio; pero la verdad presidirá á él y el sentimiento de lo justo; tributo el mas noble para la memoria del que nos le merece, que acaso á ese único premio aspiraba, y á unas cuantas lágrimas sobre su tumba.

Donde son tan pocos los hombres que hacen siquiera su deber, ¿quê mucho será que el dictado de héroe se aplique diariamente á quien se distingue del vulgo haciendo el suyo? Llamamos patriota al que habla, y héroe al que se defiende. ¿Quê llamaremos un dia al que nos salve, si alguien nos salva?

El conde de Campo-Alange no era un héroe como en menguados elogios lo hemos visto impreso. Nosotros creeriamos ofenderle ó escarnecerle mas que encomiarle con tan ridículos elogios. Ni habia menester serlo para dejar muy atras al vulgo de los hombres entre quienes vivió. Era un jóven que hizo por principios y por aficion, por virtud y por nobleza de carácter, algo mas que su deber; dió su vida y su hacienda por aquello porque otros se contentan con dar escándalo y voces. Amaba la libertad, porque él, noble y generoso, creyó que todos eran

como él nobles y generosos; y amaba la igualdad, porque igual él al mejor, creía de buena fé que eran todos iguales á él. Inclinado desde su mas tierna edad al estudio, pasó sobre los libros los años que otros pasan en cursar la intriga, y en avezarse á las perfidias de la sociedad en que han de vivir. Español por carácter y por aficion, estudió y conoció su lengua y sus clásicos, y supo conciliar las aficiones patrias con ese barniz de buena educacion y de tolerancia que solo se adquiere en los paises adelantados, donde la civilizacion ha venido á convencer á la sociedad de que para ella solo las cosas, solo los hechos son algo, las personas nada. Conocedor de la literatura española, y entendido por demas en las estrangeras, su aficion á la carrera militar le llevó á asistir al famoso sitio de Amoeres, donde comenzó al lado de esperimentados generales á ejercitarse en las artes de la guerra. De vuelta á su pais sus afectos personales, su posicion independiente, su mucha hacienda le convidaban al ocio y á la gloria literaria que á tan poca costa hubiera podido adquirir. Pero su patria gemia despedazada por dos bandos contrarios que algun dia acaso se harán mútuamente justicia. El corazon generoso del jóven no pudo permanecer indiferente y dormido espectador de la contienda. Alistado voluntariamente en las filas de los defensores de la causa de la libertad y del Mediodia de Europa, desenvainó la espada, y desgraciadamente para no volverla á envainar. Casa, comodidades, lujo, porvenir, todo lo arrojó en la sima de la guerra civil, monstruo que adoptó el noble sacrificio, y que devoró por fin

aquella existencia, bien como ha devorado y devora diariamente la sangre de los pueblos y la felicidad, acaso ya imposible, de la patria.

Distinguido por su pericia y su valor, no se contentó con esponer su vida en los campos de batalla; la muerte le dió mas de un aviso, que desoyó noblemente. Herido en jornadas gloriosas, fue ascendido al grado de coronel sobre el campo de batalla, y entre los cadáveres mismos que no hacian mas que precederle algunos meses. Hizo mas: cuando una revolucion no esperada, y de muchos no aceptada, desarmó centenares de brazos, y entibió muchos pechos que creyeron deber distinguir el interes de la patria del interes de un gobierno que le habia sido impuesto accidentalmente, Campo-Alange llevó al estremo su generosidad, y creyó que no era su mision defender el Estatuto ó la Constitucion; en una ó en otra forma de gobierno la libertad seguia siendo nuestra causa; Campo-Alange, demasiado noble para ser hombre de partido, se vió español y nada mas, y no envainó la espada. No queremos ofender á nadie; pero si los demas que como él pensaban habian ofrecido hasta entonces su vida á la patria, él ofreció mas, ofreció su opinion. Noble y tierno sacrificio que de nadie se puede exigir, pero que es fuerza agradecer. Y el que esto hacia no buscaba sueldos que no necesitaba, que cedia al erario, no buscaba honores, que en su propia cuna habia encontrado sin solicitarlos al nacer.

No ofenderemos, ni aun despues de su muerte, la modestia de nuestro amigo. Esa sencilla relacion es el mayor elogio, es el epíteto mas

glorioso que podemos encontrar para su nombre.

¿Y cuándo cortó el plomo cobarde, disparado acaso por un brazo aun mas cobarde, esa vida llena de desinteres y de esperanzas? Era preciso que la injusticia de la suerte fuese completa. Era preciso que la ilustre víctima no columbrase siquiera el premio del sacrificio; hubiera sido para él una especie de compensacion el haber espirado en Bilbao, y el haber oido el primer grito siquiera de aquella victoria, por la cual daba su sangre. Era preciso que quien tan noblemente se portaba llevase consigo al sepulcro la amargura de pensar que habia sido inútil tanto sacrificio.

El conde de Campo-Alange espiró dejando sumas cuantiosas á los heridos como él, y desconfiando del propio triunfo á que con su muerte contribuía.

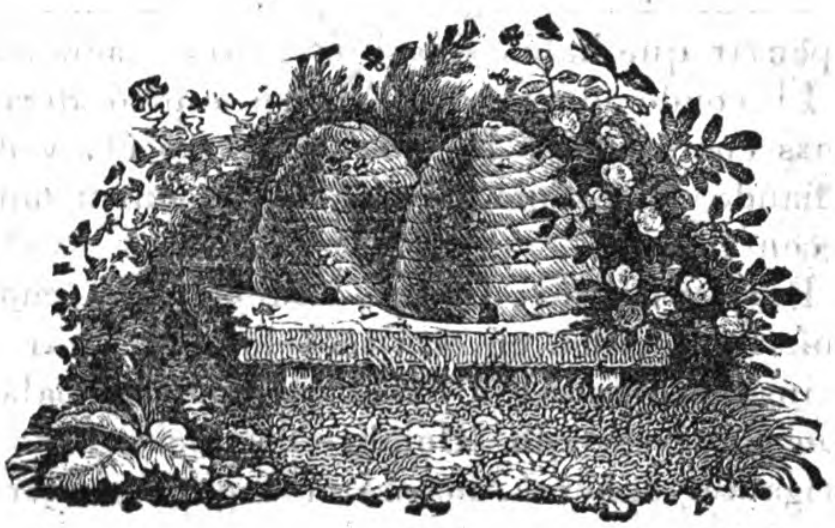
Pero era justo; Campo-Alange debia morir. ¿Qué le esperaba en esta sociedad? Militar, no era insubordinado; á haberlo sido, las balas le hubieran respetado. Hombre de talento, no era intrigante. Liberal, no era vocinglero; literato, no era pedante; escritor, la razon y la imparcialidad presidian á sus escritos. ¡Qué papel podia haber hecho en tal caos y degradacion!

Ha muerto el jóven noble y generoso, y ha muerto creyendo: la suerte ha sido injusta con nosotros, los que le hemos perdido, con nosotros cruel; ¡con él misericordiosa!

En la vida le esperaba el desengaño: ¡la fortuna le ha ofrecido antes la muerte! Eso es morir viviendo todavía; pero ¡ay de los que le lloran, que entre ellos hay muchos á quienes no es dado elegir, y que entre la muerte y el desen-

gaño tienen antes que pasar por este que por aquella, que esos viven muertos y le envidian!

Séale la tierra ligera. Si la memoria de los que en el mundo dejó puede ser de consuelo para el que cesó de ser, ¡nadie la llevó consigo mas tierna, mas justa, mas gloriosa!



E. — *Enero 22 de 1837.*

LOS AMANTES DE TERUEL,

drama en cinco actos, en prosa y verso, por
DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Venir á aumentar el número de los vivientes, ser un hombre mas donde hay tantos hombres, oir decir de sí: es un *tal fulano*, es ser un arbol mas en una alameda. Pero pasar cinco ó seis lustros oscuro y desconocido, y llegar una noche entre otras, convocar á un pueblo, hacer tributaria su curiosidad, alzar una cortina, conmover el corazon, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar, y oir al dia siguiente de sí mismo, al pasar por una calle ó por el Prado, *aquel es el escritor de la comedia aplaudida*, eso es algo; es nacer; es devolver al autor de nuestros dias por un apellido oscuro un nombre claro; es dar alcurnia á sus ascendientes en vez de recibirla de ellos; es sobreponerse al vulgo, y decirle: *me has creido tu inferior, sal de tu engaño; poseo tu secreto y el de tus sensaciones, domino tu aplauso y tu admiracion; de hoy mas no estará en tu mano despreciarme, medianía; calúmniame, aborréceme, si quieres, pero alaba.* Y conseguir esto en veinte y cuatro horas, y tener mañana un nombre, una posicion, una carrera hecha en la sociedad, el que quizá no tenia ayer donde reclinar su cabeza, es algo, y prueba mucho en favor del poder del talento. Esta aristo-

cracia es por lo menos tan buena como las demas, pues que tiene el lustre de la de la cuna, y pues que vale dinero como la de la riqueza.

El drama que motiva estas líneas tiene en nuestro pobre juicio bellezas que ponen á su autor no ya fuera de la línea del vulgo, pero que lo distinguen tambien entre escritores de nota. Sinceramente le debemos alabanza, y aqui citaremos de nuevo, como otras veces hemos hecho, á los que de maldicientes nos acusan: solo se presenta el autor de *Los amantes de Teruel*, sin pandilla literaria detras de él, sin alta posicion que le abone; no le conocemos; pero nosotros, *mordaces* y *satiricos*, contamos á dicha hacer justicia al que se presenta reclamando nuestro fallo, con memoriales en la mano, como *Los amantes de Teruel*. Si la indignacion afila á veces nuestra pluma, corre sobre el papel mas feliz y mas ligera para alabar que para censurar.

No haremos de *Los amantes de Teruel* un analísis minucioso; vale en nuestro entender la pena de ser visto; y para quien no tenga la curiosidad de verle, ¿qué interes puede ofrecer nuestro artículo?

La historia de Isabel de Segura y de Diego Marsilla, legada por la tradicion á la posteridad, y consignada en el poema y en los apuntes del escribano Yagüe, es popular, trivial casi en nuestro pais; á mas de una persona hemos oido deducir de esa trivialidad la imposibilidad de hacer con ella un buen drama. Tiempo es de alegar razones que rebatan esta opinion, puesto que nosotros no participamos de ella. El ingenio no consiste en decir cosas nuevas, maravillosas

y nunca oidas, sino en eternizar, en formular las verdades mas sabidas; que dos amantes se amen y muera uno por otro, es efectivamente idea tan poco nueva, que apenas hay comedia, anécdota ó cuento, cuya intriga no gire sobre la exageracion ó los escesos del amor; pero el ingenio no está en el asunto, sino en el autor que le trata; si en el asunto pudiera estar, la comedia de Montalban que trata la misma tradicion hubiera sido buena, ó mala la de Hartzenbusch. Aquella es sin embargo una pobre trama salpicada de trivialidades y lugares comunes, y esta es un destello de pasion y sentimiento.

¿Qué es don Juan Tenorio, sino un disipado, seductor de mugeres, como mil se han presentado en el teatro antes y despues de *El convidado de Piedra*? Sin embargo, ¿por qué han quedado todos enterrados en la oscuridad con sus autores, y solo *El convidado de Piedra* se ha hecho europeo, universal?

¿Qué es un zeloso, sino un ser comun de que hay una muestra en cada intriga amorosa, y que cien poetas han pintado? ¿Por qué Otelo solo, por qué solo el zeloso de Shakespeare ha traspasado su época y su teatro?

¿Qué es el Faust de Goethe sino una idea al alcance de todo el mundo desenvuelta por un ingenio superior?

¿Qué es un loco y una manía para asombrar el mundo? Llenos estan de ellos los hospitales y las novelas. ¿Por qué Cervantes solo hace llegar el suyo á la posteridad?

¿Qué dice Moliere cuando el *Bourgeois Gentilhomme* cae en la cuenta de que toda su vida

ha hablado prosa sin saberlo, mas que una simpleza, que parece estar al alcance de todo el que la oye, y que nadie sin embargo ha dicho sino él?

¿Quién ignora que los goces acaban la vida, y que cada deseo realizado se lleva una porcion de nuestra existencia? ¿Ha sido sin embargo lo sabido de la idea un obstáculo para que Balzac se haya coronado de gloria con *La Peau de Chagrin*?

El huevo de Colon es la parábola mas significativa de lo que hace el talento. Las verdades todas son triviales y sabidas: es fuerza saberlas decir y presentar.

No hemos querido establecer comparaciones: no son los coetáneos de una obra ni los críticos de periódicos los que pueden fijar imparcialmente el puesto que ha de ocupar en la biblioteca de la humanidad; la posteridad solo decide, y la sucesion de los tiempos, si la obra de un ingenio está escrita en la lengua universal, y si ha de abarcar el mundo. Solo hemos querido probar que la trivialidad del asunto no es obstáculo, sino que al paso que es aumento de dificultad, es el primer síntoma de verdadero talento.

Los amantes de Teruel estan escritos en general con pasion, con fuego, con verdad.

La mayor dificultad que ofrecia el asunto era esa misma publicidad, ese amor colosal que la imaginacion y la tradicion abultan hasta lo infinito. ¿Cómo persuadir al auditorio que la *Amante de Teruel* podia dar su mano á quien no fuese dueño de su corazon? Era preciso sin embargo, y no habia mas medio para eso que po-

ner á Isabel en posicion tal, que sin menoscabarse en nada lo sublime, lo ideal de su pasion, pudiese aparecer casada, y casada voluntariamente, pues solo voluntariamente puede casarse quien puede morir. El autor ha evitado este escollo con raro tino, y ha encontrado el secreto de ese resorte dramático en la misma virtud, en la perfeccion misma de su protagonista, inventando un episodio bellísimo en la pasion criminal de la madre de Isabel; preparada con tal discrecion que cuando el espectador la sabe, como llega á su noticia acompañada del castigo y de las angustias del delito, hace mas sublime á esa misma madre; porque la sublimidad, en el teatro sobre todo, no está en la perfeccion sin tacha, sino en la lucha de la debilidad humana y de la virtud vencedora. Rodeada Isabel por todas partes, creida de que su amante la ha faltado, cumplido el plazo, obligada por el honor y la felicidad de su madre, que es deuda en ella conservar ilesos, deudora de inmensos beneficios á Azagra, en sí misma y en su familia, cede, no empero á la seduccion ó á la inconstancia, sino al deber. Pero el marido que asi abusa de la posicion de Isabel es un monstruo. No; porque el autor ha tenido la habilidad de pintar en él un afecto loco, y don Rodrigo no cede, abusando de Isabel, á un amor vulgar, sino á un sentimiento muy creible para el espectador, que ya ha hecho la concesion del amor estraordinario de Isabel y Marsilla. En la escelente escena tercera del acto cuarto el público se reconcilia completamente con Azagra, y perdona los medios en gracia de su pasion violenta y desin-

teresada, que se contenta con el título de esposo. De esta suerte preside al drama no la maldad, repugnante siempre cuando se presenta en las tablas fria y estéril, sino la fatalidad, la hermosura misma de Isabel, que le acarrea sus desventuras todas.

Nunca se pudo decir con mas razon

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

Y esa fatalidad que preside al drama se halla exactamente fijada en los dos versos que dice Marsilla, tan amargos y enérgicos:

¡Maldito el hombre que virtudes siembra
para coger cosecha de desgracias!

Marsilla luchando á brazo partido, y solo, contra esa fatalidad, es una creacion llena de valor y de entereza. Pobre se enriquece; el amor de una muger se atraviesa como un obstáculo insuperable á su felicidad: torna á su patria, y es despojado y detenido en el momento mas crítico de su vida por unos bandidos que no pueden comprender, cuando le roban un tesoro, que le roban el tiempo, que es para él mas que la vida; la venganza misma de esa muger le salva, pero tarde. Isabel está casada, y él ha oido el eco de la campana que se lo anuncia; el crimen es su único recurso, y le cometerá; los hombres han sido un obstáculo, y los vencerá; un vínculo sagrado le priva de su bien. *Es sacrilego*, responde, *es injusto.*

En presencia de Dios formado ha sido.
—Con mi presencia queda destruido.

Sublime respuesta de la pasion, tan sublime por lo menos como el famoso *Qu'il mourut* de Corneille, porque para la pasion no hay obstáculo, no hay mundo, no hay hombres, no hay mas Dios, en fin, que ella misma. Sacrilegio sublime como el Ayax en Homero.

El autor ha sabido hacer interesantes á todos sus personages, y esta verdad resultaria mas palpable si el drama hubiera sido bien representado. El padre sacrifica á su hija, á su despecho, víctima del honor, bien diferente en aquel siglo del que en el dia se usa; la madre sacrifica á su hija, no ya por sí, sino para salvar la honra y la tranquilidad de su esposo; su larga espiacion lava su culpa; Isabel sacrifica su mano por salvar á su madre, en holocausto á su familia y á la gratitud; Azagra mismo y la mora enamorada sacrifican la dicha de los amantes, porque ellos tambien aman, y el amor es el sentimiento mas egoista. Si Isabel y Marsilla, solo porque aman, tienen derecho á conseguir el objeto de su pasion ante los ojos del espectador, el mismo derecho tienen Azagra y la mora, porque tambien aman: su pasion disculpa sus acciones. Todos obran á un fin, y movidos por un resorte superior á ellos mismos. Y ese mismo amor que pudiera haber hecho dichosos á los amantes, es el único que desbarata su felicidad.

Hemos dicho que esta verdad resultaria mas palpable si el drama hubiera sido mejor ejecutado. Sí, Azagra y la mora parecen odiosos porque no han espresado su pasion: solo esta puede disculpar los escesos; un amor vicioso y poco violento no autoriza á nada, y si lo que Azagra

y la mora sienten no es mas que un mero capricho ó un empeño de amor propio, no es perdonable en ellos que perturben la dicha de dos seres que saben amar mejor que ellos. Lo decimos con sentimiento, la señora Bravo no ha desempeñado su papel con fuego; y el señor Romea, á quien tantas veces hemos alabado, y á quien quisiéramos poder alabar siempre, ha hecho el de Azagra con tibieza. ¿Habrá creido acaso que es menos brillante que el de Marsilla? Nosotros juzgamos todo lo contrario: en Azagra se ofrecia la dificultad de una lucha constante entre la generosidad y la pasion: nos parece mas facil presentar al público un carácter de enamorado, siempre igual, siempre violento, que el de un amante despechado y no correspondido, que toma por fuerza la mano de una muger.

Muchas bellezas del drama han pasado oscurecidas por faltas de la representacion; sin embargo, haremos la justicia de decir que el señor Latorre ha hecho esfuerzos laudables, que la señora Baus ha descubierto un celo grande, y que la actriz encargada del papel de Isabel ha merecido algunos aplausos justos.

Una de las situaciones mejor imaginadas en el drama dependia enteramente de la ejecucion: tal es el momento en que se muda la escena en el cuarto acto desde Teruel á sus inmediaciones, y en que despues de haberse oido de cerca la campana de vísperas que anuncia la boda de Isabel, vuelve á resonar á lo lejos en un bosque donde los bandidos tienen atado al infeliz amante. Es imposible ademas que se represente una escena peor que la han representado los tales

bandidos: si no asesinan á Marsilla, asesinan por lo menos el autor y el drama.

La versificacion y el estilo nos han parecido escelentes; castizo el lenguaje y puro, y tanto en él como en la representacion y en los trages bastante bien guardados los usos y costumbres de la época.

Hemos oido culpar de largas y lángnidas varias escenas, confesando que algunas pudieran haberse descargado un tanto; ¿se nos permitirá poner á esta crítica un reparo? En el teatro escenas cortas mal dichas, ó dichas de prisa, pueden parecer mas largas que escenas realmente largas bien dichas y pronunciadas despacio. Y esto no es una paradoja, porque lo que hace parecer larga una escena no es su dimension, sino la falta de interes; y tanto vale que no le haya, como que la torpeza de los actores se le quite, ó le oscurezca. Cuando se da á cada palabra su sentido, á cada idea su valor, encuentra el público una mina de sensaciones que le ocupan y le entretienen y hacen desaparecer el tiempo, bien asi como un cuarto de hora pasado en compañía de un necio ó de una vieja regañona puede parecer un siglo al mismo hombre á quien se le hace corto un dia entero transcurrido al lado de su amada, ó en buena sociedad.

No quisieramos que el autor hubiese creido necesario recargar tanto en el papel de doña Margarita las esclamaciones acerca de su delito; hubieramos querido eliminar algunas repeticiones inútiles de la palabra *adulterio* mal sonante, sobre todo delante de Isabel; existe un pudor en el mismo corazon del culpable que le hace

evitar el nombre de su falta, y en la escena en que la madre descubre la suya hubiera sido de mas efecto que la hija hubiese adivinado por medias palabras. No es lo que se dice á veces lo que hace mas efecto, sino lo que se calla ó se deja entender.

Algun otro lunar pudieramos advertir; pero nos parece mejor dejarlo al propio discernimiendel autor, que tan bueno le manifiesta: en nuestro humilde juicio las bellezas oscurecen los defectos; nosotros animamos al poeta á proseguir la carrera que tan brillantemente empieza, no ya como jueces de su obra, sino como émulos de su mérito, como necesitados de sus producciones; y si oyese repetir á sus oidos un cargo vulgar que á los nuestros ha llegado, y que ni mentar hemos querido en este artículo; si oyese decir que el final de su obra es inverosímil, que el amor no mata á nadie, puede responder que es un hecho consignado en la historia; que los cadáveres se conservan en Teruel, y la posibilidad en los corazones sensibles; que las penas y las pasiones han llenado mas cementerios que los médicos y los necios; que el amor mata (aunque no mate á todo el mundo) como matan la ambicion y la envidia, que mas de una mala nueva al ser recibida ha matado á personas robustas, instantáneamente y como un rayo; y aun será en nuestro entender mejor que á ese cargo no responda, porque el que no lleve en su corazon la respuesta, no comprenderá ninguna. Las teorías, las doctrinas, los sistemas se esplican: los sentimientos se sienten.

M. – *Enero 29 de 1837.*

FÍGARO

Á LOS REDACTORES DEL MUNDO.

Señores redactores. En este momento recibo esa carta que adjunta remito á ustedes para su publicacion y contestacion, en descargo de la responsabilidad que el que me la escribe me hace con su consulta contraer. Dice asi la carta.

"*Señor Figaro.* Muy señor mio y mi dueño. (Esto estaba de mas, porque en el dia ya no hay nadie que sea señor ni dueño de nada: solo por cumplimiento puede pasar.) Soy hombre concienzudo y honrado; no estrañe usted este principio estravagante, ni me llame loco todavía; á causa de esas dos cualidades me ando solo por el mundo, por no encontrar con quien hacer pareja. Soy ademas habanero; esto no es tan raro: y me sucede un caso que para mi tranquilidad le tengo de consultar. Ya se acordará usted, señor Fígaro, que en Agosto pasado se juró la Constitucion de 1812 en esta monarquía; y de que por tercera vez dijimos todos *Constitucion ó muerte.* Recuerdo este hecho, porque como casi nadie la ha observado, pudiera habérsele olvidado á usted. Yo soy constitucional, si los hay. Pues á la sazon en que por unanimidad se estaba po-

niendo el Código en España, me hallaba yo en París, y me venia á Madrid; francamente me faltaba tiempo para venir á gozar de esa libertad que tan feliz hace al pueblo que la llega á obtener. Pedí mi pasaporte, pero se ocurrió una dificultad. No en las señas particulares, que ninguna tengo, si no es la conciencia en que como he dicho á usted abundo, la cual aunque es seña mucho mas particular que una joroba, no tiene que constar en el pasaporte; ni menos en el fiador, ni en nada de eso, sino es que me dijeron en la embajada que necesitaba indispensablemente una cosa para venir á España. Ocurrióseme si sería carruage, y dije que ya tenia el asiento tomado, y que si aludian á dineros y camisas, que era lo que el ventero recomendaba á don Quijote para andar por el mundo, dineros y camisas tenia; pero no era eso; dijéronme que era preciso mas que camisas y dineros, mas todavía que carruage, *jurar alli la Constitucion*. Nunca he entendido lo que es jurar un Código; por ahí conocerá usted si soy corto: alegué que yo era muy afecto á la Constitucion desde que habia visto el mucho provecho que traía á mi pais; que en cuanto á jurar, no tenia costumbre de jurar, ni estaba en mis hábitos; añadí que como juraban muchos en falso lo que luego desjuraban, no creía yo que debia eso de tener gran fuerza; por fin, que yo era hombre de bien, como se echaba de ver en mi simpleza, que entre hombres de bien la palabra debia bastar, y que por lo tanto yo no juraria la Constitucion, pero que en cambio se contentase el señor ministro, ya que eso parecia hacerle tanta falta,

con qee yo le diese *palabra de Constitucion.*

Contestóseme que no estaba la España para pagarse de palabras; que ya muchos la habian engañado con buenas palabras; que aun en lo de los juramentos solia haber sapos y culebras, cuanto mas en las palabras; que estas se las lleva el viento, y que los juramentos es cosa mas pesada; que en cuanto á lo de no tener yo hábito de jurar, que lo adquiriese, que alguna vez habia de empezar; que no era libre el hombre de tener mas hábitos que los que tienen los demas con quienes vive; y en cuanto al escrúpulo de poder jurar en vano, que eso no era cuenta del señor embajador, sino mia, y en ello el dia de mañana podria yo hacer como otros lo que mas me conviniese. Juré pues en vista de esto, y víneme á España mas contento, como quien habia hecho una buena accion y habia sacado de un apuro á un ministro. No me ocurrió desgracia alguna en el camino, ni yo lo estrañé trayendo el juramento en el cuerpo como yo le traía.

Pero es el caso, señor Fígaro, que en el dia me encuentro con que en la Habana no solo no se ha jurado la Constitucion, sino que no se ha debido jurar; que el gobierno, á quien yo tanto respeto, ha mandado que no se jure, y que los habitantes de la Isla de Cuba, que la han jurado, son rebeldes; que parece que la Constitucion no es género ultramarino, ni menos un bien absoluto, sino relativo; en una palabra, que es como un sombrero que no viene bien mas que á la cabeza para la cual ha sido hecho, y por tanto solo en la Península puede convenir; que es como si dijeramos: *tal para cual.* No me asombra esto, sa-

biendo que hay vinos que yendo hácia el Mediodia pierden, y viceversa. Asi comprendo muy bien que dentro de poco resulte que esté el señor Isturiz emigrado en París por haberse opuesto á la Constitucion, y el señor Lorenzo emigrado en los Estados Unidos por haberla jurado. Todo esto está bien, señor Fígaro; pero ¿y mi conciencia? Mi juramento me bulle en el estómago, y me repite desde que he visto estas cosas como comida que se ha indigestado. Si sabiendo que soy habanero, saben que he jurado la Constitucion, y me prenden, y me ahorcan, ¿qué hago? Dirá usted: *dejarse enterrar*. Eso será con respecto al cuerpo; pero ¿y mi alma? ¿y la vida eterna? Que no debí jurar es claro; que juré es evidente ¿Qué hago yo con mi juramento? ¿dónde lo echo? ¿Repito contra el ministro residente en París, como letra protestada, ó tengo que ir á Roma por dispensa?

¿Y no sabia el señor ministro que los habaneros somos á los españoles lo que los escuderos á los caballeros andantes, y las estrecheces y preeminencias de la orden de caballería ni nos alcanzan ni atañen; que para ellos estan reservadas las hijas de los alcaides, las princesas y las Constituciones, y para nosotros los moros encantados, los candilazos y los gobiernos absolutos?

Sáqueme usted, señor Fígaro, cuanto antes de estas dudas; cuente que le deberé mas que la vida, pues le deberé el honor y mi salvacion, y mire que no se pierda mi conciencia, siquiera porque tengo para mí que es la única que ha quedado en todos los dominios que tan felizmen-

te rige y gobierna el señor Calatrava Q. D. G. (como oro en paño), y que tan anchamente recauda el señor Mendizabal (Q. D. H.), si algo le queda por haber."

Suyo afectísimo – *El Habanero.*

Esa es la carta. Ustedes harán lo que les parezca. – *Fígaro.*

E. – *Enero* 29 *de* 1837.

TODO POR MI PADRE,

escándalo en tres actos. – LA POSADERA RUSA, *sandez dramática en uno solo; novedades representadas noches pasadas en* perjuicio *de la señora Baus, y del público ilustrado de esta capital.*

Dícese comunmente que las mugeres tienen un cuarto de hora en gran manera útil de adivinar, lo cual es compararlas con los leones, que tienen tambien todos los dias su rato de calentura: nosotros las respetamos demasiado para adoptar semejantes vulgaridades, y siempre las preferiremos á los mismos leones, aunque se diga de estos que son los reyes de los animales, pues nosotros creemos que son mas bien los animales de los reyes. Son bichos caros para bolsillos comunes, y asi solo las testas coronadas los pueden mantener, único punto en que á nuestro entender se parecen á las mugeres.

Nosotros tambien tenemos nuestro cuarto de hora; solo que nuestro cuarto de hora no es de calentura como el del leon, sino de verdad como el de la muger, y en él estamos hoy cuando tomamos la pluma para juzgar las últimas representaciones nuevas dadas en el teatro de la Cruz.

Todo por mi padre es una trama ingeniosa que en pocas palabras esplicaremos. Hay en Pa-

rís una muchacha linda como un sol, y que vive como este en la region mas elevada, es decir, en una guardilla. Linda por supuesto. Disputan mucho los aficionados é inteligentes acerca de los paises mas fértiles en bellezas. Quién da la palma á la Georgia ó á la Mingrelia; quién está por la Italia; quién aboga por Valencia, quién por Málaga; este dice que en ninguna parte se dan mugeres como en Bilbao; aquel de mas allá disputa que para ver caras lindas no hay como ir á casa de Mr. Willers; nada de eso; el pais mas abundante de hermosas es el teatro; todavía no hemos encontrado una fea en las tablas; la muchacha en cuestion es una de esas bellezas de comedia, que nunca desmerecen, ni encanecen ni envejecen, ni son jamas desamadas, gracias sin duda al telon que se cruza entre ellas y la vejez. La tal muchacha, que se llama Adela, tiene su papá, el cual está como todos los padres de comedia lleno de achaques y de inconvenientes. Dinero, Dios lo dé; no hay un cuarto en la casa: de suerte que el viejo moribundo está muy espuesto á curarse en atencion á que no tiene ni para médico ni para botica. En tanto peligro atisba á la muchacha Adela un mancebito, rico, como un ministro de Hacienda, y mas seductor que un pastel de *Perigord*. Súbese con franqueza á la guardilla, y gran conocedor del corazon humano, le enseña á la muchacha virtuosa un bolson de dinero. Adela empieza por hacer ascos y acaba por... la heroina de la comedia en fin... ¿qué tal será lo que hace Adela, cuando no sabemos de qué suerte decírselo al público? En una palabra, virtudes de ese tem-

ple y dramas por este estilo los encontrará el curioso lector todos los dias al volver de una esquina. Pero cuenta con que la muchacha Adela es virtuosa; es verdad que cede, es verdad que... pero todo por papá. Otro tanto habia hecho papá por ella con su mamá, y esto no es mas que recompensar un sacrificio con otro, y pagar en la misma moneda. ¡Las muchachas son tan agradecidas!

Adela tiene sin embargo un novio, á quien quiere mucho, como se ha visto, el cual viene á reclamar su mano y su virtud; la mano alli se la encuentra pegada al brazo; pero la otra quisicosa pára donde paran en el mundo las virtudes de los pobres, tan encomiadas por los filósofos modernos. La heroina con todo le cuenta al bueno del novio el lance tal cual ha pasado, mutatis mutandis; en esa franqueza, y en contar de tal suerte con su paciencia, se conoce que lo tiene escogido hace años para marido, ó que sabe que está de ella enamorado. Y es verdad, porque el novio sigue creyendo que Adela es virtuosa, y se va á casa del seductor á pedirle lo que Quevedo no habia visto jamas. Pero este tambien está enamorado y quiere casarse, ni mas ni menos que el novio: tiene tanta mas confianza en la virtud de Adela, cuanto que le ha costado su dinero. Sobre esto, disputan y se disparan un par de tiros; pero los tiros de comedia son como los autores de comedia; rara vez aciertan; no se dan. Adela llega á los postres del desafio y se casa, ¿con quién dirán ustedes? ¿Con su novio? ¿Con el hombre á quien quiere? No, sino con el rico. ¡Oh! sacrificio no-

ble y sublime de la virtud pobre y monestero-sa. ¡Todo por papá! ¡Por papá toma dinero, por papá se entrega Adela á un muchacho rico y galan, por papá se casa con un señor la pobre y virtuosa modistilla! Dichosos padres los que alcanzan tales hijas; una hija de ese temple es una viña, es un coche parado, es un consuelo. La desgraciada Adela mira al cielo y derrama una lágrima de dolor y de romanticismo, en tanto que el bueno del novio se recomienda al caer el telon á la memoria de los recien casados, que probablemente no le olvidarán en sus ratos perdidos.

Consecuencia moral de esta comedia: que el cielo recompensa en esta vida con dinero al que lo gana, como Adela, con el sudor de su frente, y á las muchachas que se entregan al amor por su padre, casándolas con muchachos ricos.

El público no silbó esta comedia; consecuencia positiva; que se le pueden dar impunemente comedias malas y de escandoloso ejemplo.

La Posadera Rusa es otra cosa ya. Se reduce á una princesa mal casada con un hermano de cierto emperador de Rusia, la cual gustando mas de un oficial estrangero que de su marido se hace la muerta, y se escapa, seguida siempre por su amante. Es verdad que no hay quien aguante esos maridos rusos y seis grados bajo cero que la maltratan á una y quieren todavía que sea una buena, y... La princesa se escapa y pasa á Polonia. Lo demas no lo dice el autor, y no sabemos en qué se pára. Porque lo que hace Adela por su padre en la primer comedia, bien lo podia hacer la princesa por su marido en

la segunda. O ¿lo merece menos un marido que un padre?

No conocemos á los traductores de estas comedias; pero si lo que hace un mal traductor con un autor es maltratarle, los traductores no tienen por qué picarse con nosotros: estamos todos de acuerdo. *Todo por mi Padre* y *La Posadera Rusa* prueban que tambien en Francia hay autores necios: ambas merecian un castigo en este mundo. Los traductores se han erigido á sí mismos en instrumentos de la Providencia.

DE 1830 Á 1836,

Ó

LA ESPAÑA DESDE FERNANDO VII

HASTA MENDIZABAL.

PRIMERA PARTE.

ADVERTENCIA. *Este opúsculo político, escrito por un hombre que ha sido testigo de la mayor parte de los hechos que en él se encierran, y que, dotado de toda la imparcialidad del que nada aventuraba en ellos y de un criterio exacto, podia juzgarlos desapasionadamente, nos ha parecido de bastante importancia para darle á luz. Como reseña histórica, su verdad le hace acreedor á ocupar un lugar distinguido entre los documentos de que la historia se servirá un dia para redactar la crónica de nuestra gloriosa revolucion; como escrito filosófico-político, las justas reflexiones de su autor Cárlos Didier, y la interesante galería de personages públicos que traza, le colocan en primer rango entre las producciones de esa especie que la Europa ve diariamente aparecer acerca de las cosas de España.*

En posesion la España hace mas de dos años de dar hondas lecciones de política, ofrece al mundo el espectáculo de un parto laborioso y

dificil. ¿Cuál será el fruto de sus padecimientos? ¿Cuál el término de la prueba á que la somete la Providencia? ¡Hé aqui las preguntas que se hacen unos á otros los testigos de su largo alumbramiento! La Europa, clavada la vista en la procelosa Península, estudia sus tormentos con ansiedad, deseosa de sorprender en medio de este gran desorden de todos los elementos sociales el velado secreto del porvenir: secreto dificil por cierto de penetrar, porque ni el drama deja de ser complicado, ni es la España un pais como otro cualquiera: no es posible sentar un pie firme en esa tierra de misterio, mas temible mientras mas conocida. Otros mas hábiles han salido burlados, y para no citar mas que un ejemplo, pero memorable, ¿quién espió mas amargamente que Napoleon su temeraria ignorancia?

Aqui mas que en otra parte es la circunspeccion indispensable: fuerza es ser sóbrio de profecías, porque gusta la España de burlar los profetas y las profecías. Por lo tanto, simples cronistas, vamos á relatar los hechos: libre es el lector de sacar de ellos las consecuencias: una vez sentado un hecho, ¿no encierra en sí mismo sus premisas y sus resultados? La causa española pende todavía del tribunal supremo de la opinion: depongamos pues lo que sabemos, y acaso sea nuestro testimonio una prueba añadida á la instruccion del gran proceso. ¡Ojalá que pueda proyectar alguna luz sobre su fondo oscuro y nebuloso!

Pero antes de entrar en el examen de los hechos recientes, indispensable nos ha parecido volver algunos años atras para tomar los aconteci-

mientos en su orígen, y establecer su generacion de una manera clara y positiva. La España de 1835 se encierra toda en la España de 1830: remontémonos pues á 1830, época no menos memorable en la historia de España que en la de nuestra vecina nacion, y marcada en los anales de un pueblo por medio de una revolucion popular, y en los del otro por medio de una revolucion palaciega.

Fernando VII acababa de sentar en el trono de España á María Cristina de Borbon, princesa de las dos Sicilias: el año se abrió con públicos regocijos; la corte desconfiada de Madrid habia roto su fúnebre silencio; el palacio habia abierto sus puertas á disposiciones mundanas, y el nuevo ídolo coronado de flores habia lanzado de él las sombras aun palpitantes de los Riegos, los Lacys y los Porlieres. ¿Qué profeta hubiera entonces osado predecir los resultados, tan próximos sin embargo, de aquel brillante himeneo? Creíamos inaugurar una reina, y realmente inaugurábamos una revolucion.

Fuerza es decirlo sin embargo: mas de un fraile prespicaz, sino profeta, tuvo un presentimiento sordo de que amanecia para España una era nueva; y la pública alegría que siguió al anuncio de hallarse la reina en cinta, las fiestas que sucedieron á la anterior suspicaz tiranía, que habia visto en toda reunion hasta privada un amago de sedicion, fueron una terrible espresion del espíritu público.

Sin ir mas lejos, el palacio mismo encerraba bajo el dorado arteson una especie de fraile de sangre real, que participó poco ó nada del mun-

dano alborozo. Absorto en sus hipócritas ejercicios, contemplaba con celos y con inquietud á la jóven estrangera que acababa de lanzar la corte apostólica en tan osadas innovaciones. Observaba la tormenta que se amontonaba sobre su cabeza, y presagiaba que ese enlace mismo, objeto de tantas esperanzas, le habia de costar un trono: este hipócrita personage era el hermano del rey, el infante don Cárlos.

La monarquía tiene sus niveladores, así como la democracia; en todas las clases hay hombres partidarios de los estremos, que comprometen los principios exagerándolos; si Cayo Graco tenia detras de sí á Livio Druso, Fernando VII tenia á don Cárlos. Estraño parecerá que el mismo Fernando VII pudiese ser juzgado demasiado liberal y moderado por un partido. Este partido existia sin embargo; reclutaba en los conventos, reconocia por cabecillas algunos frailes furiosos, algunos absolutistas encarnizados, y como todos los partidos, ambiciones personales que estrañadas de los negocios aspiraban á esquilmar sus beneficios; no eran estos los menos celosos. Este partido apostólico trataba á Fernando de revolucionario. ¿No habia aceptado la Constitucion de 1812? ¿No la habia jurado en 1820? Verdad es que habia sido violada, y que la sangre de Riego habia borrado el juramento; pero al fin el crimen habia sido cometido, y los frailes no perdonan. Temian para el porvenir nuevas tergiversaciones, y fuerza es conocer que la debilidad de Fernando justificaba sus temores.

Este partido necesitaba un nombre, y habia

escogido por enseña y gefe supremo á don Cárlos: no carecia el príncipe devoto de ambicion, y no tardó en embriagarle el esplendor del trono. Ya anteriormente habia prestado su nombre á varias conspiraciones contra su hermano, y si en la de 1827, que tan sangrientos resultados tuvo, no dió precisamente su nombre á la faccion, dejóselo tomar, lo cual era mas bajo y mas cobarde. No hubiera desenvainado entonces la espada; pero, nuevo Cain, resignado de antemano, consentia que la de los demas le allanase el camino del trono, al cual se hubiera dignado subir, aunque hubiera sido sobre el cadáver de su hermano mismo. En lo cual pecaba ciertamente solo de impaciencia, porque no teniendo entonces herederos directos la corona, él venia á serlo forzosamente; pero temian los apostólicos que viviese Fernando demasiado, y sobre todo que pensase en contraer nuevos lazos para hacer la última tentativa de sucesion directa.

Los resultados legitimaron sus temores: sus esperanzas se anonadaban en aquel enlace, y asi fue que acogieron á la nueva reina con un odio que solo esperaba para declararse una ocasion favorable. En tal estado la preñez de la reina era para ellos un rayo, era la señal de una revolucion. Solo la esperanza les quedaba de que naciese una princesa. Pero Fernando amaba mas á su jóven esposa que á su hermano, queria alejar á este del trono á toda costa; la reina por otra parte, cuya ruina era evidente con el advenimiento al trono de su irreconciliable rival, no estaba en ello menos interesada. De aqui la famosa *pragmática sancion* del 29 de Marzo, que

abolió la ley sálica, momentáneamente introducida por Felipe V.

Grande fue la alarma del partido monacal, y vivísimas las reclamaciones de don Cárlos contra golpe tan imprevisto. Pero en esta ocasion el clero estaba en contradiccion flagrante consigo mismo; depositario, cual se jactaba, de las antiguas tradiciones de la monarquía española, hubiera debido para ser consecuente asociarse á la pragmática sancion, pues que esta no era en efecto sino la rehabilitacion del antiguo derecho español, en vigor desde el tiempo de los godos, y constantemente practicado sin reclamacion y sin interrupcion por espacio de mil años, y hasta principio del siglo XVIII. A él debia la España el beneficio de la unidad, y la verdadera fundacion de la monarquía en la inseparable reunion de las coronas hasta entonces divididas y rivales de Castilla y Aragon. Por él habia entrado á reinar el mismo Felipo V; y bueno es notar que este mismo no habia instalado la ley sálica pura, pues que su pragmática no escluía absolutamente á las mugeres: á falta de varones eran llamadas al trono. Pero ningun ejemplo habia vigorizado esa pragmática, y de todas suertes á los ojos de esos mismos absolutistas, lo que un Borbon habia deshecho, un Borbon debia tener el derecho de rehacerlo; nada pues impedia á Fernando VII reedificar el edificio demolido por su abuelo; y á los ojos de los que no eran absolutistas, la cooperacion de unas cortes sancionó la pragmática sancion, apoyada en la voluntad de dos reyes, Cárlos IV y su hijo.

¡Bien se hubiera podido apelar á una autori-

dad pública y legal de mas fuerza todavía, oponiendo á las ilegales cortes de 1713, convocadas por Felipe V, las nacionales de 1812, pues que el derecho de sucesion se hallaba incontestablemente fijado por el decreto de la representacion nacional en la Constitucion de 1812; pero se tuvo miedo de despertar recuerdos eléctricos: querian, es verdad, escluir de la sucesion á don Cárlos, queríase asegurar la regencia á Cristina; pero al convertir en beneficio de la jóven reina la línea de sucesion, de ninguna manera se transigia con la idea de variar la línea política, y se esperaba continuar la tradicion de 1823 bajo los auspicios del nombre de una reina de España, á falta de príncipe de Asturias. Verdad es que la fuerza de las cosas ha alterado despues tan bellos propósitos; pero dado el primer paso era imposible retroceder. Nunca dió la Providencia leccion mas fuerte á los príncipes y á sus pobres proyectos, porque nunca ha vuelto la Providencia mas visiblemente contra ellos mismos sus planes de egoismo y ambicion. Pero no nos adelantemos á los acontecimientos; aqui la leccion nace de su natural sucesion.

La cuestion de sucesion á la corona es por otra parte tanto mas inútil, cuanto que la humanidad civilizada, al rechazar el dogma sacrílego de la legitimidad, entendida como el acto de reinar solo por derecho divino, le ha proscrito en nombre del progreso, enemigo de la teocracia, de que aquella emana, en nombre de la inteligencia que la teocracia esclaviza. El dogma de la soberanía popular no es solo inalterable como principio abstracto, sino que es tambien

necesario como garantía social, porque él es, y solo él, quien fija las verdaderas relaciones posibles entre el pueblo y el magistrado supremo, llámese príncipe ó no á quien está cometida la direccion de la cosa pública. Fuera de él no puede haber sino monopolio y violencia.

La publicacion de la pragmática sancion produjo una sensacion profunda, no tanto por lo que era en sí, como por sus evidentes resultados. Fernando VII no prometia larga vida, y la regencia asegurada ya á una princesa jóven, dulce, afable, era para la España una fortuna tan grande, que se asió de este consuelo con un ardor que debió lisonjear en estremo á la futura regenta, estrella amiga que despuntaba en el horizonte, y en la cual se clavaron con ávida impaciencia las miradas de todos. Anunciaba por otra parte un cambio; y en el estado á que el gobierno de Fernando habia reducido el pais, todo cambio debia ser esperado como una mejora. La pragmática de 1830 ademas no tiene únicamente un interes de circunstancia, es una de las fases mas importantes de la monarquía: hace época en la historia de la Península, porque ha sido la ocasion, sino la causa, de una revolucion radical en la forma y en el principio del gobierno. La pragmática de Fernando no entroniza por sí sola, es verdad, la democracia española; la democracia española se entronizó ella misma por derecho propio en Sevilla en 1808; pero despues de haber salvado á la España de la eterna humillacion de la conquista, habia sido espulsada del suelo cuya independencia guareció, y habia ido á espiar su noble culpa en el

destierro y en los presidios. 1820 fue una tormenta que la violencia conjuró en beneficio del perjurio. 1830 volvió á colocar gradualmente la democracia al pie del trono. La cuestion es saber si ha de volver á ocuparle, y está ya medio decidida.

Los apostólicos entre tanto no descansaron; agitáronse á la sombra de sus monasterios, urdieron ocultas tramas, y declararon, aunque en voz baja, contra la atrevida estrangera que tenia supeditado al rey; en la edad media hubieran dicho hechizado; pero todos esos murmullos se perdieron ante el gran rumor de la revolucion de Julio. Al llegar aqui cambia la escena, complícase el drama, y principia otro acto.

La nueva de la insurreccion de París produjo en Madrid una conmocion igual á la que habia producido en Europa. Alarmóse el rey Fernando, no sin motivo, porque los desterrados de Querburgo éranle bien allegados como deudos y como restauradores de su corona: en su naufragio perecia el principio de su existencia, y dificil era preveer entonces dónde pararia la ola popular tan imprevistamente sublevada. La corte de España vaciló entre pareceres encontrados; los sucesos por fin vinieron á sacarla de incertidumbres.

A la sazon que estalló la revolucion, la Francia y la Inglaterra se hallaban pobladas de proscritos españoles, lastimosos restos de las catástrofes anteriores: el movimiento de París les volvió la esperanza. Súpose en Madrid que los refugiados reunidos en juntas revolucionarias en Londres y en París se aprestaban á probar una

intentona, y á traspasar la frontera. El gobierno español, sacudido por un sentimiento natural de conservacion, dirigió vivas reclamaciones á los gabinetes de aquellas dos naciones: el primero atajó los preparativos con solo suspender alguna de las disposiciones del *alien bill*. El francés hizo del sordo, mas animó á los emigrados y les facilitó fondos; pero despues, cuando estuvieron comprometidos, los abandonó y negó, como el apostol á los suyos. Esta página de la vida de Mr. Guizot será un borron eterno en la historia del pais que debia haberse apresurado á lavar el error de 1823 y proclamarse hermano de los liberales de España.

Nadie ha olvidado el resultado de la triste espedicion de 1830: un puñado de proscritos, privados de recursos, se lanzó llevado de su heroismo en la garganta de los Pirineos. Valdés y Mina fueron rechazados por Santos Ladron, feroz absolutista, que se hizo fusilar mas tarde en las filas carlistas, y por Llauder, que juzgó mas prudente hacerse liberal. Llauder era entonces capitan general de Aragon, alto puesto que debia á sus ciegas deferencias por Fernando VII. Empleó en la persecucion de ese Mina, de quien habia de ser poco despues el colega y el adulador, un encarnizamiento, de que conservarán los habitantes de la frontera largos recuerdos. ¡Qué gloria para Llauder si hubiera podido añadir á su blason de moderna fecha la cabeza de Mina al lado de la cabeza de Lacy, y encima el sombrero de la grandeza! Pero esta doble gloria no le fue dada, y hubo de contentarse con su primer hazaña de Ca-

taluña, y la simple corona de marqués (1).

Asi acabó un año comenzado bajo tan brillantes auspicios: entre tanto la reina habia dado á luz una princesa el 10 de Octubre, y al mismo tiempo que la causa constitucional era vencida en la frontera, triunfaba en la capital, puesto que el nacimiento de la heredera, obligando al partido carlista á desplegar la enseña de la rebelion, habia de forzar á la reina á buscar su salvacion y la de la monarquía en el apoyo de esos mismos hombres que á la sazon se estaban fusilando en los Pirineos.

El nacimiento de un príncipe hubiera tapado la boca á los apostólicos; hubieran podido todo lo mas disputar la regencia á Cristina, y turbar la minoría; pero ¿qué diferencia entre esa lucha parcial y la lucha de principios de que la pragmática ha sido ocasion, lucha que ha abierto sucesivamente á los emigrados sus casas primero, las cortes despues, y por fin los ministerios? ¡Y todo por haber nacido en vez de un príncipe una princesa! Niéguese despues de eso que la Providencia, que ha sabido hacer emanar

(1) ¿Quién no recuerda con dolor el éxito de la triste tentativa del general Lacy (que tanto se distinguió en la gloriosa guerra de la independencia) para levantar en Cataluña el estandarte de la Constitucion? El general Castaños mandaba en Barcelona: queria salvar á Lacy, y con esa intencion envió contra él á Llauder, que habia sido protegido de Lacy, y que le debia su suerte: pero Llauder, en vez de segundar las miras de Castaños, arrestó en persona á su protector, y llevó la ingratitud hasta la brutalidad. Lacy fue fusilado á pesar de las representaciones que al rey dirigió el general Castaños, y Llauder fue sucesivamente promovido á los primeros grados de la carrera militar. El cadáver de su intrépido y generoso protector fue el primer escalon de su fortuna.

de tan ténue circunstancia tan grandes acontecimientos, niéguese que protege la democracia. Quiere su triunfo, le ha resuelto; y los reyes mismos no son en su mano mas que un instrumento para coronar su obra. Estas peripecias constituyen la alta parte cómica de la historia.

El drama entre tanto se complica: contémplase Fernando entre dos enemigos, el partido constitucional, representado entonces por Mina, y el partido apostólico, representado por don Cárlos. Este permaneció casi tranquilo el año 1831; la revolucion de Julio no le habia espantado menos que á Fernando, porque en eso eran comunes sus intereses, y entrambos se veian amagados. Lo contrario le avino al partido liberal; lo que era para sus enemigos ocasion de espanto, éralo de esperanza para él; y el año entero no fue por tanto mas que una continuada insurreccion; cambióse solo de campo de batalla, y se probó la suerte en el Mediodia. Desde el mes de Enero el general Torrijos, refugiado en Gibraltar, habia intentado una espedicion, que por entonces no habia cuajado. Casi al mismo tiempo el desgraciado Manzanares se estrelló en las sierras de Andalucía. En la Isla de Leon hubo otra insurreccion abortada. El general Quesada, capitan general á la sazon de Andalucía, reprimió esos diversos movimientos; y aunque se le puede hacer la inculpacion de haberse constituido voluntaria y libremente instrumento de la tiranía, fuerza es hacerle la justicia de haber desempeñado su triste mision con una mesura y una humanidad de que Llauder, su colega de

Aragon, no habia creido oportuno usar en circunstancias semejantes.

Todos estos movimientos empero, aunque sofocados, asombraron al gobierno de Fernando; cobró miedo, y el terror le restituyó á sus naturales inclinaciones, es decir, á la ferocidad. Instaláronse nuevamente las inexorables comisiones militares; las reacciones fueron atroces, y el reinado del terror volvió á empezar. ¿Qué sangre vertida bastará para lavar la de tantas víctimas bárbaramente sacrificadas? La última escena de tan sangrienta tragedia fue sin embargo la mas abominable. El inmortal Torrijos permanecia en Gibraltar, y clavada desde alli la vista en el sombrío horizonte español, acechaba con impaciencia sus primeros resplandores. Su presencia, su inmediacion imponian pavor, y se decidió desembarazarse de él á toda costa. El gobernador de Málaga, Moreno, especie de yena con semblante humano, el infame Moreno tendió el lazo mas execrable de que hay memoria en la historia de las naciones, y al cual vino generosamente á caer la noble víctima destinada al inmundo cuchillo. Embarcóse el ilustre proscrito, atraido por engañosas sugestiones, y con él cincuenta y dos compañeros que habian de tener la gloria de participar de su patriótico martirio. Poco despues fue nombrado capitan general el verdugo de Granada.

Velemos nuestro rostro de dolor y de indignacion. ¿Y se quiere tadavía que no gritemos *venganza* y *esterminio* sobre su partido, cómplice todo él del mas espantoso crimen? ¿Y es á nosotros á quien se pide todavía generosidad?

El mes de Diciembre recordará todavía por muchos años con caractéres de sangre tan cobarde carnicería. ¡El cerró dignamente ese año de reaccion y de matanza! ¡El le reasume todo entero y le bautiza! ¡Esos fueron los tristes resultados de la desgracia de Mina en los Pirineos; esos los frutos de la horrible victoria de Llauder, de ese mismo Llauder que estaba reservado todavía á dejar las huellas de sus sangrientas manos en las sillas ministeriales, en que habia de sentarse al lado de sus propias víctimas!!!

La historia de España desde 1830 es un perpetuo vaiven. 1831 habia pertenecido á los liberales, 1832 perteneció á los apostólicos; las bajas intrigas de los últimos ocuparon ese año, como las heróicas conjuraciones de los primeros habian ocupado el anterior.

La guerra civil devoraba á la sazon el Portugal; tratóse un momento en Madrid de intervenir en favor de don Miguel: esta ligereza no tuvo consecuencia, pero sirve de clave á las disposiciones de la corte de Madrid en aquella época. Debia volverse despues á la idea de intervencion; pero ya entonces se habia vuelto la rueda de la fortuna, y la intervencion debia ser en favor de don Pedro.

¿Qué hacian entre tanto don Cárlos y su partido? Reanimados por los sangrientos triunfos del gobierno de Fernando, que trabajando para sí trabajaba tambien para ellos, pues áunque divididos, tenian igual interes en la destruccion del enemigo comun, los apostólicos cobraron valor, y practicaron sus minas con tal destreza, que estuvieron casi á punto de quedar

dueños del campo de batalla. Su único objeto era ya la revocacion de la pragmática, que alejaba del trono á su cliente: maniobraron tan habilmente, que la pragmática fue revocada; pero desgraciadamente para ellos, y felizmente para la España, no fue por mucho tiempo. Este pequeño entremes político constituye una verdadera escena de comedia. No hay mas que copiar: el drama está hecho. Cuando la historia se mete á poeta, los hace buenos.

No es facil olvidar el mes de Setiembre: la corte estaba en la Granja, y Fernando á las puertas del sepulcro. Habia entonces en España un hombre que habia sido criado, curial, empleado de un ministerio despues, y por fin ministro. A la sazon era mas que ministro: amparándose del nombre de Fernando, era rey de España é Indias. Gentes versadas en esta especie de misterios aseguran que habia debido su encumbramiento á una obscena bufonada. ¡Hijos felices de las monarquías, todas las carreras os estan abiertas! Pero el favor de Calomarde tenia á la sazon mas sólida base en su ciega adhesion á los intereses y á las pasiones de la monarquía absoluta. Llamado al ministerio en 1824 bajo los auspicios de la invasion estrangera, su administracion no habia sido sino un tejido de errores. Calomarde fue el prototipo del sistema que podriamos llamar de los apagadores políticos, pues que solo tendia á sofocar la inteligencia, la ciencia, las artes, cuanto constituye la esperanza del género humano. El cerró las universidades, y abrió en cambio una escuela de tauromaquia; sangrienta burla, insolente sarcasmo político que caracteri-

za él solo todo su sistema. Calomarde veía con celos el ascendiente que sobre el ánimo del monarca tomaba diariamente su jóven esposa; pero no solo no osó contrarestarlo, sino que se asoció á la pragmática sancion, cooperando á la redaccion del testamento que habia de asegurar la regencia á la augusta viuda, y que designaba los miembros de su consejo. ¡Estraña circunstancia, que solo se comprende poseyendo la clave del carácter de Fernando! Casi todos los miembros de ese consejo de regencia eran enemigos personales de Calomarde, y algunos de ellos, como el marqués de las Amarillas, se hallaban en un desfavor equivalente á un destierro. El mismo ministro habia firmado su mistificacion. Hay quien añade que el rey tenia un maligno placer en hacer leer á su favorito el testamento que en tan falsa posicion lo ponia.

Todo esto no debia adherir mucho á Calomarde en favor de la reina: rancio absolutista, temia tanto mas las innovaciones, cuanto qne no se le podia ocultar que la primera reforma habia infaliblemente de empezar por él: su interes, asi como sus principios, si es que semejantes hombres tienen principios, le inclinaban á don Cárlos y al partido apostólico, quien supo sacar partido de la posicion falsa del ministro: hiciéronsele proposiciones, y la semilla echada en tan buena tierra no tardó en germinar. La muerte inminente del rey, que de un momento á otro se esperaba, activó la intriga. Calomarde, para quien la menor tardanza era peligrosa, viró pues de bordo, y aprovechándose del estado del rey, no tuvo dificultad en abusar de él para ha-

cer firmar á su mano moribunda una revocacion de la pragmática de 1830. No bien se hubo dado este paso tan agigantado, cuando se esparció la voz de la muerte del rey, y corrió en instantes de San Ildefonso á Madrid, y de aqui á las provincias y al estrangero.

Gran júbilo en los conventos; el cliente monacal era rey, y con él iba á ocupar el trono el absolutismo apostólico; pero el triunfo fue de corta duracion; el rey resucita, y don Cárlos baja del trono. Nunca peripecia fue mas repentina; los vencidos la víspera se apoderaron otra vez del campo de batalla, y los vencedores tocan retirada. Tuvieron lugar entonces en palacio escenas que la historia dirá algun dia con escándalo: entre tanto la augusta infanta doña Luisa Carlota, acudiendo al rumor desde un rincon de la Andalucía, llegó en el momento crítico de inclinar para siempre la balanza, y Calomarde sucumbió, yendo á buscar en el destierro la única salvacion posible para él. Cea Bermudez, ministro á la sazon en Londres, fue llamado al ministerio el 1.° de Octubre: la victoria de la reina era brillante, y fue completa. El 6 vió la luz un decreto que le confiaba el timon de los negocios durante la convalecencia de S. M. Era una regencia anticipada.

El primer acto de la regenta justificaba las esperanzas que en ella fundara el partido liberal desde 1830. El 15 se publicó una amnistía política, no absoluta, pues que fue seguida sucesivamente de otras tres, pero capital en el sentido de que descifraba claramente la posicion, y destrozaba el pacto impío de 1823. La monar-

quía acababa de empeñar un pie en la revolucion: solo habia dado un paso, es verdad; pero ¡cuán lejos se estaba ya de las comisiones militares del año anterior, y de la espantosa carnicería de Málaga!

Sucediéronse las reformas rápidamente; sino de hecho, al menos el principio se proclamó: abriéronse las universidades, mejoróse la hacienda, y se creó un ministerio nuevo con el nombre de *Fomento*. El pueblo no fue ingrato, y la popularidad de la reina llegó á su apogeo. En el ínterin los absolutistas no cesaban de bullir y remover sordamente ya un punto, ya otro de la Península. La revocacion arrancada por Calomarde existia todavía, y no fue anulada hasta el 31 de Diciembre. Este dia se publicó un decreto en que el rey declaraba espontáneamente que habia sido sorprendido, retractaba una firma arrancada con tan indignos medios, y restablecia en todo su vigor la pragmática sancion.

Una nube se presentó sin embargo á oscurecer tan brillante horizonte. Cea acababa de llegar de Londres, y habia tomado posesion del ministerio: la reina no habia esperado su llegada para imprimir el movimiento á la máquina: esta estaba ya lanzada, lo cual no hubo de agradar á Cea. Apenas en camino éste, quiso ya cejar, y publicó un manifiesto anfibológico en que aceptaba por lo menos la herencia de Calomarde; anunciaba en verdad reformas, pero usaba de tales restricciones, que á fuerza de atenuar la esperanza, la mataba. Amargo desengaño para el partido liberal; fiaba con todo en la reina, y podíase creer que la ambigüedad de Cea era una

concesion hecha al rey; una vez muerto el rey, decíamos, él irá: su entrada en el ministerio no era menos por eso una victoria y un progreso. Pero no solo no moria el rey, sino que totalmente restablecido volvió á tomar las riendas del Estado el 4 de Enero de 1833, si bien asociando á la reina al consejo. Esta encontró en Cea mas bien un rival que un auxiliar, y si algo podia sostener entonces al ministro, era que de paso que hacia una guerra oculta á las reformas, hacíala abierta y franca al partido apostólico, entronizando en la Península ese sistema de balancin, que debia transformarse poco despues en verdadero justo-medio.

El paso mas atrevido de Cea fue el destierro de don Cárlos. Su presencia era para los frailes un eterno motivo de esperanzas, un foco inestinguible de hostilidades é intrigas incesantes. El 13 de Marzo salió el pretendiente de Madrid para nunca mas volver á entrar en él. Y para que no faltase circunstancia ninguna á su triunfo, y dar un principio de ejecucion á la pragmática, se convocaron en 7 de Abril las antiguas cortes del reino para prestar juramento de fidelidad á la heredera.

El rey con ese motivo escribió á don Cárlos una carta hábilmente redactada, en que le hacia dueño de tomar parte ó no en la ceremonia, no queriendo, decia, forzar las inclinaciones de su caro hermano. Don Cárlos respondió protestando públicamente, y por el pronto todo el mundo se contentó con este pacífico trueque de frases mas ó menos fraternales.

Mas eminentemente político hubiera sido a-

provechar aquella ocasion de reunir en vez de las antiguas cortes del reino, unas verdaderas cortes nacionales; pero esas eran premisas, cuyas consecuencias se temian, y habiéndose manifestado Cea hostil á toda idea de instituciones políticas, no era seguramente Fernando VII de quien se debia esperar que le obligase.

Verificóse el 20 de Junio la solemne jura, que se celebró con las fiestas mas ostentosas y mas verdaderamente populares que en siglos enteros se hubiesen visto. Y de alli á tres meses ocurrió por fin un acontecimiento previsto ya de muy atras. Fernando VII murió el 29 de Setiembre. ¡Qué descanse en paz! fue todo lo que pudieron decir los menos rencorosos. Muerto el rey, abrióse el famoso testamento, cuyo contenido era ya de antemano conocido. Instalóse la regencia, y Cristina, asistida del consejo de gobierno, tomó las riendas del Estado en nombre de Isabel II. La primera medida de la regencia fue una medida de conservacion; mantuvo á Cea en el ministerio: el primer paso de este fue tambien conservador; su manifiesto despues de la muerte del rey es el desengaño mas solemne que podia llevar un pueblo. Todo el mundo comprendió que Fernando vivia todavía en su ministro; el odioso programa no era mas que una esplanacion del que á su entrada en el ministerio habia dado el político estacionario; pero entonces ya no vivia Fernando VII para tomar sobre sus regios hombros la responsabilidad de las malas intenciones de un ministro; húbola él de llevar entera, y lo abrumó.

Mal principio era por cierto parapetarse en

la negativa á los principios de una revolucion. Cea padeció un grave error; se empeñó en no ver mas que una cuestion de sucesion donde no habia mas que una cuestion de principios: creyó que Isabel sentada en el trono, y apoyada en la legitimidad, tenia en sí sola su propia fuerza, y que no necesitaba ni del apoyo ni del concurso de la España liberal; de aqui su obstinacion en negarse á transigir con ella, por mas que quiso darle una dedada de miel ampliando la amnistía. Pero eso era tener un concepto harto ventajoso de sí mismo. La nacion no participó de ese concepto, y Cea vino abajo con el *despotismo ilustrado* que queria entronizar, y que para ningun partido era bastante. Para los absolutistas sobraba el *ilustrado*, para los liberales sobra el *despotismo*.

El error de Cea era tanto mas grave cuanto que aislaba al trono, y le entregaba indefenso á los golpes de sus enemigos. Sin estar ligados precisamente como la causa lo está al efecto, la pragmática sancion y la rehabilitacion del partido democrático eran ya dos hechos para siempre travados é inseparables. Por mas legítimo que fuese el derecho de Isabel, no necesitaba ménos por eso el apoyo de la España liberal. Puédese en buen hora combatir un partido oponiéndole otro partido; pero pretender como Cea combatirlos á entrambos á la vez, eso supone la intervencion de otro tercer partido que no existe felizmente en España.

Y la falsa posicion de Cea era tanto mas difícil de conservar cuanto que acababan de romperse las hostilidades en las provincias. El par-

tido apostólico se constituyó agresor, y levantó en nombre del pretendiente el estandarte de la rebelion. El primer general enviado por Cea, Saarfield, fue á cruzarse de brazos tranquilamente en Burgos, y fue reemplazado por Valdés, que lo fue él mismo por otros tan inhábiles como sus antecesores. El movimiento de las provincias exaltó á los liberales de Madrid, y produjo una reaccion, por desgracia demasiado poco violenta; los liberales se contentaron con desarmar el 27 de Octubre á los realistas.

La impopularidad de Cea crecia á medida que se amontonaban los acontecimientos: en vano trató de desplegar una ridícula energía, decretando destierros arbitrarios, y suprimiendo periódicos; solo consiguió poner de manifiesto su impotencia. Sitiado y estrechado cada vez mas por dos enemigos igualmente exasperados, atado de pies y manos, y condenado á la inmovilidad, se vió aislado, y el consejo de regencia mismo acabó por soltarle de su mano, uniéndose al partido constitucional en reclamacion de garantías políticas. Los capitanes generales dieron el último golpe á la fortaleza desmantelada. El general Quesada lanzó desde Valladolid á fuer de perspicaz un manifiesto, mitad sumiso, mitad amenazador, en que pidió formalmente á la reina la destitucion de Cea. Tras Quesada vino Llauder: el protegido y verdugo de Lacy, capitan general de Cataluña, habia obrado su conversion: liberal ya entonces exagerado, ardía en amor de libertad; cubriendo una antigua enemistad personal con la máscara hipócrita de buen ciudadano, encarecia las exigencias de su

colega, y poco le faltaba para pedir la cabeza de Cea.

Solo Cea, y aislado en medio de tan legítima inundacion, debia caer, y cayó. Cayó en nombre de esas instituciones que su terco sofisma rehusaba al público deseo, y que habian llegado á ser la única salvacion, la necesidad absoluta de la monarquía. Dejó pues el ministerio por segunda vez. La primera habíaselo quitado Fernando por demasiado liberal; Cristina le despedia mas tarde porque no lo era bastante. La primera vez tuvo por sucesor á uno de los mas furiosos absolutistas de España, á un enemigo irreconciliable de las libertades democráticas, al miembro mas intolerante del gobierno provisional de la fé en 1823, al duque del Infantado. ¿Y quién le sucede la segunda? Un ministro de la Constitucion, un antiguo diputado de las cortes de 1812, un hombre que habia espiado el doble crimen en los presidios de Africa y en la emigracion, Martinez de la Rosa. El progreso iba envuelto ya en la sola antítesis de esos dos nombres.

La pragmática pues empezaba ya á dar sus frutos, y desde aqui puédese decir que se entra de lleno en la revolucion. El destierro de Calomarde y la entrada de Cea no eran en el fondo mas que una intriga palaciega. La destitucion de Cea y el advenimiento de Martinez de la Rosa eran la primera victoria de la democracia. Martinez de la Rosa en el ministerio era la doble rehabilitacion de 1812 y 1820, era la condenacion de 1823, era la convocacion de las cortes.

Ahora, si Martinez de la Rosa fue consecuente con sus antecedentes, y si correspondió á las esperanzas que legítimamente se fundaron entonces en él, eso es lo que los hechos van á probar ó á desmentir en el año siguiente.

DE 1830 Á 1836,

Ó

LA ESPAÑA DESDE FERNANDO VII

HASTA MENDIZABAL.

SEGUNDA PARTE.

Martinez de la Rosa abre el año 1834. Sus antecedentes son demasiado públicos para que nos detengamos mucho en ellos. Conocido ya en 1820 entre los mas moderados, inspiró en 1822 bastante confianza al trono para verse encargado del timon de los negocios; pero poco feliz en su administracion, tuvo que retirarse despues de un ministerio de cinco meses, durante el cual el célebre 7 de Julio le manifestó inclinado á un golpe de Estado, que tendia á sustituir á la Constitucion de 1812, demasiado popular á sus ojos, una carta, y la instalacion de dos cámaras. Sus inclinaciones podíanse mirar desde entonces ya como poco revolucionarias; podíasele acusar de tibieza hácia las ideas democráticas.

La segunda restauracion fue mas clemente hácia él que habia sido la primera, porque ni aun fue desterrado. Voluntariamente pasó á Italia y á París, donde se entregó á las letras: durante su voluntario destierro Martinez de la Rosa permaneció estraño á todas las intentonas po-

líticas de sus compatriotas. No tomó parte en la espedicion de 1830, y no siendo en realidad proscrito fue uno de los primeros que regresaron á sus hogares.

Tal era el hombre que la fuerza de las cosas llamaba al gobierno de la regenta. Su advenimiento al ministerio era efectivamente un gran paso. Pero apenas le fue entregada en tutela la revolucion naciente, todos echaron de ver que el ayo del nuevo Hércules era mas idónco, y parecia mas dispuesto á enervar al robusto infante en mantillas, que á desarrollar sus fuerzas: fue en efecto el dragon mitológico enviado por la envidia para ahogar en su cuna al futuro vencedor de la hidra de las cien cabezas.

Cea habia caido por haberse negado al paso indispensable de la convocacion de las cortes: Martinez de la Rosa no ocupaba su puesto sino con la condicion, *sine qua non*, de convocarlas. Cualesquiera que fuesen sus secretas inclinaciones, no le era pues dado hacerlo ó dejarlo de hacer: la idea de convocacion preexistia en él; era solo admitido para llevarla á efecto; no era mas que el instrumento de una necesidad. Pero ¿qué via iba á escoger? ¿En qué términos iba á restaurar el antiguo derecho nacional? Esta era la cuestion.

Hombre contemporizador y de cuasi medidas, Martinez de la Rosa no podia proceder sino por compromiso, y por compromiso procedió. Profesando tan poco afecto á la Constitucion democrática de 1812, no era probable que fuese á desenterrarla por segunda vez: dejóla bajo su piedra sepulcral, donde yace todavía, segun pare-

ce para siempre. Si bien existen aun en la Península una nobleza, un clero independiente, privilegios de castas y desigualdades legales, con todo multitud de intereses se hallaban ya dislocados, cien prerogativas allanadas, y no pocas preocupaciones por tierra. La antigua forma de los tres brazos por tanto no era ya posible; ni hubiera contentado los intereses, ni las ideas, ni las pasiones: hubiérase debido empezar por desecharla completamente.

El público sin embargo esperaba la solucion del problema; tres meses la esperó. Por espacio de tres meses trabajó el ministerio Martinez en su grande obra política. Semejante á los antiguos sacerdotes de Egipto, el sanhedrin ministerial se recogió en el fondo del santuario, rodeóse de silencio y de soledad, rehusando admitir á los profanos á la iniciacion de sus misterios antes del dia prefijado por su idea. Llegó por fin ese gran dia; una mañana de Abril el Monte Sinai hizo resonar sus trompetas, y las nuevas tablas cayeron de las nubes sobre la cabeza de Israel. El moderno decálogo hubo por nombre *Estatuto Real.*

Puesto que nos hemos tomado la libertad de hacer intervenir en este negocio al Monte Sinai, bien podremos sin inconvenientes seguir la metáfora, y añadir que nunca el antiguo apólogo del *Monte de parto* tuvo mas solemne aplicacion. El Estatuto fue el verdadero *ridiculus mus.* No valia por cierto la pena de colocarse á tal altura, ni de afectar tan solemne aparato la escuálida creacion. El Estatuto no fue mas que un mal remedo de la carta sacramental inglesa: es-

to es; de la famosa máquina de tres ruedas, sin contar con una enorme heregía de mas en la composicion de la cámara alta, y muchas cosas buenas de menos en sus demas partes. La heregía política es patente: los próceres ó pares se dividen por él en dos clases, próceres natos y hereditarios, y próceres vitalicios por eleccion de la corona: ¡chocante anomalía! Se pretende formar un cuerpo que tenga unidad y armonía, y compónese de dos elementos rivales y heterogéneos; se crean en su seno dos intereses opuestos, y se instituye en él por consiguiente una anarquía permanente. Otra heregía no menos importante es la que priva á las dos Cámaras ó Estamentos del derecho de hacer ellas mismas su reglamento interior; la corona es quien se le impone. Mas como la iniciativa legislativa reside enteramente en el poder real, las cortes vienen á ser una especie de consejo de Estado, un cuerpo consultivo.

Otras imperfecciones no menos graves pudiéramos señalar en el engendro político del ministerio Martinez, pero sería tiempo perdido si recordamos que no es invulnerable, y que el primer paso que dé la revolucion lo derribará hecho polvo á sus pies.

No es esa sin embargo la opinion de su otorgante; complácese, exáltase en la contemplacion de su obra: el Estatuto es para él una de aquellas concepciones gigantescas y definitivas que hacen época en la historia de las naciones, y despues de las cuales el género humano nada tiene que hacer sino cruzarse de brazos y dormirse á su sombra. Es la piedra filosofal de la

ciencia del gobierno, y admírase su autor de que poseyendo tan raro tesoro, la España se atreva todavía á aspirar á cosas mejores. No duda un momento que ha tomado puesto entre los grandes legisladores de la antigüedad: Licurgo y Carondas, dioses caidos, han de postrarse ante él: nada les queda que hacer sino velarse la faz. ¡Lástima es solo que los colegas de su ministerio, ante los cuales se leyó y discutió en mas de treinta sesiones preliminares, puedan reclamar alguna parte de su gloria!

Tal cual es sin embargo, y aunque inferior con mucho á la Constitucion de 1812, por mas que ésta esté lejos de ser perfecta, el Estatuto Real no dejó por eso de tener la gloria de romper el largo silencio impuesto á la España por la tiranía del perjurio y de la violencia: volvió á abrir el campo á los debates políticos; dió lugar á que los periódicos tomasen parte en las discusiones parlamentarias, y la opinion pública pudo pasar por un nuevo aprendizage. Todo eso existe al fin, y fuerza es aceptar esas primeras y tímidas conquistas como preludio y presagio de otras mas audaces y positivas. Solo como medida transitoria puede tener el Estatuto cierto valor; considerado en sí mismo carece totalmente de él, pues que ni emana de ningun principio, ni proclama principio alguno.

El mes de Marzo se señaló con dos acontecimientos graves; primero con una tercera amnistía, no absoluta: no llegó la vez de Mina y de sus compañeros de 1830 hasta el Mayo siguiente. El segundo fue la creacion de la Milicia Urbana: una chispa carlista se manifestó el 4 en Ma-

drid, y aunque facilmente sofocada, bastó á convencer de la necesidad de armar á los liberales para un evento. El alistamiento empezó por ser voluntario, y no se tardó mucho en hacerlo obligatorio por medio de una ley calcada sobre la francesa. Pero apenas formada esta Milicia Nacional, empezó á ser un objeto de espanto para el ministerio Martinez, y durante toda su administracion solo se pensó en ponerle trabas.

El mismo mes que vió nacer el Estatuto Real dió vida á la deseada cuadruple alianza: el último cange de firmas es de 22 de Abril. Solo la Francia y la Inglaterra estaban á la sazon representadas en Madrid, porque eran las únicas entre las grandes potencias que habian reconocido á la reina Isabel. El Austria, la Rusia, la Prusia, Nápoles misma, á pesar de los vínculos de la sangre, habian retirado el año anterior sus ministros y embajadores. Esas cuatro cortes entonces, como ahora, no tenian mas que encargados de la correspondencia; algunos de estos agentes habian tenido la pretension, por lo menos incongruente, de hacerse centro de necias intrigas carlistas, y en eso habíanles asistido cordialmente sus cofrades de la Haya y de Turin, cuyas simpatías no podian menos de adherirse á la causa del pretendiente. Esto era abusar de la inviolabilidad que el derecho de gentes les confiere; el único papel que le sea decente representar en tales casos á la hostilidad oficial es la neutralidad del silencio. Los corresponsales diplomáticos de Madrid lo han conocido, ó bien se lo han hecho conocer, y de entonces acá han permanecido tranquilos. Roma no tenia tampoco agente

alguno acreditado cerca de S. M. católica; el obispo de Nicea, antiguo nuncio, vivia retirado en calidad de simple particular.

En cuanto á Portugal, el viento habia cambiado: dos años antes se habia intentado intervenir en favor de don Miguel: á la sazon doña María habia sido reconocida, y Rodil habia pasado la frontera para sostener sus derechos. Ambas cortes parecian haber olvidado sus antiguas rencillas, y vivian al menos oficialmente en las mas estrechas relaciones de amistad.

Terminada la campaña pasó Rodil al ejército del Norte y tomó el mando, pero aconteciólo lo que á sus antecesores; no hizo mas que aparecer y desaparecer. Cedió el puesto á Mina. No tenia en su origen la guerra de Navarra la importancia que ha tomado despues; con determinacion y prudencia hubiérase apagado la naciente hoguera, pero era preciso á toda costa impedir la reunion de los dos intereses absolutista y municipal: la cosa era posible interesando á las provincias vascongadas en el orden de la sucesion; de esta suerte se les hubiera segregado de la causa del pretendiente. Pero se hizo todo lo contrario: "Sometámoslas, decia Martinez de la Rosa, y luego hablaremos." Tratóse de humillar á los insurreccionados, y ellos son los que con lucha tan larga nos han humillado.

El descuido, la inesperiencia del ministerio Martinez y su inaccion han puesto la lucha en el punto en que está: él es quien ha cavado, ó por lo menos visto cavar ante sus ojos tranquilamente la honda sima donde mira la España hundirse sus tesoros, desarmar-

se sus ejércitos y comprometerse su porvenir.

Un acontecimiento imprevisto vino á complicar el enredo: don Cárlos, despues de haber vagado por las fronteras de Portugal, habia abandonado la Península, y cuando todo el mundo creía en Madrid que resignado con su suerte yacía oscuro en un rincon de Inglaterra, apareció de nuevo en el corazon de la Navarra. La presencia del pretendiente vino á dar á la guerra un carácter imponente, que ha bastado desde entonces á fijar sobre ella las miradas inquietas de la Europa.

Pero volvamos las nuestras á Madrid, donde se presenta en escena un nuevo actor destinado á hacer un papel demasiado principal. El conde de Toreno, cuyos antecedentes no eran menos conocidos que los de Martinez, y que regresó á España á fines de 1833. Presentóse para Martinez como un rival temible, pues que la opinion le designó desde luego por gefe del gobierno ó de la oposicion. Martinez hubiera intentado en vano luchar con tan terrible atleta: forzoso era pues hacer del ladron fiel, y declararse amigo del enemigo temible. El ministerio hizo lugar al recien venido: brindósele con el despacho de Hacienda, que fue aceptado.

No era acaso esa posicion delicada y comprometida la que al conde convenia; acaso hubiera sido mas político darle el ministerio del *Fomento*, vacante por dimision de Burgos, derribado por la opinion pública, y que habia servido de guion entre el ministerio de Cea y el de Martinez. Hubiérase debido llamar francamente al ministerio al conde de Toreno desde el mes de

Enero, pero Martinez de la Rosa queria reservarse para sí solo la gloria de bautizar el Estatuto: esta mezquina envidia de literato esplica su tenaz oposicion cuando el nuevo candidato, apoyado por la Francia, le fue designado por la opinion pública. Llegó hasta herir gravemente su amor propio prefiriéndole una nulidad, que era mas de su gusto, porque la temia menos: si consintió por fin en admitir á su rival por colega, fue á los últimos, y cuando debiendo abrirse las cortes comenzaba á organizarse la oposicion. El peligro era urgente, y el instinto de la propia conservacion venció los cálculos del amor propio.

Sabido es que la apertura de las cortes convocadas en virtud del Estatuto se verificó el 24 de Julio. El 17 habia sido testigo del sangriento desastre de los frailes; nueva ocasion de deplorar la ineptitud del ministerio Martinez, que no supo prevenir ni reprimir el desorden, y que creyó componerlo todo tomando una venganza bárbara y hasta inicua. La víctima espiatoria de aquella calamidad fue un mozo desdichado de diez y ocho años, cuyo crimen se reducia á haber sido sorprendido con unos harapos de fraile y unas estampas. Ningun cargo grave resultaba contra él, pero no por eso dejó de sufrir la pena capital cinco meses despues del suceso, es decir, cuando olvidado ya el atentado, perdia el escarmiento hasta su supuesta eficacia.

En cuanto al desastre de los frailes no pudo considerarse como un movimiento político: efecto de la exaltacion producida por la invasion del cólera, solo se puede sacar de él una profunda é inesperada leccion, á saber: que las sospechas

del pueblo español y su ira cayeron sobre los frailes, y que estos fueron juzgados envenenadores; hecho importantísimo que proyectó una luz nueva sobre el estado de las creencias populares de la Península, y probó por lo menos que el antiguo prestigio habia cesado asi en la católica España como en los demas paises.

Abriéronse por fin las cortes: desgraciadamente produjeron pocos hombres nuevos: el cetro de la elocuencia quedó en las antiguas manos: nadie se le disputó; pero los usados campeones aparecieron mas bien como veteranos cansados ya de anteriores campañas, que como soldados de refresco. Faltó la juventud, y notóse el vacío. Hubieran sido de desear mas novedad, mas hombres de la época: echáronse de menos un sentimiento pronunciado de progreso, instintos mas democráticos, mayor inteligencia de las nuevas doctrinas sociales, mas saber, mayor conocimiento en fin de los males de la monarquía y de los remedios posibles: menos lujo de teorías estrangeras inaplicables al pais: en una palabra, las cortes primeras del Estatuto fueron la espresion de las rancias doctrinas del siglo pasado, y una tercera edicion de las primeras y de las segundas, si bien con menos calor y menos fuego: faltas de luces y de patriotismo ardiente, no se hallaron bastante dotadas de instinto revolucionario, no comprendieron su mision. Las cuatro quintas partes de una sesion que duró diez meses se perdieron en debates ociosos, pueriles, episódicos. La España se presentaba alli como Job, esponiendo á la vista del mundo sus mil llagas abiertas, en tanto que los

médicos disertaban eruditamente sobre Hipócrates y Galeno. El recuerdo urgente del enfermo solo se presentaba de cuando en cuando á alarmar momentaneamente con sus agudos quejidos á los ineptos doctores.

En cuanto á los clásicos oráculos de la Península, confesemos que el tiempo les arranca diariamente sus antiguos laureles: su fama es mas grande que ellos. Sin querer ofender al divino Argüelles, diremos que no nos ha parecido sino muy humano. Fuélo sin duda en los muros de Cádiz: la edad, el destierro, la persecucion, los desengaños tal vez le han arrebatado su divina aureola. La autoridad de una vida sin mancha, el prestigio de una reputacion pura, no han podido devolverle su olimpo: dios caido, sus acentos son harto terrestres. ¿Podia encontrar Apolo en medio de los pastores de Tesalia los mismos acentos que en la mesa de los dioses?

Y en realidad fuera injusto pedir á hombres de otra edad las ideas y las pasiones de la juventud. Tuvieron sus dias, pero pasaron. Hé aqui cuanto de ellos hay que decir. De la ausencia del elemento jóven en las cortes ¿deduciremos que no le hay en España? No, sino que no ha sido llamado. El ministro del Estatuto Real, lejos de buscarle, le ha estrañado de sí porque ha temido su presencia. El hijo del hombre decia que no pueden zurcirse retazos flamantes en ropas viejas, y que mal se conserva vino nuevo en vasijas amohecidas. Martinez de la Rosa se ha hecho justicia á sí mismo sin saberlo: ha conocido que la Constitucion de antaño era caduca y usada, y ha te-

mido que cayese hecha polvo á la impresion primera del aire fresco de la mañana.

Demos sin embargo una rápida ojeada á las cortes y á las primeras espadas que en ellas se han distinguido.

Martinez de la Rosa es hombre de tribuna; y su error radical y permanente, el que le ha hecho tenerse por hombre de Estado, es haber tomado siempre la palabra por la accion. Este error mismo prueba hasta qué punto las pasiones del orador son en él superiores á cualquier otro interes. A sus ojos una arenga es un hecho material; y asi como el verdadero hombre de Estado vela durante la ejecucion sobre los detalles todos de una operacion del gobierno, asi lleva hasta la mas estremada minuciosidad la atencion que presta á sus discursos. ¡Cuántas veces se le ha visto á ese primer ministro de una monarquía en revolucion encerrarse horas enteras en su gabinete! ¿Y para qué? para corregir las pruebas de sus discursos: no hubiera podido tolerar que la gaceta los publicase con una coma de mas ó de menos. Los negocios del Estado yacían entre tanto paralizados, pero el orador estaba satisfecho, y el ministro no pedia otra cosa.

La pompa es el carácter de su elocuencia: para desarrollarse ha menester del estímulo de la tribuna; en un salon, en sociedad, no tiene conversacion. La desconfianza que forma la base de su carácter, parece entonces paralizar su lengua, se evade, elude, se parapeta detras de los monosílabos, y esta disposicion particular de su carácter llena de tropiezos su trato político; la mas sencilla negociacion viene á ser con él una

pesada labor. Es quisquilloso ademas, y un tanto jesuítico: á esto se agrega que carece de memoria y que es obstinado, circunstancias ambas que contribuyen poco á facilitar los negocios.

Martinez de la Rosa es sumamente laborioso; pero si trabaja mucho, tambien trabaja generalmente mal. De resultas de su inveterada desconfianza de los demas, ó mejor de la presuncion que tiene de sí mismo, perdia un tiempo precioso en ocupaciones subalternas que hubiera debido dejar á sus dependientes. Su defecto capital es el de ahogarse en los detalles; fáltale ese golpe de vista general que procede en grande, virtud tan indispensable en el estadista como en el militar. No pudiendo remontarse nunca sobre su posicion, ésta le domina siempre, en vez de ser dominada por él. En vez de conducir los acontecimientos, le conducen ellos á él; y asi es que en cuanto á ministro vivia á la ventura, sin plan para el porvenir. Esto no obstante, su optimismo imperturbable venia á ser cómico á veces de puro candoroso: siempre tenia guardada una apoteosis para cada una de sus derrotas, y una esplicacion gloriosa de todas sus vicisitudes ministeriales. En punto á reformas no podia ser mas curioso su modo de argüir. "Un abuso establecido, decia, tiene inconvenientes, verdad es; pero esos inconvenientes son conocidos, al paso que la reforma puede acarrear otros que no lo son, y dificiles por el contrario de preveer; ahora bien, vale mas lo malo conocido que lo bueno por conocer; luego vale mas el abuso que la reforma." Teorema brillante por cierto, y cuyos corolarios pueden llevarnos lejos: el mi-

nistro que de esa manera arguye, ya está juzgado; podrá ser un hombre de mundo, un orador elegante, un poeta distinguido, pero estará siempre dislocado á la cabeza de una revolucion.

El qué en la tribuna podia aparecer como rival de Martinez de la Rosa era Alcalá Galiano, miembro de las antiguas cortes: pasó su emigracion en Inglaterra; de aqui su anglomanía declarada y su antipatía á la Francia. Devuelto al teatro de sus primeros triunfos, se encargó del papel de tribuno.

Es el hombre de España que habla mas, y oyéndole quisiéramos que hablara mas todavía; con todo sería dificil. Es un manantial inagotable, y que no se detiene en su curso hasta el mar. Pero Alcalá Galiano no necesita como Martinez de la Rosa del aparato animador de la tribuna; orador en particular como en público, siempre está pronto. La palabra es su elemento. Dificilmente pudiera ser la nobleza el carácter peculiar de una elocuencia tan contínua, y en este sentido es el orador gaditano el reverso de la medalla del granadino. Su elocuencia es mas familiar, á veces demasiado; nada le estorba, y de aqui que sus tiros sean por lo regular mas mortíferos; una vez hecho dueño de su adversario, dale mil vueltas, y no suelta presa sino despues de haberle acribillado. No le remata de un solo golpe, pero le acosa á picaduras, que pondrian á un gigante en el mismo estado que el oso de la fábula perseguido por las abejas. Nunca hemos visto á Alcalá Galiano titubear un solo instante, ni andar buscando ni eligiendo las frases; improvisador incansable, su facilidad, su

flexibilidad sobrepujan su afluencia. En una palabra, es el orador mas popular, pero escasamente le concederemos el don de gobernar; y el ministerio á que aspira le prepara en nuestro entender acerbos desengaños.

El orador de la oposicion pasada cuyo carácter de elocuencia se semeja mas á la de Martinez de la Rosa es Argüelles. Noble como él, severo y comedido; pero el escepticismo y la irresolucion le han arrebatado su antiguo prestigio; hombre de restricciones, no concluye jamas, y es muy comun en él que la segunda frase destruya la primera; ningun orador tiene en Europa mayor provision hecha de prudentes adverbios: *con todo*, *sin embargo*, *tal vez*, *permitasenos*, *si me es licito*... Doctrinario por escelencia, ha perdido el privilegio de conmover aun á los hombres de su partido. Es anglomano como Galiano, y por las mismas causas; y en cuanto á principios, como muchos en España, liberal del siglo XVIII. Se plantó en 89, y por él no pasan dias.

En cuanto al conde de las Navas, cuyo nombre ha adquirido cierta celebridad, no se puede decir de él que sea un orador; ni posee el don de la palabra, ni el gesto; pero hállase dotado de singular aplomo, y de un espíritu de censura infatigable. Es el tipo perfecto de la oposicion sistemática; pendenciero, buscarruidos, martirizador, haria perder la paciencia á la paciencia misma, y si se sentasen angeles en los bancos ministeriales, comprometerian su salvacion discutiendo con él. A pesar de esa especie de don quijotismo de oposicion, el papel que las

Navas haga en cualquiera cámara es de la mayor utilidad. Necesítanse hombres de su temple, ojos de lince como los suyos, que todo lo escudriñan, lenguas indiscretas que no reconocen cortapisas; centinelas avanzadas, vigías perpetuas de la libertad, tales hombres son el mejor parapeto de los derechos públicos. Espónense á veces á algunos errores, á suposiciones exageradas hijas del celo mismo; pero el procomun compensa tan ligeros riesgos. Cualquiera que sea la opinion que del conde de las Navas se forme fuera del Estamento, una vez alli es fuerza oirle, porque nunca fastidia, y divierte á veces; tiene salidas felicísimas, y á cada instante vierten sus labios epigramas oportunos, agudos rasgos de ingenio. Antípoda del estilo académico, y diciendo cuanto le ocurre sin pararse, su improvisacion tiene todo el interes de la novedad y de cosa no esperada.

Bien quisieramos hacer mérito de los pocos hombres nuevos que forzando la consigna del Estatuto Real, han sabido hacerse lugar en el Estamento estacionario, cuando no retrógrado, y mas desearíamos aun concederles la patente de oradores; pero en conciencia no es posible: los antiguos han conservado hasta ahora la corona. Lopez se habia anunciado en un principio con esplendor; pero no se ha sostenido: el malogrado Trueba no correspondió á las esperanzas formadas. Gonzalez y Caballero pudieron pretender la palma del patriotismo, nunca empero la de la elocuencia.

Algunos se distinguieron por sus conocimientos, su solidez, su exacta y aun á veces elocuen-

te diccion, como el marqués de Torremejía; y otros han callado ó han hablado poco, de cuyo saber sin embargo, y de cuya especialidad en algunos ramos no se puede dudar. Tales son Florez Estrada, reconocido ecónomo político, Montevirgen, Rivaherrera &c. En cuanto al presidente Isturiz, es un verdadero radical; desplegó tino é imparcialidad superiores en su importante cargo; su elocuencia es enérgica, su palabra firme y decidida, y se le concede gran capacidad. Eso es lo que pronto hemos de ver. La hora de la accion ha sonado para él.

En cuanto al Estamento de próceres, esa aristocracia mista que empieza en Medinaceli y acaba en el poeta Quintana, si se admiten dos ó tres escepciones, el ilustre cuerpo ejecutaba con el mas solemne silencio y la mas religiosa puntualidad cada uno de los movimientos que le plugo al ministerio indicarle. Manequí dócil, nunca hizo sino marcar el paso. Esa cámara no tiene existencia propia, y su autoridad, su influencia son nulas: creacion abortada, rueda inútil que entorpece el movimiento, si la máquina se detiene, no tiene fuerza para hacerla andar; y una vez en movimiento, le es igualmente imposible detenerla, aunque se le pasase tal idea por la fantasía.

La España á pesar de su grandeza, de sus derechos hereditarios y de sus mayorazgos, es una tierra eminentemente democrática; el dogma de la igualdad cristiana ha pasado de la iglesia á las costumbres, y una vez ahí, no puede tardar en introducirse en la legislacion. Si en el destino de la familia aristocrática de los próce-

res hubiera estado el conquistar una importancia política, solo hubiera podido adquirirla á merced de las ilustraciones plebeyas cuya adopcion le fue impuesta; pero hasta eso le habia sido vedado: la medida careció de lógica y de eficacia. No estan la vida y el movimiento por esa parte. Ni un orador ha salido de entre aquellos venerables sepulcros, ni una voz se ha echado á turbar el silencio de las catacumbas. Dejémoslos dormir en paz.

Antes de cerrar la primera sesion echemos una ejeada al esterior: pocos acontecimientos llaman nuestra atencion; una vez convocadas las cortes, toda la vida política refluyó al centro del cuerpo social. El primer hecho extraparlamentario que merece mencion es la prision aventurada de Palafox. Aun no se habia abierto la sesion, y ya un movimiento radical, cuya bandera era la Constitucion de 1812, protestaba contra la obra incompleta del Estatuto; pero ni estalló nunca, ni aun el público tuvo datos suficientes para creerlo existente; el general Palafox impugnó su acusacion, y este acontecimiento solo pudo servir de prueba á un descontento sordo y precursor de mayores tormentas; probó que desde el principio de la campaña parlamentaria Martinez de la Rosa se veía entre dos fuegos.

El año 1835 se abrió con una insurreccion militar; este sangriento episodio costó la vida al general Canterac, que acababa de tomar el mando de Madrid, y la bolsa del despacho á Llauder, que dias antes se habia apoderado de ella. En esta ocasion dió muestras de una incapacidad

imbécil dificil de creer. Falta la conspiracion del apoyo con que contaba, mal manejada, y no suficientemente divulgado su objeto entre los que pudieran haberla sostenido, forzoso fue capitular; pero es bueno advertir que quien capituló fue el gobierno: los valientes que se habian hecho dueños de Correos atravesaron Madrid arma al brazo y tambor batiente al frente de la guarnicion con quien se habian tiroteado, y fueron á unirse al ejército del Norte, única gloriosa pena impuesta á su movimiento. El pueblo, que simpatiza siempre con el débil valiente, les dió comitiva, los dejó fuera de puertas, y los proclamó los héroes de aquella jornada, que anuló á Llauder. Interpelado en el Estamento, como ministro y como general, que ni habia previsto el movimiento, ni le habia sabido reprimir con las armas en la mano, y abandonado á su propia nulidad parlamentaria, corrió á refugiarse con toda la pompa de la ignominia á su capitanía general de Cataluña, que habia tenido la precaucion de reservarse, porque no era hombre como Cortés capaz de *quemar sus naves.* El pueblo catalan se encargó de quemárselas de de alli á poco en el movimiento de las juntas.

Sucedióle en el ministerio el general Valdés, cuya crédula honradez no bastó á sostenerlo: su administracion fue pura, pero impotente. Llamado á reemplazar á Mina en el mando del ejército del Norte, fue á perderse en el propio abismo que á tantos habia tragado antes que á él.

Dos meses despues tuvo lugar en Málaga un movimiento mas serio; pero aislado ese movimiento, y sin bandera, la victoria fue inútil, y

la autoridad militar recobró el puesto. Estos no eran mas que los primeros síntomas, las avanzadas de la gran insurreccion nacional, regularizada poco despues por las juntas.

Una conspiracion carlista marcó la clausura de las cortes; pero la intentona no podia tener mas que un resultado en Andalucía, teatro que escogió para darse á luz. Sorprendida cerca de Sevilla, su cabecilla fue fusilado con algunos de sus parciales, y el partido recibió la leccion con el silencio del vencido.

Cerráronse en fin las cortes, que murieron de consuncion y fatiga: desnudas ya de intereses, es lícito creer que Martinez de la Rosa no las prolongó tanto tiempo sino para prolongar su propia existencia. Los debates parlamentarios fueron el aceite de la lámpara de este nuevo *hechizado por fuerza.* Conocia que descender de la tribuna era para él bajar del ministerio, y en realidad el efecto no se hizo esperar de la causa. Las cortes se cerraron en fines de Mayo, y el 9 de Junio Martinez de la Rosa habia cedido el puesto á Toreno.

El ministerio Martinez se reasume todo entero en el Estatuto Real; diez y seis meses ha vivido sobre ese fondo. Una vez concedido el Estatuto, su autor creyó haber concluido su mision: ese fue su error fundamental; apenas en camino, ya quiso poner la galga: harto pronto por cierto; empresa temeraria: su mano era demasiado débil para resistir la fuerza del impulso; la cuesta era pendiente, y el carruage le arrastró y lo echó á rodar. Martinez de la Rosa hubiera sido tal vez en tiempos pacíficos un buen

ministro de bellas artes; pero no era el piloto que podia maniobrar en la tormenta.

La España está acribillada de abusos civiles, judiciales, burocráticos, de todas especies, en fin. O no supo verlos, ó no quiso aplicarles el escardillo. Ni se trataba de teorías sociales, ni de principios abstractos, sino solo de reformas administrativas; pero una vez erigida en sistema la inmovilidad, no tocó á nada por temor de tener que tocar á todo. El reinado de Martinez de la Rosa no hizo sino poner la monarquía á la orilla del precipicio.

El hombre encargado de detenerla en su ruina se presentó tarde, y la primera falta del conde de Toreno fue no haber arrebatado antes las riendas de manos de su rival. Pudo, y debió hacerlo. Pero su error fecha de mucho antes: devuelto en un principio á la vida pública, dos papeles podia representar; podia ser gefe de la oposicion, y prefirió ser ministro; sacó la corta paja, y tomó una posicion falsa; entrar en un ministerio ya formado, y cuya direccion suprema no le era desde luego confiada, era comprometer doblemente su responsabilidad, pues que aceptaba por una parte el pasado, en que no habia tenido parte, y se asociaba por otra á un porvenir que no podia dirigir á su albedrío.

No se le ocultó enteramente esto al conde de Toreno, pues que repetidas veces afectó encerrarse en los límites de su especialidad; pero esa táctica era imposible; las cuestiones generales eran demasiado inminentes, y le forzaban á acudir á la brecha, al socorro de su rival, de quien habia tenido la torpeza de hacerse colega.

A pesar de lo dificultoso de posicion tan equívoca, conservó por largo tiempo su prestigio, y mas que colega de Martinez, fue reputado su sucesor; tuvo un momento, único acaso en la vida de un hombre de Estado: aunque ministro, habia conservado un pie en la oposicion: reunió á un mismo tiempo las esperanzas de la corte, del Estamento y de la imprenta: el pais todo no tenia mas que una voz para encomiar su destreza y su capacidad: entonces debió realizar su 18 brumario: la ocasion era brillante, pero la desaprovechó: favorito mimado de la fortuna, se manifestó desdeñoso de sus favores, y ella le castigó quitándole su privanza.

Cuando en el mes de Junio tomó las riendas del Estado, la España no vió ya en él mas que un cambio de nombre, no un cambio de sistema; no la engañó su instinto. Campeon del Estatuto Real, el conde de Toreno se habia hecho por demasiado tiempo cómplice de la política estacionaria de su antecesor para no inspirar legítimas desconfianzas: el prestigio estaba ya destruido. Debiera haber roto todo vínculo con el anterior gabinete, y haber dado su programa; su silencio pareció sospechoso, y ya desde entonces el conde de Toreno no fue mas que el continuador de Martinez de la Rosa. Obligado á componer un ministerio, quiso ayuntar nombres heterogéneos, desde el marqués de las Amarillas, el hombre mas aristocrático y mas impopular de España, hasta Mendizabal: semejantes enlaces fueron estériles.

La fortuna con todo antes de volver enteramente las espaldas á su favorito, le dió la últi-

una prueba de ternura; apenas entronizado el nuevo ministerio, murió Zumalacarregui (25 de Junio). Fuera injusticia negar á este suceso una importancia que solo la torpeza del gobierno de Madrid pudo arrebatarla. Zumalacarregui, regalo que hizo á la causa del pretendiente la poca perspicacia de Zarco del Valle, era el hombre de la faccion; y habiendo sabido aprovechar el momento de su muerte, la lucha estaba concluida.

A este acontecimiento, de que ningun partido se supo sacar, habia precedido la peticion de intervencion, que á semejanza de Martinez repitió Toreno: paso impopular para unos, única áncora de salvacion segun otros. El conde de Toreno no podia desconocer que era su único apoyo, y la denegacion, para él inesperada, del gobierno francés le irritó tanto mas, cuanto que sin intervencion su ministerio era imposible. Desamparado de su único arrimo se desanimó, y sedo trató de prepararse una caida honrosa, pero esta es la ocasion de decir lo que pensamos. Aun en el caso de haber elegido el conde de Toreno el papel de tribuno, aun habiendo tomado antes la direccion del Estado, aun habiendo roto con el ministerio Martinez, aun sostenido por una intervencion, su reinado hubiera sido corto. El conde de Toreno no es hombre de revolucion; sóbrale escepticismo, y fáltale ambicion; no la ambicion que quema el templo de Éfeso, sino la noble ambicion tan necesaria en el hombre de Estado, virtud eminente en las altas posiciones sociales. La ambicion de Julio César, que rompe en los campos de Farsalia el patriciado romano;

de Richelieu, que se lleva consigo al sepulcro la aristocracia francesa, y que muriendo deja al trono y al pueblo en lucha abierta; de Napoleon, en fin, que entroniza al pueblo, que inocula la democracia á la Europa entera. Ambicion que forma un plan vasto, que tiene un objeto grandioso, y que corona su obra con la energía y la perseverancia: ambicion, foco inmenso de vida, de que ni una sola chispa anima al conde de Toreno. Privado de toda conviccion fuerte, única fuente de las virtudes cívicas, ni se adhiere á principios fijos, ni tiene creencia alguna política. Las necesidades del hombre de mundo son mas imperiosas en él que los intereses políticos; y poco le importa el mando, con tal que de sus ruinas pueda salvar las comodidades de la vida, y el refinamiento sibarítico que preside á sus inclinaciones. Si bien superior á Martinez de la Rosa en capacidad, no es por eso mejor ministro de revolucion. Su indiferencia le hizo poco mirado en la eleccion de los funcionarios públicos, y como rentista, como administrador, como gobernante, su reinado fue igualmente imcompleto. El conde de Toreno fue únicamente uno de los primeros oradores de la cámara: su elocuencia no se parece ni á la de Martinez de la Rosa, ni á la de Galiano; mas dialéctico que elocuente en la acepcion rigorosa de la palabra, disuade mas que persuade; convence, sino arrastra; no sorprende, pero prueba; es elegante y conciso, ingenioso y afluente. Se posee, y nunca dice sino lo que quiere decir: una vez provocado, vuélvese acre y mordaz; exasperado, su lengua es un puñal. Nadie conoce mejor que él hasta dón-

de puede contar con la paciencia de un auditorio prevenido en contra suya, y en la última sesion ha sabido casar sus instintos sarcásticos con una afectada humildad y apocamiento capaces de desarmar á su mayor enemigo.

Inútiles le fueron empero todas esas calidades: no podian evitar su ruina, por mas que hubiesen acertado á retardarla. Ya llegamos al desenlace. La primera señal se dió en Zaragoza el 6 de Julio: dirigióse el movimiento popular contra los conventos; á esta primera esplosion sucedió un pequeño intervalo, pero el fuego se propagaba subterráneo, y no tardó en comunicarse á Cataluña: Reus, Tarragona, Barcelona, se apresuraron á seguir el ejemplo: tales escenas de incendio y carnicería podrán ser terribles, pero su esplicacion es justa y sencilla. Es fuerza no olvidar que los conventos no podian menos de ser mirados en España como otros tantos focos naturales de la guerra civil, y los frailes como sus tesoreros. La guerra civil es la llaga mas dolorosa de la Península, y la que está al alcance de todo el mundo; de aqui el desencadenamiento general del pais contra los conventos y sus habitantes; herirlos, es herir á la faccion y á don Cárlos, y por ahí se empieza, porque ahí está el peligro, y la sociedad acude siempre á lo mas urgente. Las consecuencias podrán ser sangrientas; pero confesemos al menos que siempre es consolador pensar que si se examinan las cosas á fondo, esas escenas mortíferas no son como se quiere suponer efectos de feroces caprichos, y de un instinto ciego y desordenado, sino la consecuencia llevada al estremo solamente del dere-

cho de defensa que tiene toda sociedad al verse acometida, y la exageracion indispensable en tales momentos del sentimiento de conservacion de cada individuo que la compone.

Al llegar aqui empieza el importante papel que en esta revolucion estaban llamadas á representar las juntas, cuya instalacion se refiere al mismo derecho de defensa, al propio sentimiento de conservacion. "No sabeis protegernos, dijeron tácitamente al gobierno; os retiramos nuestros poderes, y vamos á protegernos á nosotros mismos. Los facciosos inundan nuestras campiñas, llaman á las puertas de nuestras ciudades: vamos á proveer nosotros mismos á nuestra seguridad." Agregábase á tan justas exigencias la interminable lista de las vejaciones sufridas, vejaciones que acusaban altamente á la administracion de Martinez, y sobre todo al que debiendo haber conocido mas recientemente su gravedad, habia parecido burlar la pública espectacion, haciéndose continuador del derruido gabinete, y adoptando la responsabilidad de sus errores. ¿Qué derecho tenia á quejarse si la nacion pedia en él una víctima espiatoria? Las juntas todas reclamaron su destitucion.

Este episodio de 1835 es único en los fastos modernos, y ha venido á poner en evidencia dos hechos: primero, que no habiéndose separado en aquella crisis las provincias de la capital, el federalismo político no es ya de temer en un pais donde entre tantos peligros ha sabido salvarse la unidad nacional: segundo, que ese gran movimiento no produjo ningun hombre nuevo, y que no ha salido del seno de esas borrascas anónimas

un solo hombre capaz de bautizarlas. ¿Se deberá desesperar por eso de la revolucion española? Todo lo contrario: eso mismo prueba que no es patrimonio de nadie, es decir, que es patrimonio de todo el mundo. Es imposible matarla en un hombre. Está en el estado de instinto: esta es la primera faz de toda reforma social: antes es tener el sentimiento de los abusos, y luego combatirlos; la lucha empieza despues, pero sorda, incierta, sin plan, sin sistema; existen millares de soldados oscuros antes de que se alce un general y los domine á todos.

La revolucion española está en su primer grado; está en la atmósfera, digámoslo asi, la respiramos, la sentimos; pero es vaga todavía y no reviste forma alguna determinada; solicita por el contrario una que le convenga; es una alma que busca un cuerpo á quien animar. No le ha encontrado todavía, pero le encontrará. Los hombres del Estatuto Real, los de la oposicion, asi como los del poder, no son de ella hasta ahora sino una personificacion imperfecta; aspira á individualizarse de una manera mas decisiva y poderosa. Dificil es preveer todas las vicisitudes que la esperan, las trasformaciones que está destinada á sufrir; pero puédese sí asegurar que ya es invencible. Su contemporizacion, su lentitud son señales de fuerza y de vitalidad. ¿Por qué pues alarmarnos? Démonos por el contrario el parabien. Las leyendas mitológicas hablan de una madre cuyo alumbramiento duró veinte dias y otras tantas noches; pero de tan largo parto nació un dios que tenia delante de sí mas siglos de vida que horas habia costado su nacimiento, porque tenia la eternidad.

Todo el mes de Agosto tardaron las juntas en constituirse. El conde de Toreno trató de hacer frente á la borrasca, mas acaso por el buen parecer que con la esperanza de conjurarla. Una pequeña y efímera victoria en Madrid prolongó algunos dias su existencia ficticia; pero la rendicion de la Milicia Urbana de la capital, á que se siguió una reaccion contra los carlistas motivada por las locas esperanzas de estos, en nada alteró la situacion general de las cosas; las provincias se mantuvieron firmes: desde la Coruña á Cartagena, de Cádiz á Barcelona no faltaba un solo eslabon á la cadena popular. Las autoridades que no quisieron asociarse al movimiento magnánimo, fueron depuestas ó víctimas de su terquedad, y la monarquía desmembrada quedó reducida al suelo que la corte pisaba.

El conde de Toreno quiso responder á ese vasto concierto de hostilidades y de amenazas con un manifiesto, verdadero papel mojado que declaraba rebeldes á las juntas, y les intimaba su disolucion; manifiesto ridículo que en unas partes hizo reir, y en otras llevó á su colmo la indignacion. Las juntas insistieron con firmeza, y la Península estaba entregada á este fuego graneado de manifiestos y contra manifiestos á la llegada de Mendizabal á Madrid. En sus manos abdicó Toreno el 14 de Setiembre la presidencia del consejo, despues de un imperio que no habia durado siquiera cien dias.

Mendizabal tendió á reunir los ánimos divididos, primera atencion urgente en tan desecho temporal. Todos sabemos cómo lo consiguió. Estableciόse un pacto tácito entre el gobierno y el

pueblo, merced al cual el primero siguió rigiendo, y el segundo depuso la armas. ¿Quereis acabar la faccion y constituiros? — Yo acabaré la faccion en seis meses, y os constituiré.

Esto fue dicho en Setiembre, y ya hemos pasado el 14 de Marzo. En el primer punto no está el mal en no haber cumplido lo prometido, sino en haber prometido lo que no podia cumplirse. En el segundo ¿comprendió el ministerio Mendizabal su posicion, su mision? ¿Comprendió toda la responsabilidad que la dictadura que se le confiaba echaba sobre él? Cuestion es esta que muy pronto hemos de ver completamente solventada, porque pronto el ministerio Mendizabal pertenecerá solo á la historia como el ministerio Toreno y el ministerio Martinez.

Un descontento sordo y general vuelve á anunciar tormentas: la piedra de la revolucion girando sin cesar, gasta con una inconcebible rapidez los nombres que mas resistencia parecian ofrecerle. Y tiene razon la revolucion española en ser exigente. Observemos que á pesar de los obstáculos, á pesar de la impericia de los gefes y de sus faltas, desde que ha empezado á andar no ha dado un solo paso atras; háse desarrollado con método: hemos visto á los ministerios engendrarse sucesivamente y salir uno de otro con orden maravilloso y lógica inflexible. Ni un eslabon se ha roto en la cadena. Asi Cea, antiguo colega de Calomarde, se continúa por medio de Burgos en el ministerio Martinez, y Mendizabal sale de él en línea recta por medio del conde de Toreno, de quien fue colega antes de ser heredero.

La ciencia política tiene tambien su ley de

generacion contínua, y esta ley se llama *progreso*. Un principio es un germen que una vez sembrado ha de producirse y desarrollarse al soplo de la Providencia. Hé aqui la historia.

Se puede trazar el árbol genealógico de las revoluciones como el de las dinastías; la familia demócratica no es una familia de inclnseros; tiene su pasado tambien, sus tradiciones y su abolorio. En Europa no queda mas que un verdadero noble; ella. Despojada de su patrimonio le reclama; contestánsele sus títulos, y los discute, los justifica; opone á los sofismas de la usurpacion la elocuencia del derecho; úsase de violencia, usa ella de razon; ellos tienen la espada, ella tiene la inteligencia.

Esperemos pues y perseveremos: cualquiera que sea el nuevo giro que la revolucion va á tomar, marchemos siempre al fin, y sino podemos ir por el mejor camino, vayamos por cualquiera, pero vayamos. La lucha no puede ser eterna; el triunfo de la verdad no está lejos; el plomo vil va á convertirse en oro puro, y la nueva Jerusalen del poeta va á salir brillante de esplendor del fondo de los desiertos.

NI POR ESAS.

Verdadera contestacion de Andrés á Fígaro, publicada por este.

Yo rogaré á Santa Rita, abogada de imposibles, por la prosperidad de nuestra patria.

Andrés Niporesas. - Muerte del Pobrecito Hablador, folleto publicado por el autor en Marzo de 1833 bajo el ministerio Cea.

París 10 *de Mayo de* 1836.

Desde que en Marzo de 1833 concluí mi corta vida de escritor público dando cuenta á mis buenos compatriotas de la muerte del Pobrecito Hablador, nunca volví ¡ó mi muy mordaz é independiente Fígaro! á tomar una pluma en la mano, y aun hice entonces firme y decidida resolucion de reducirme á mi rincon á reirme y desconfiar de todos á mis solas, tomando las cosas como viniesen, ya que no estaba en mi mano hacerlas venir como yo las hubiera querido tomar. Tú, mejor que nadie, sabes quién era el Pobrecito Hablador, y tú, mas que nadie, te acordarás de que el pobre diablo murió de hablar, bien distinto en eso de tantos y tantos como de entonces acá, y aun ahora mismo, solo de hablar y bablando por los codos han vivido, viven y vivirán.

Muerto, pues, ya mi amigo del último borboton de palabras que lo ahogó, y espresado lisa y llanamente mi último anhelo, que para que nadie dude de mis buenos deseos, es el mismo, mismísimo que me sigue animando en el dia, y que por epígrafe acabas de leer en el principio de esta mi primera contestacion á las tuyas, echéme á discurrir qué haría, cómo me valdria yo para medrar en adelante y ser por propios y estraños considerado y querido; entonces fue cuando por primera vez caí en la cuenta de que me faltaba para ser hombre de pro una circuntancia principal, sin la cual asi era pretender en España figurar como tratar de enderezar nuestra máquina, y era que yo ni el año 13, ni el 14, ni el 20, ni el 23, ni el 30, ni en año alguno de memoria de hombres habia nunca emigrado, ¿qué es emigar? ni por acaso habia hecho viaje pequeño ni grande que á emigracion pudiese remotamente parecerse; ¿qué especie de hombre eras entonces, me preguntarás, y de dónde diablos habias salido? Ahí verás tú, y por ahí podrás juzgar; pero para que sepas dónde llegaba mi torpeza, solo te diré bajo la mas estrecha condicion de callarlo por honor mio, porque la cosa es harto fea para sabida, solo te diré que aun en el dia de hoy soy, Fígaro, un muchacho, sin pelo de barba, sin destino anterior ninguno, en una palabra, lo digo con las lágrimas en los ojos, lo digo con vergüenza, sin precedentes, ó como decimos nosotros los españoles, sin antecedentes, sin vida política alguna, y por tanto imposibilitado para siempre jamas de tener consiguientes, ni de ins-

pirar confianza, sin tener en una palabra á que agarrarme en lo pasado para disculpar mi porvenir si alguna vez lo hubiese para mí, sin poder en fin tapar la boca á nadie diciendo á todo el mundo: *Ego ille qui quondam*, yo aquel que en otro tiempo.

¡Ah! amigo Fígaro, tú, á quien la suerte miró con ojos benébolos desde el columpio de la tierna cuna, tú, que viajando y para viajar nanaciste, tú, que tanto viajaste, que fuera imposible averiguar tu domicilio, tú, que por tanto donde quiera eres emigrado, con respecto al último punto que dejas, tú, de quien no se puede decir, ¿dónde pára ahora Fígaro? sino ¿dónde emigra ahora Fígaro? tú no podrás jamas formar idea del dolor que embargó mis sentidos cuando caí en la cuenta de la miseria y nulidad de mi triste situacion. Mesábame el sitio donde me han de salir sin duda las barbas algun dia, y mesábamelo una y otra vez por via de interinidad y en tanto que aquellas me nacian: ¿qué no hubiera yo dado entonces por un antecedente político, tamaño como una cesantía? ¿Qué figura, esclamaba, voy yo á hacer en mi patria, sin conocer mas usos que los suyos, sin saber mas lengua que la castellana? ¿Qué será de mí español en España? ¿Quién me entenderá, y á quién entenderé yo? ¿Quién me elegirá para nada? Y si por equivocacion me eligen, ¿á quien, Dios mio, citaré? ¿No se reirán de mí cuando cite nuestros usos, que no se usan, y para nuestros males, remedios españoles? ¿Qué color político tendrán mis discursos, si es que llego á discurrir, sin que entren en ellos para nada la

Francia ni la Inglaterra, los Estados-Unidos y la Bélgica? ¿Yo, mezquino de mí, que ni he comido el pan de la desgracia, sino el escogido de flor, ni lo regué nunca con lágrimas, sino con la trivial manteca de las montañas de Pas, ó con el tinto de Valdepeñas, ó cuando mas con algun trago de jerezano mosto?

Al llegar aqui no pude resistir, y fue mi primera fantasía ir á dar una vuelta al estrangero, sin salir de España, proporcion que tenemos felizmente, lo cual pensé llevar á cabo llegándome á pasar una cuaresma á Gibraltar, cuaresma que me sirviese para remision de mi enorme culpa, y para pascua de resurreccion volverme ya otro hombre, y un tanto cuanto emigrado: detuviéronme, empero, en lo mas fuerte de mis propósitos varias reflexiones que vine á hacer: primera, que para no pasar de Gibraltar tanto valia casi emigrar á casa del ministro inglés en Madrid: segunda, que en Gibraltar no hay cámaras, ni comunes, ni mas pares que los años de la moneda; no hay un pedazo de camino de hierro, tamaño siquiera como una discusion sobre ley electoral, ¡cosa corta en verdad! ni mas canales que los que naturalmente forma la lluvia cuando llueve, que no es siempre; cosas todas de que me figuraba yo deber traer tan llena la cabeza que ninguna otra idea en ella me cupiese en lo sucesivo. ¿Qué iba yo, pues, á estudiar en Gibraltar? ¿Iba á estudiar á los judíos? Esto hubiera sido en verdad mucho adivinar, y te juro que nunca en aquella época creí que pudiese ese estudio serme de maldita la utilidad. Por ende te convencerás que los cálculos

y la prevision humana siempre flaquean por alguna parte, y cuán cierto es el adagio vulgar que asegura que *el hombre pone y Dios dispone.*

Trájome tambien mi desconfianza á la memoria que para un hombre tan comprometido como yo pensaba llegar á serlo, no era Gibraltar el punto mas digno de inspirarme confianza; no se me podia olvidar que en punto á opiniones Gibraltar debia oler un si es no es á Calomardino en la opinion de las gentes que recordasen el lance de Torrijos y compañeros mártires, y no le habia faltado á mi entender á Gibraltar para ser el Regato de los pueblos mas circunstancia que la de haber sido voluntario realista.

Mudé, pues, propósito y quise alargar mi peregrinacion, no ya á Inglaterra, que se me representó siempre como pais demasiado aristocrático para las opiniones que empezaban á germinar en mi fantasía. Supongo que no olvidas un solo instante la época en que todo esto me iba sucediendo; y recordarás por tanto que el año 34 empezabamos ya á ser todos liberales. Ir á los Estados-Unidos fue idea que me ocurrió mas de una vez; pero tambien era fuerte cosa irse á un pueblo donde no hay ni ha habido nunca reyes. ¿Cómo diablos se componen, y viven, y prosperan? Deben ser unos brutos por lo menos.

Eso solo prueba que debe de ser gente de suyo demagójica, anarquista y desmoralizada; por lo menos es gente rara, y aun pensando como piensan ya en el dia los hombres que estan á la altura del siglo, es fuerza confesar dos cosas; la

una que es gente atrasada; esas ideas de república son ideas viejas é ideas del año 89; y ahora en el dia me parece que ya es tiempo de que sepamos algo mas; y la otra que yo tengo para mí, como ustedes en España tienen para sí, que los que quieren república no quieren mas que desorden y volvernos al tiempo del despotismo, que es á lo que tiran solapadamente las repúblicas: asi es que en España es cosa sabida que los que afectan deseos de república no son mas que agentes de don Cárlos; de donde se infiere claramente que en los Estados-Unidos son irrecusablemente carlistas, y si lo dudases todavía, al tiempo por testigo, algun dia se descubrirá la trama y verás la que se arma.

Y buscando ejemplos en la antigüedad yo te probaria si estuviese mas despacio que las repúblicas fueron siempre carlistas y perecederas. Las de Grecia, por ejemplo, no duraron mas que lo que duró la Grecia; y la de los romanos mismos ¿qué duró sino setecientos años? ¿Qué son setecientos años para nosotros? Y eso que ni en Roma ni en Atenas no se publicó jamas ni Zurriago, ni Eco de Comercio, ni papel ninguno carlista, que eso hubiera sido otro cantar. Los que en contra de los gobiernos democráticos alzan la voz en el dia dan por prueba de su mala condicion el no ser duraderos! Está probado que no es bueno mas que lo que dura: dos consecuencias te sacaré de aqui: 1.ª que como nada dura no hay cosa buena en el mundo: 2.ª que habiendo durado mas la inquisicion que los gobiernos populares, es mejor la inquisicion; cosas en que me parece que estan ustedes por ahí todos de acuerdo: en

efecto, la mayor entre las desdichas públicas es habérselas con repúblicas.

Pero me he apartado de mi propósito, dando lugar, lo que es peor, á que me tengas por republicano; á eso te responderé que ya sé dónde me aprieta el zapato, y las cosas en su tiempo. Tengamos la fiesta en paz: yo soy Andrés Niporesas, y nada mas. Y volviendo á la historia de mi emigracion, no quise ir á los Estados-Unidos.

A fuerza de cavilar en ello parecióme que lo mejor sería irme á Francia, porque es lo que tenemos siempre mas á mano, y porque tratando de aprender las teorías adelantadas del dia y la práctica de los gobiernos representativos, ¿adónde mejor?

Lo primero que hice, pues, una vez convencido de que era preciso primero emigrar para saber, y luego estudiar las prácticas estrangeras para conocer las necesidades nacionales, fue tratar de convencerme á toda costa de cómo debia estar constituido un pueblo para ser feliz, y qué gobierno era el único verdadero. Así, desechó toda idea de absolutismo como de república por igualmente nocivas; acordándome por un lado del pasado, meditando por otro en el porvenir, mi trabajo me costó quedarme en perfecto equilibrio en medio de la cuerda. ¿Cuál es el problema en el dia? dije yo aquí. En vez de un rey que reine sobre un pueblo, como se ha usado hasta ahora, ó de un pueblo que reine sobre sí, como se ha de usar con el tiempo, necesítase un pueblo que reine sobre un rey: un pueblo donde cada ciudadano sea un pedazo de rey, y don-

de el rey sea un pedazo de ciudadano: tate, dije yo, Francia para eso; donde treinta y cuatro millones menos uno, unidos en la manera posible con eso tal uno hagan de mancomun las leyes para todos; es decir, donde uno vale la mitad que todos los demas: ¡gran justo medio! porque en los gobiernos absolutos uno vale por todos, y en los democráticos uno vale por uno; error grave por ambas partes.

¿Qué mejor pais que aquel en que el rey, hijo del republicano Fulano *igualdad*, ha sido elegido por el voto popular despues de una revolucion arrolladora del trono; de aquel en que el rey á su advenimiento al solio se iba por las calles con el paraguas debajo del brazo dando *esos cinco* á todo el mundo, y clamando á voz y en grito *si quereis en mí una monarquía, ha de ser una monarquía republicana, un trono popular rodeado de instituciones republicanas*, palabras memorables consignadas en el programa de la Municipalidad y anunciadas por el órgano de la libertad, por Lafayette, en Agosto del año 30?

Definitivamente resuelto quedó desde entonces que mi emigracion fuese á Francia; pero en lo que nunca consentí fue en irme á Francia por el camino natural de Francia; recordé el *por alli habeis de salir* de García del Castañar, que parece escrito para nosotros, porque en cuanto á los carlistas, como tú has dicho en algun artículo, esos no se van nunca por ninguna parte, sin duda porque siempre son de casa. Vistos los itinerarios de cuantos en semejantes aventuras me habian precedido, no quise ser menos, ni contravenir á la orden que profesamos, y desespe-

rábame solo el que nadie me persiguiese, merced sin duda á lo poco que en tiempo del oscurantismo habia brillado; mil veces imaginé que topográficamente hablando debia de estar la España colocada al reves, y que cuando el Supremo Hacedor la echó con el pie á este mundo, para usar de una espresion de Lamartine, no quiso tener presente que los depósitos habian de estar en Tours y en Bayona, y el derrotero en Andalucía.

Recogí con todo mis trebejos, y salíme de Madrid á pie y ocultamente, ni mas ni menos que si vinieran tras mí los héroes del Trocadero, tomando para Francia por Oñate como quien va primero á Cádiz ó á Alicante. Esperemos, dije al llegar á la ciudad de Hércules con voz noble y entusiasta, esperemos aqui á pie firme el puñal de Caton, ó la cicuta de Séneca; y haciendo y esperando, tomé mi pasage en un buque que se hacia á la vela para Burdeos, concluyendo con magestad y franqueza al ver henchir el viento las velas que me llevaban á mí y á mi fortuna á las playas inhospitalarias de Lafitte y Chateauchargot, marchemos francamente y *yo el último por la senda del estrangero.*

Hasta aqui las causas que influyeron en mi determinacion, y la clave esplicatoria de como resido ahora en París, despues de haber sido en las Batuecas corresponsal de nuestro comun amigo el Pobrecito Hablador. = *Andrés Niporesas.*

FIN DEL TOMO QUINTO.

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO QUINTO.

Antoni: primer artículo. . . . . . Pág. 1
Idem: artículo segundo. 7
Hernani. 19
Memorias originales del Príncipe de la Paz: primer artículo. 24
Idem: segundo artículo. 32
Margarita de Borgoña. 39
El dia de difuntos de 1836. 47
El Pilluelo de París. 55
Fígaro dado al mundo. 61
Felipe II. 67
Horas de invierno. 73
Noche-buena. Delirio filosófico. 80
A los redactores del Mundo. 92
Al Estudiante. 100
Necrologia. Exequias del conde de Campo-Alange. 104
Los Amantes de Teruel. 111
A los redactores del Mundo. 121
Todo por mi padre, escándalo en tres actos. 126
De 1830 *á* 1836. 131
Ni por esas. Verdadera contestacion de Andrés á Fígaro. 185

883867

Judith Hodgson
29.5.1989